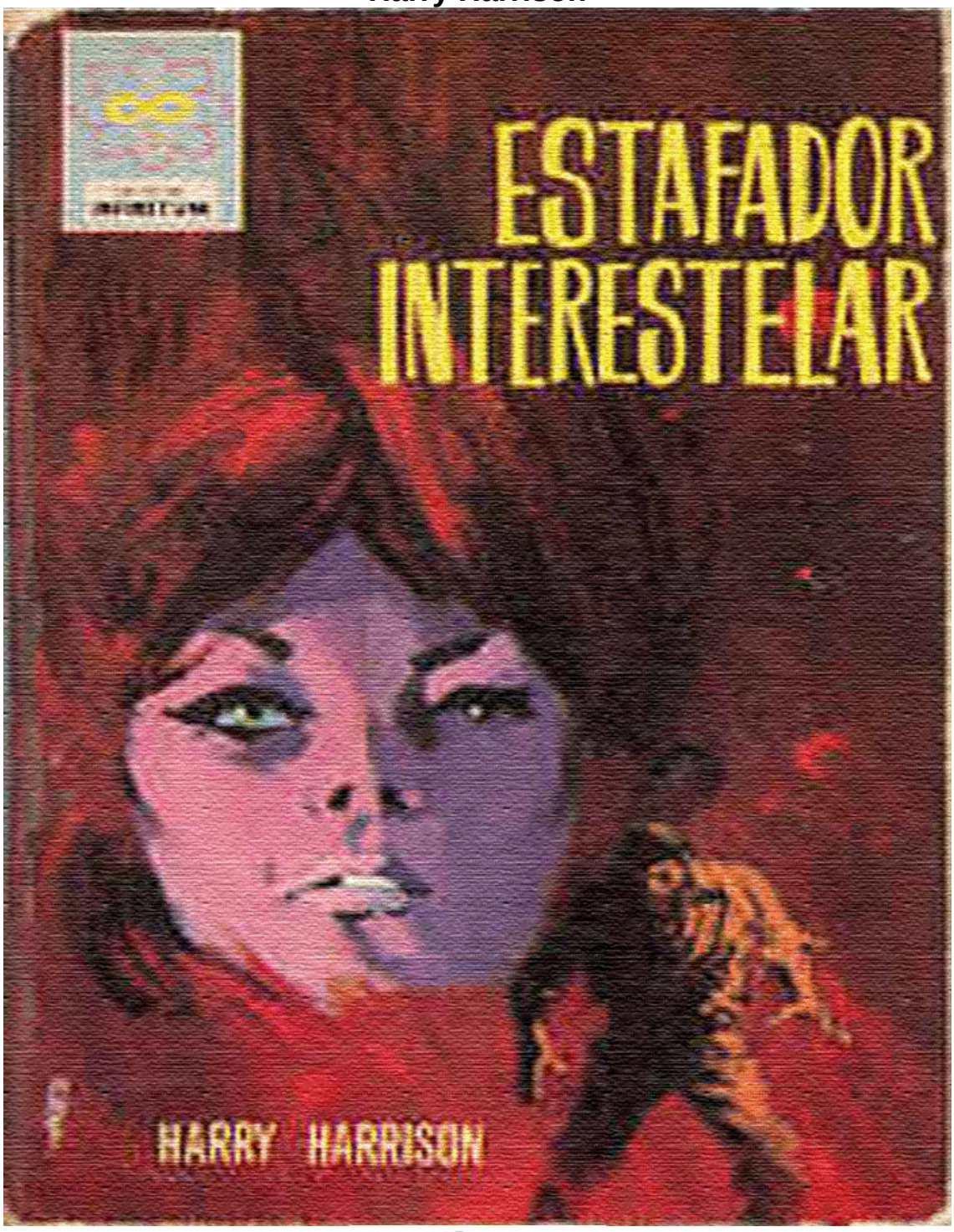
ESTAFADOR INTERESTELAR

Harry Harrison



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

I

Cuando la puerta de la oficina se abrió repentinamente, supe que todo había terminado. Había sido un buen filón... pero se había acabado. Mientras entraba el policía, me recosté en el sillón y esbocé una alegre sonrisa. Tenía la misma expresión sombría y el mismo paso pesado que tienen todos... y la misma falta de sentido del humor. Casi podía adivinar lo que iba a decir antes de que abriese la boca.

- James Bolívar diGriz, le arresto bajo la acusación...

Estaba esperando la palabra bajo. Pensé que eso le daba un toque desenfadado al asunto. Mientras la decía, apreté el botón de ignición de la carga de pólvora negra situada en el techo, en el punto exacto bajo el cual se hallaba, y así se dobló la viga y la caja de caudales, de tres toneladas de peso, cayó justo sobre su coronilla. Quedó bien aplastado, sí señor. La nube de yeso se posó y todo lo que pude ver de él fue una mano, algo retorcida. Se agitaba un poco, y el dedo índice me apuntaba acusadoramente. Su voz sonaba algo ahogada por la caja de caudales, y parecía un tanto preocupada. En realidad, se repetía un poco.

- …bajo la acusación de entrada ilegal, robo, falsificación...

Siguió así durante un cierto tiempo. Era una lista impresionante, pero ya la había oído antes. No me molestaba en absoluto mientras llenaba mi maleta con el dinero de los cajones. La lista terminaba con una acusación nueva, y podría haberme jugado un montón así de alto de billetes de mil créditos a que sonaba un tanto dolida:

- Además, le será añadido a su expediente la acusación de ataque a un policía robot, lo cual ha sido una tontería, ya que mi cerebro y mi laringe están acorazados, y en mi cavidad ventral...

- Todo eso ya lo sé, muchacho; pero tu pequeño emisor-receptor está en la punta de tu aguzada cabeza, y lo que no quería era que dieses aún aviso a tus amigos.

Una buena patada hizo saltar la puerta de escape de la pared, y me dio acceso a las escaleras que bajaban al sótano. Mientras pasaba sobre cascotes esparcidos por el suelo los dedos del robot trataron de alcanzar mi pierna, pero ya me lo esperaba, por lo que fallaron por algunos centímetros. Ya he sido perseguido por los suficientes policías robot como para no saber lo indestructibles que son. Puedes volarlos, o derribarlos, y continúan persiguiéndote, aunque tengan que arrastrarse impelidos tan solo por un dedo incólume, y escupiéndote durante todo el tiempo moralidad azucarada. Esto es lo que estaba haciendo éste. Que si debía abandonar mi vida de crímenes y pagar me deuda con la sociedad, y todas esas paparruchadas. Todavía podía oír los ecos de su voz resonando escaleras abajo cuando llegué al sótano.

Ahora, los segundos estaban contados. Tenía unos tres minutos antes de que me pisaran los talones, e iba a emplear exactamente un minuto y ocho segundos en salir del edificio. No era mucha ventaja, y la iba a necesitar toda. Otra puerta disimulada se abría a la sala de desetiquetado. Ninguno de los robots me miró mientras la atravesaba. Me habría sorprendido si lo hubieran hecho, pues eran todos del tipo sencillo de grado M, con poco cerebro y buenos tan sólo para trabajos simples y repetitivos. Para esto era para lo que los había alquilado. No sentían ninguna curiosidad sobre el por qué estaban

quitando las etiquetas de las latas llenas de frutos nitrogenados, o acerca de qué había al otro lado de la cadena sin fin que se llevaba estas latas a través de un orificio en la pared. Ni tan sólo miraron cuando abrí la Puerta Que Jamás Estaba Abierta y que daba al otro lado de esa pared. La dejé abierta detrás mío, pues ya no era ningún secreto.

Caminando cerca de la rugiente cadena sin fin, atravesé la irregular abertura que yo mismo había practicado en la pared del almacén del gobierno. También había tenido que instalar la cadena sin fin, pues esto y el hacer el hueco eran actos ilegales que tenía que hacer por mí mismo. Otra puerta cerrada se abría al almacén propiamente dicho. La cargadora automática estaba apilando atareadamente latas en la cadena sin fin, tomándolas de los montones que llegaban hasta el techo. Esta cargadora ni tan solo tenía el bastante cerebro como para ser llamada robot, tan sólo estaba equipada con una cinta programada para que cargase las latas. La contorneé y troté a lo largo de la habitación. Tras de mí murieron los sonidos de mi actividad ilegal. Me reconfortaba el saber que todavía seguía funcionando a pleno rendimiento.

Había sido uno de los negocios más bonitos que había montado. Con una pequeña inversión alquilé el almacén contiguo al del gobierno. Un simple agujero en la pared me dio acceso a todo el stock de productos almacenados, productos a utilizar a tan largo plazo que yo sabía que permanecerían sin ser tocados durante meses o años en un almacén tan grande como este.

Naturalmente, sin ser tocados hasta que yo llegué.

Tras la perforación del agujero y la instalación de la cadena, el resto fue un negocio normal. Alquilé los robots para sacar las etiquetas antiguas y sustituirlas por las muy atractivas que me había hecho imprimir Entonces coloqué mis productos en el mercado en una forma estrictamente legal. Mi producto era mejor y, gracias a mi imaginativo sistema operativo, los costes eran muy bajos, por lo que podía permitirme vender más barato que mis competidores y hacerme todavía con unos jugosos beneficios. Los mayoristas locales se hablan dado cuenta rápidamente del saldo, y tenía pedidos para muchos meses por adelantado. Había sido un buen asunto... y podría haber durado algún tiempo más.

Ahogué esa línea de pensamientos antes de que comenzase. Si algo hay que aprender en mi tipo de negocios es que, cuando un negocio se acabó, ¡se acabó! La tentación de continuar un día más o de ingresar aún otro cheque puede ser casi irresistible, lo sé muy bien; pero también sé que es la mejor forma de relacionarse con la policía...

Date la vuelta y vete...

Y podrás estafar otro día.

Este es mi lema, y es un buen lema. Me hallo donde me hallo precisamente porque lo he seguido al pie de la letra.

Y el soñar despierto no ayuda a escapar de la policía.

Eché todos estos pensamientos de mi mente al llegar al extremo de la sala. Toda el área debía estar ya repleta de policías, así que tenía que moverme deprisa y no cometer errores. Una rápida mirada a derecha e izquierda. Nadie a la vista. Dos pasos adelante, y apretar el botón del ascensor. Habla puesto un contador en este ascensor de la parte de atrás, y sabía que se usaba por término medio tan sólo una vez al mes.

Llegó en unos tres segundos, vacío, y salté a su interior, apretando al mismo tiempo el botón que señalaba: azotea. El viaje pareció durar una eternidad,

pero tan solo era una apreciación subjetiva. Según el contador duraba exactamente catorce segundos. Esta era la parte más peligrosa de la fuga. Me puse rígido mientras el ascensor frenaba. Llevaba en la mano mí calibre .75 sin retroceso, que podría acabar con un policía, pero tan sólo con uno.

La puerta se abrió y me relajé. Nada. Debían tener toda el área rodeada en el suelo, pero no se hablan preocupado en poner policías en la azotea.

Al aire libre podía oír por primera vez las sirenas... era un sonido maravilloso. Debían tener allí la mitad de todas las fuerzas de policía, a juzgar por el ruido que hacían. Aceptaba esto del mismo modo que un artista acepta los aplausos.

La pasarela estaba tras la caseta del ascensor, en el sitio donde la habla dejado. Algo descolorida por la humedad, pero igual de resistente. Unos pocos segundos para llevarla al borde de la baranda y recostaría contra el edificio contiguo.

Tranquilo. Este era el punto crítico en que la velocidad no contaba. Cuidadosamente hasta el final de la pasarela, con la maleta apretada contra mi pecho para mantener mi centro de gravedad sobre mi mismo. Paso a paso. Una caída de trescientos metros hasta el suelo. Si no miras hacia abajo no puedes caerte...

Pasado. Momento de apresurarse. Con la pasarela tras la barandilla, si no la ven al principio, mi pista estará cubierta al menos durante algún tiempo. Diez pasos rápidos y allí estaba la puerta de la escalera. Se abría con facilidad. Tenía que hacerlo, pues por algo yo había puesto aceite en las bisagras, una vez dentro, eché el cerrojo e inspiré larga y profundamente. Aún no había salido, pero la peor parte, en la que corría más riesgos, ya había pasado. Dos minutos sin interrupciones y jamás encontrarían a James Bolívar, alias «Jim el escurridizo», diGriz.

El rellano de la escalera correspondiente a la azotea era un cubículo mal alumbrado y mohoso que jamás era visitado. Hacia semanas habla estado revisándolo cuidadosamente en busca de micrófonos o cámaras visoras, y no había hallado nada. El polvo parecía incólume, con la excepción de mis propias pisadas. Tenía que aceptar el riesgo de suponer que no los habrían colocado desde entonces. El riesgo calculado es algo que tiene que ser aceptado en mi profesión.

Adiós James diGriz, de noventa y ocho kilos de peso, con una edad aproximada de unos cuarenta y cinco años, obeso y de prominentes mejillas, un típico hombre de negocios cuya foto honra los archivos de la policía de un millar de planetas, lo mismo que sus huellas dactilares. Estas fueron lo primero que desapareció. Nada más fácil, cuando las usas son como una segunda piel y sin embargo bastan unas gotas de disolvente para que salgan como un par de guantes transparentes.

La ropa después, y entonces el corsé a la inversa: esa bella panza que me ciñe la cintura y que contiene veinte kilos de plomo mezclado con termita. Un rápido remojón de la botella de tinte y mi cabello recuperó su original tonalidad marrón, así como mis cejas. Los tapones nasales y los rellenos de las mejillas duelen al salir, pero tan solo es un segundo. Más tarde las lentillas de color azul. Este proceso me deja tan desnudo como cuando vine al mundo, y siempre siento como si hubiese nacido otra vez. Y, en cierto sentido, es verdad; me había convertido en un hombre nuevo, con veinte kilos menos, diez años menos y una descripción totalmente diferente. La maleta contenía un traje

completo y unas gafas de montura oscura que reemplazaban a las lentillas. El dinero cabía fácilmente en un maletín.

Cuando me erguí, parecía ciertamente como si me hubieran quitado diez años. Estaba tan acostumbrado a usar aquel peso que ya no lo notaba... hasta ahora que me lo había quitado. Me sentía ligero.

La termita destruiría todas las evidencias. Hice un montón con todo y encendí la mecha. Prendió con un rugido y todo: botellas, ropas, maleta, zapatos, pesas, etc., ardió con un brillo alegre. La policía hallaría un punto requemado en el suelo, y el microanálisis tal vez les hiciese hallar algunas moléculas en las paredes, pero esto sería todo lo que hallarían. El resplandor de la termita ardiendo proyectó sombras danzantes a mi alrededor mientras bajaba tres pisos hasta el centésimodoceavo.

La suerte seguía acompañándome; no había nadie en el piso cuando abrí la puerta. Un minuto más tarde el ascensor rápido me dejaba, junto con un puñado de otros hombres de negocios, en el amplio vestíbulo.

Tan solo había una puerta abierta a la calle, y había una cámara portátil de TV enfocada hacia ella. No se hacía el menor intento de detener a la gente que salía o entraba al edificio, y la mayor parte de ella ni siquiera se daba cuenta de la cámara y del pequeño grupo de policías reunidos a su alrededor. Caminé hacia ella a un paso mesurado. Unos nervios templados sirven de mucho en este tipo de negocios.

Por un instante estuve de lleno en el campo de aquel frío ojo de cristal, luego pasé de largo. No ocurrió nada, así que no era sospechoso. Aquella cámara debía de estar conectada en directo con la computadora central en la Jefatura de Policía y, si mi descripción se hubiera parecido lo suficiente a la que constaba en su memoria, aquellos robots hubieran recibido inmediatamente la notificación y habría sido detenido antes de poder dar un solo paso más. No se puede superar a la combinación computadora-robot porque piensan y actúan en cuestión de microsegundos, pero se les puede eludir previendo anticipadamente las cosas. Yo lo había hecho una vez más.

Un taxi me llevó hasta unas diez manzanas de distancia. Esperé a que se perdiera de vista y tomé otro. Hasta que no me hallé en el tercer taxi no me sentí lo suficientemente seguro como para ir a la terminal del espaciopuerto. Los sonidos de las sirenas se hacían más y más lejanos, y tan solo ocasionalmente algún coche de la policía pasaba raudo en sentido contrario.

Estaban haciendo una montaña de un pequeño crimen, pero eso es lo usual en los mundos supercivilizados. El crimen es ya algo tan raro, que la policía enloquece cuando tropiezan con uno. Hasta cierto punto no podía culparles por ello, el poner multas de tráfico debe de ser un trabajo tremendamente aburrido. En realidad, creo que deberían agradecerme el que ponga un poco de excitación en sus aburridas vidas.

II

Fue un bello paseo hasta el espaciopuerto, pues naturalmente se hallaba situado bien lejos de la ciudad. Tuve tiempo de arrellanarme en el asiento y contemplar el paisaje mientras ponía en orden mis pensamientos. Hasta lo tuve para filosofar un poco. Uno de los motivos era que podía gozar de nuevo del placer de fumar un buen cigarro. En mi otra personalidad tan solo fumaba

cigarrillos, y nunca he violado las costumbres de una personalidad, ni aún en los momentos del más estricto aislamiento. Los cigarros estaban todavía en la cigarrera de bolsillo en que los habla metido hacía seis meses. Di una larga chupada y lancé el humo contra el centelleante paisaje. Era bueno acabar un trabajo, tanto como el estar realizándolo. Nunca podía decidir qué era lo que más me gustaba. Supongo que era porque cada cosa tenía su tiempo de ser.

Mi vida es tan diferente de las de la absoluta mayoría de la gente que forma nuestra sociedad, que dudo que aunque quisiera pudiera explicársela. Viven en una enorme y rica unión de mundos que casi ha olvidado el significado de la palabra crimen. Existen unos pocos descontentos y algunos, aún menos, socialmente mal ajustados. Los pocos que aún nacen, a pesar de los siglos de control genético, son pronto atrapados, y su aberración es rápidamente rectificada. Algunos no hacen patente su debilidad hasta que llegan a adultos: son los que intentan realizar crímenes mezquinos, como escalos, descuidos en almacenes y así... Los llevan a cabo durante una o dos semanas, o durante uno o dos meses, según su nivel de inteligencia natural. Pero al fin, con la misma seguridad con que se da la degradación de las sustancias radioactivas, la policía alarga su brazo y los atrapa.

Esto es casi todo el crimen que se da en nuestra sociedad, organizada y aburguesada. Digamos que el noventa y nueve por ciento. Es el restante y vital uno por ciento el que da trabajo a los departamentos de policía. Ese uno por ciento soy yo y unos pocos como yo, un puñado de hombres esparcidos por toda la Galaxia. Teóricamente no podemos existir y, si existimos, no podernos operar. Pero lo hacemos. Somos las ratas del artesonado de la humanidad... operamos más allá de sus barreras y de sus reglas. La sociedad tenía más ratas cuando las reglas eran más flexibles, tal como los edificios de madera contenían más ratas que los de cemento que los sustituyeron, pero a pesar de eso aún tenían ratas. Ahora que la sociedad es toda de cemento armado y acero inoxidable hay menos rendijas entre las junturas y una rata tiene que ser inteligente para descubrirías. Una rata de acero inoxidable está en su elemento en este ambiente.

El ser un rata de acero inoxidable es algo solitario pero envanecedor... y es la experiencia más formidable que se pueda dar en la Galaxia si es que uno puede realizar impunemente su tarea. Los sociólogos no pueden ponerse de acuerdo sobre el motivo de nuestra existencia, y hasta algunos parecen dudar de ella. La teoría más comúnmente aceptada dice que somos víctimas de una enfermedad psicológica retardada que no muestra señales en la infancia, cuando podría ser detectada y corregida, y que tan solo se manifiesta más tarde, en la vida adulta. Naturalmente he pensado mucho sobre este tema, y no estoy en lo más mínimo de acuerdo con esta explicación.

Hace algunos años escribí un librito sobre este tema, bajo seudónimo, por supuesto, que fue bastante bien recibido. Mi teoría es que esta aberración es más bien filosófica y no psicológica. Llega un cierto momento en que algunos nos damos cuenta de que uno tiene que vivir fuera de las reglas de la sociedad o morir de absoluto aburrimiento. No hay ni futuro ni libertad en la vida así circunscrita, y la única otra vida posible es un rechace completo de las normas. Ya no hay lugar para el soldado de fortuna o para el caballero aventurero que puede vivir a un mismo tiempo dentro y fuera de la sociedad. Hoy en día es o todo o nada. Y, para preservar mi propia cordura, yo escogí el nada.

El taxi llegó al espaciopuerto justo cuando me encontraba en esta línea de pensamiento negativo, por lo que me alegró el poderla abandonan La soledad es lo único a lo que se le tiene que tener miedo en este tipo de negocios, pues ella y la autocompasión pueden destruirte si se apoderan de ti. La acción siempre me ha ayudado en estos casos, la excitación del peligro y de la huida aclaran siempre la mente. Cuando pagué el taxi estafé al conductor ante sus propias narices, sustrayendo uno de los billetes en el mismo momento en que se lo entregaba. Estaba tan ciego como una pared de cemento. Su credulidad me hizo ronronear de placer. La propina que le di compensaba con creces la pérdida, ya que tan solo hago estas pequeñeces para romper la monotonía.

Había un cobrador robot tras la ventanilla de venta de billetes. Tenía un tercer ojo en la frente, lo que equivalía a una cámara. Chasqueaba débilmente mientras adquirí mi billete, registrando mi rostro y destino. Era una precaución normal por parte de la policía, y me hubiera sorprendido el que no la hubiesen tomado. Mi destino se hallaba dentro del sistema, por lo que dudaba de que mi fotografía fuera a parar a otro lugar que a los archivos. No estaba dando un salto interestelar esta vez, como era mi costumbre tras un trabajo grande. No era necesario. Tras. un trabajo en un planeta solitario o en un sistema pequeño, es imposible el seguir en él, pero Beta Cygnis tiene un sistema de casi veinte planetas, todos ellos con climas terrificados. Este planeta, el III, estaba ahora demasiado «caliente», pero el resto del sistema era terreno virgen. Había un alto nivel de rivalidad económica dentro de él, y sabía que sus departamentos de policía no cooperaban demasiado bien. Esto les iba a costar caro. Mi billete era para Moriy, planeta XVIII, extenso y esencialmente agrícola.

Había algunas pequeñas tiendas en el espaciopuerto. Las visité cuidadosamente, y adquirí una maleta nueva con un vestuario completo y otros artículos esenciales de viaje. Reservé el sastre para lo último. Me seleccionó un par de trajes de viaje y un faldellín de ceremonias, que me llevé al cuarto probador. Como por puro accidente, logré colgar uno de los trajes sobre la cámara oculta en la pared, e hice con los pies sonidos parecidos a los que hace alguien que se está desnudando, mientras me ocupaba del billete que acababa de adquirir. Una de las puntas de mi cortacigarros era un perforador, con el que alteré los orificios codificados que indicaban mi destino. Ahora me dirigía al planeta X, en lugar de al XVIII, y con esta alteración había perdido casi doscientos créditos. Este es el secreto para alterar billetes y otros documentos similares: no traten de elevar el valor facial... es muy probable que esto sea descubierto. Pero si bajan el valor facial, aunque sean sorprendidos, la gente estará segura de que todo se debe a un error mecánico. No hay ni la menor duda en ello, porque ¿para qué iba alguien a hacer una alteración en la que perdiese dinero?

Antes de que la policía pudiese sospechar, ya había sacado el traje de delante del visor, y me lo probé empleando en ello todo el tiempo necesario. Ya lo tenía casi todo dispuesto, y aún me quedaba una hora, más o menos, antes de que la nave partiese. Empleé prudentemente el tiempo en ir a una lavandería automática para lavar y planchar toda mi ropa nueva. No hay nada que atraiga más la atención de un aduanero que una maleta llena de ropa sin usar.

La aduana pasó sin problemas y, cuando la nave estuvo medio llena, subí a bordo, sentándome cerca de la azafata. Flirtée con ella hasta que se marchó, después de clasificarme en la categoría de Macho, impetuoso, molesto. Una

solterona que se sentaba a mi lado también me clasificó en el mismo cajón y se puso a mirar por la ventanilla, dándome ostentosamente la espalda. Me adormilé contento, porque si hay algo me mejor que no ser apercibido es el ser apercibido y clasificado en una categoría. Tu descripción se mezcla con la de todos los otros de esa categoría, y allí acaba todo.

Cuando me desperté casi estábamos en el planeta X, por lo que seguí adormilado en el asiento hasta que aterrizarnos, y luego me fumé un cigarro mientras mi equipaje pasaba por la aduana. Mi maletín lleno de dinero no levantó sospechas, ya que previsoramente falsifiqué meses antes seis documentos que me acreditaban como mensajero bancario. En este sistema el Crédito Interplanetario era casi inexistente, así que los aduaneros estaban acostumbrados a ver pasar, en uno y otro sentido, montones de dinero líquido.

Confundí la pista un poco más, casi por hábito, y acabé hallándome en una gran ciudad industrial llamada Brouggh, situada a un millar de kilómetros del lugar en el que habla tomado tierra. Usando una documentación totalmente distinta, tomé alojamiento en un hotel tranquilo de los suburbios.

Normalmente, tras un trabajo grande como el último, descanso durante uno o dos meses, pero en esta ocasión no tenía deseos de descansar Mientras llevaba a cabo pequeñas compras por la ciudad con el fin de reconstruir la personalidad de James diGriz, tenía al mismo tiempo los ojos muy abiertos en busca de nuevas oportunidades para negocios. El primer día que salí hallé una que parecía ideal... y que cada día se me aparecía como mejor.

Una de las razones por las que he estado durante tanto tiempo fuera del alcance de la ley es porque nunca me repito. He imaginado algunos de los más impresionantes negocios, los he puesto en marcha una vez y luego los he abandonado para siempre. Casi lo único que tenían en común es que todos me daban dinero. Casi lo único a lo que, hasta hoy, no había llegado es al asalto a mano armada. Era ya tiempo de corregir esto.

Mientras estaba reconstruyendo la obesa personalidad del «escurridizo Jim», iba planeando los detalles de la operación. Casi al mismo tiempo que tuve a punto los guantes con las huellas dactilares acabé de planificar todo el negocio. Era simple, tal y como tienen que serlo todos los asuntos buenos, ya que, cuantos menos detalles hayan, menos cosas habrán que puedan ir mal.

Iba a atracar Moralo, los más grandes almacenes de la ciudad. Cada tarde, exactamente a la misma hora, un camión blindado se llevaba los ingresos del día al banco. Era un bocado apetitoso: una gigantesca suma en inidentificables billetes de pequeño valor facial. El único problema que se presentaba, al menos para mí, era cómo un solo hombre podría copar con el enorme peso y volumen de todo aquel dinero. Cuando tuve una respuesta para esto, la operación estuvo a punto.

Claro está que todos estos preparativos tan solo fueron hechos en mi mente hasta que la personalidad de James diGriz estuvo de nuevo a punto. El día en que me coloqué otra vez aquella panza lastrada noté como si estuviera de nuevo de uniforme. Encendí mi primer cigarrillo casi con satisfacción, luego me puse al trabajo. Un día o dos para algunas compras y unos pocos robos sencillos, y ya estaba listo. Programé el trabajo para el día siguiente a primeras horas de la tarde.

La clave de la operación era un amplio camión-tractor que había comprado, y al que había efectuado algunas alteraciones en el interior Lo aparqué en un callejón, pero no importaba, ya que tan solo era usado por la mañana

temprano. Era un simple paseo hasta los almacenes, a los que llegué casi al mismo tiempo en que aparecía el camión blindado Me recosté contra la pared del gigantesco edificio mientras los guardias sacaban el dinero. Mi dinero.

Para alguien con algo de imaginación supongo que aquello hubiera sido una visión atemorizadora: Por lo menos cinco guardias armados situados alrededor de la entrada, dos más en el interior del vehículo, así como el conductor y su ayudante. Como precaución adicional, cerca de la curva se hallaban tres rugientes monociclos, que acompañarían al camión para protegerlo por el camino. ¡Oh, muy impresionante! Tuve que ocultar una sonrisa tras mi cigarrillo cuando pensé en lo que iba a ocurrirles a esas elaboradas precauciones.

Había estado contando las carretadas de dinero a medida que salían por la puerta. Siempre había quince, ni menos ni más; esta costumbre me facilitaba el conocer el momento en que debía empezar a actuar. En el instante en que la catorceava era cargada en el camión blindado, aparecía en la entrada de los almacenes la quinceava. El chofer del camión había estado contando igual que yo, por lo que bajó de la cabina y se dirigió hacia la puerta trasera para cerrarla con llave cuando hubiera terminado la carga.

Estábamos perfectamente sincronizados mientras nos cruzamos andando: en el momento en que él llegaba a la puerta trasera, yo llegué a la cabina, subí a ella con tranquilidad y silenciosamente, y cerré la puerta tras de mi. El ayudante del conductor tuvo tan solo el tiempo justo para abrir la boca y desorbitar los ojos antes de que yo le colocase una bomba anestésica en el regazo; se derrumbó inmediatamente. Yo, naturalmente, llevaba los adecuados filtros nasales. Mientras con la mano izquierda ponía en marcha el motor, con la derecha lanzaba una bomba más grande por la ventanilla que unía la cabina con la parte trasera. Se oyeron unos confortantes golpes cuando los guardianes se derrumbaron sobre los sacos de dinero.

Todo esto me había llevado seis segundos. Los guardianes situados en la escalinata se estaban empezando a dar cuenta de que algo iba mal. Les hice un alegre saludo con la mano a través de la ventanilla y aceleré el camión blindado, sacándolo de la cuna. Uno de ellos trató de correr para lanzarse a través de la puerta abierta, pero ya era demasiado tarde. Todo había pasado tan rápidamente que ninguno de ellos habla pensado en disparar. Ya había yo previsto el que habría pocos balazos. La sedentaria vida de esos planetas atrofia los reflejos.

Los conductores de los monociclos se despertaron mucho más rápidamente, me perseguían antes de que el camión hubiera recorrido treinta metros. Moderé la marcha hasta que me alcanzaron y luego apreté el acelerador, manteniendo la velocidad exacta y suficiente para que no me pasasen.

Claro que sus sirenas estaban aullando y que hacían funcionar sus armas, era tal como yo lo había planeado. Bajamos por la calle como corredores de cohetes, y el tráfico se disolvió delante nuestro. No tenían tiempo para pensar y darse cuenta de que lo que estaban haciendo era asegurar que el camino quedara libre para mi huida. La situación era realmente humorística, y me temo que solté una carcajada mientras conducía el camión por las estrechas esquinas.

Por supuesto que se habría dado la alarma, y que más adelante se debían estar bloqueando las carreteras... pero esos ochocientos metros pasaron rápidos a la velocidad a la que íbamos. Fue cuestión de segundos hasta que vi

ante mí la boca del callejón. Dirigí el camión hacia ella, apretando al mismo tiempo el botón del transmisor de onda corta que llevaba en el bolsillo.

Se encendieron mis bombas de humo a todo lo largo del callejón. Como se puede suponer, eran de fabricación casera, como casi todo mi equipo, pero no obstante producían una nube adecuadamente densa en aquel estrecho callejón. Llevé el camión un poco hacia la derecha, hasta que el parachoques rozaba la pared, y reduje un poco la velocidad para así poder guiar por el tacto. Naturalmente, los conductores de los monociclos no podían hacer esto, ya que solo tenían la elección de detenerse o de lanzarse de cabeza a la oscuridad. Espero que tomaran la decisión correcta y que ninguno de ellos resultase herido.

Se suponía que el mismo impulso radial que había prendido las bombas de humo debía de haber abierto la puerta trasera del camión situado allí delante y bajado la rampa. Había funcionado estupendamente cuando hice la prueba, por lo que tan solo me quedaba esperar que ocurriera lo mismo en la práctica. Traté de estimar la distancia que había recorrido en el callejón contando el tiempo y la velocidad, pero me equivoqué un poco, las ruedas frontales del camión golpearon la rampa con un estampido destructor y el camión blindado rebotó, más que rodó, al interior del otro camión más grande. Me magullé un poco y me quedó justo el sentido suficiente para pisar el freno antes de que atravesase la cabina con el blindado.

El humo de las bombas lo convertía todo en una medianoche, lo cual, unido a mi cabeza atontada por el golpe, casi arruinó todo el asunto. Pasaron valiosos segundos mientras me recostaba contra la pared del camión tratando de volverme a orientar. No sé cuanto tiempo me llevó, pero cuando al fin trastabillé por la puerta de atrás ya podía oír las voces de los guardianes atravesando el humo. Oyeron la retorcida rampa crujir mientras la cerraba, por lo que tuve que tirar un par de bombas más para calmarlos.

Cuando subí a la cabina del camión tractor el humo comenzaba a disiparse. Encendí el motor, poniendo en marcha el vehículo. Unos metros más allá, al salir del callejón, irrumpí a la luz del día. La bocacalle daba a una vía principal, y a unos metros por delante vi pasar dos coches de la policía echando chispas. Cuando mi camión salió a la calle, me fijé cuidadosamente en todos los testigos. Ninguno de ellos demostraba el más mínimo interés por el camión o por el callejón. Aparentemente, toda la conmoción estaba aún limitada al otro extremo del mismo. Di gas al motor y tomé la calle, alejándome de la tienda que acababa de robar.

Claro que tan solo recorrí unas pocas manzanas en esa dirección, para doblar luego por una travesía. En la siguiente esquina doblé de nuevo y regresé hacia Moralo, el lugar de mi reciente crimen. El aire frío que entraba por la ventanilla hizo que pronto me sintiera mejor, y hasta llegué a silbar una alegre cancioncilla mientras maniobraba el enorme camión por entre las calles.

Habría sido estupendo el pasar por delante de Moralo y ver lo que ocurría, pero esto solo hubiera sido buscar problemas. El tiempo seguía siendo importante. Había planeado cuidadosamente una ruta que evitaba toda la congestión del tráfico y ahora la estaba siguiendo escrupulosamente. Fue solo cuestión de minutos el llegar hasta el aparcamiento de carga situado en la parte de atrás del gran almacén. Allí habla un poco de inquietud a causa del robo, pero se difuminaba entre el bullicio normal de la carga y la descarga. Aquí y allá, un grupo de conductores de camión o de capataces estaban discutiendo

sobre el acontecimiento, pero como los robots no cotillean, el trabajo normal continuaba. Los hombres estaban, naturalmente, tan excitados, que no se prestó ninguna atención a mi camión cuando lo llevé al aparcamiento, junto a los otros. Apagué el motor y me recosté en el asiento, con un suspiro de satisfacción.

La primera parte estaba completa. No obstante, quedaba la segunda, que era igual de importante. Rebusqué en mi panza entre el equipo que siempre llevo en los trabajos... para una emergencia como esta. Normalmente no confío en los estimulantes, pero aún estaba atontado por los golpes. Dos centímetros cúbicos de Linoten en mi cúbito anterior me aclararon rápidamente la cabeza. Volvía a caminar con paso seguro cuando me dirigí a la parte de atrás del camión.

El ayudante del conductor y los guardas todavía estaban inconscientes, y continuarían así por lo menos durante diez horas. Los dispuse en una alineada fila en la parte delantera, donde no me molestaran, y me dispuse al trabajo.

El camión blindado casi llenaba la caja del camión, tal como había supuesto; por tanto, había asido las cajas a las paredes. Eran unas estupendas y fuertes cajas de embalaje con el nombre de Moralo bien visible en todas sus caras. Era un pequeño robo a su almacén que pasaría desapercibido, Las bajé y las monté para llenarlas. Pronto estaba sudando, y me tuve que quitar la camisa mientras comenzaba a meter el dinero en los embalajes.

Casi me llevó dos horas introducido y cerrar las cajas. Cada diez minutos o así daba una ojeada a través de la mirilla de la puerta: tan solo se veía la actividad normal. Sin duda la policía debía tener la ciudad sitiada y debía de estar registrándola, casa por casa, en busca del camión. Estaba casi seguro de que el último sitio en el que se les ocurriría mirar sería en la parte de atrás del almacén robado.

El almacén en el que me había provisto de los embalajes también me había proporcionado un buen surtido de albaranes de envío. Pegué uno a cada una de las cajas, dirigiéndolas a diferentes lugares de recogida. Como es natural las puse a portes pagados, y ya estuve dispuesto para finalizar la operación.

Por entonces ya casi se había hecho oscuro, pero sabía que el departamento de envíos estaría ocupado casi toda la noche. Encendí de nuevo el motor y me dirigí lentamente, en marcha atrás, al muelle de envíos. Había un área relativamente tranquila allí donde se encontraban el sector de carga y el de descarga. Detuve el camión lo más cerca que pude de la línea divisoria. No abrí la puerta de atrás hasta que todos los trabajadores se hallaron mirando en otra dirección. Aún el más estúpido de ellos se hubiera sentido curioso ante el hecho de que un camión descargase cajas de envío de la firma. Tras apilarlas en la plataforma les eché una lona por encima, todo lo cual apenas me llevó unos pocos minutos. Tan solo cuando hube cerrado las puertas del camión volví a destaparías, y me senté sobre una de ellas para fumar un cigarrillo.

Antes de haberlo terminado, pasó un robot del departamento de envíos lo suficientemente cerca como para poderlo llamar.

- Ven aquí. Al M-19, que estaba cargando esto, se le quemó una banda de freno, así que ocúpate tú.

Sus ojos brillaron con la luz del deber. Algunos de los tipos M superiores se toman su trabajo muy a conciencia. Tuve que apartarme rápidamente cuando por las puertas situadas a mis espaldas aparecieron los camiones y las cargadoras M. Se oyó un ajetreo de carga y selección y mi botín desapareció

por la plataforma. Encendí otro cigarrillo y miré durante un rato mientras las cajas eran codificadas, marcadas y cargadas en los camiones de envío o en las cintas transportadoras locales.

Todo lo que me quedaba por hacer era deshacerme del camión en alguna calle perdida y cambiar de personalidad.

Mientras estaba entrando en el camión, me di cuenta por primera vez de que algo andaba mal. Claro que me había estado fijando en la puerta... pero no lo bastante. Habían estado entrando y saliendo camiones, pero, de pronto, me golpeó como un martillo pilón en el plexo solar el hecho de que eran siempre los mismos los que iban en una y otra dirección. Uno grande, rojo, de grandes distancias, estaba ahora mismo saliendo. Oí el eco de su tubo de escape rugir calle abajo... y luego morir con un lento gruñido. Cuando se volvió a oír no fue alejándose, sino que el camión apareció por la otra puerta. Había coches de la policía esperando tras la valla. Esperándome a mí.

III

Por primera vez en mi carrera sentí el pavor del hombre acorralado. Esta era la primera vez en que la policía estaba tras mis huellas sin haberlo yo previsto. Se había perdido el dinero, eso ya era seguro, pero eso ya no me importaba. Lo que querían ahora era atraparme.

Piensa primero, luego actúa. Por el momento aún estaba seguro. Naturalmente me estaban rodeando, pero lentamente, pues no sabían en qué parte del gigantesco aparcamiento me hallaba. ¿Cómo me habían encontrado? Este era el punto verdaderamente importante. La policía local estaba acostumbrada a un mundo casi sin crímenes, por lo que no podían haber dado con mí rastro con tanta rapidez. En realidad, no había dejado ningún rastro, por lo que quienquiera que hubiese preparado esta trampa lo había hecho tan solo con lógica y raciocinio.

Sin pensarlo, unas palabras saltaron a mi mente: El Cuerpo Especial.

Nunca se escribía nada acerca de él, tan solo se podían oír un millar de palabras susurradas en un millar de mundos a lo largo de la Galaxia. El Cuerpo Especial, la rama de la Liga que se ocupaba de los problemas que los planetas por sí solos no podían resolver. Se suponía que el Cuerpo había acabado con los restos de los Merodeadores de Haskell tras la paz, que había eliminado del juego a los ilegales comerciantes T & Z, y que finalmente habían cazado a Inskipp. Y ahora iban a por mí.

Estaban allí afuera, esperando a que tratase de abrir brecha. Estaban pensando en todos los caminos, igual que yo, y los estaban bloqueando. Tenía que pensar rápido y bien.

Tan solo había dos caminos hacia afuera: a través de las puertas o a través de la tienda. Las puertas estaban demasiado bien cubiertas para abrir brecha, y tal vez en la tienda hubiese otras posibilidades de escape. Tendría que hacerlo por allí. En el momento en que llegaba a esta conclusión, me di cuenta de que otras personas también habrían llegado a ella, y que ya debían estarse dirigiendo a cubrir esas salidas. Este pensamiento me dio miedo... y también me enfadó. La sola idea de que alguien pudiera ganarme pensando ya me era odiosa. De acuerdo, podían tratar de atraparme... pero les iba a costar. Todavía me quedaban unos cuantos trucos en la manga.

Primero, una pequeña pista falsa: Puse en marcha el camión, en primera, y lo apunté a la puerta. Cuando estaba en línea recta atoré el volante y salté por el lado opuesto de la cabina, volviendo al hangar de mercancías. Una vez estuve dentro apresuré el paso. Tras de mi pude oír algunos disparos, un fuerte golpe y muchos chillidos. Esto ya estaba mejor.

Las cerraduras nocturnas estaban conectadas en las puertas que llevaban a la tienda propiamente dicha. Era una alarma de tipo antiguo, que podía desconectar en escasos segundos. Mis ganzúas abrieron la puerta y le di una patada, echándome para atrás. No se oyeron timbres de alarma, pero sabía que, en alguna parte del edificio, un indicador señalaba que había sido abierta una puerta. Fui hasta la puerta más alejada del lado opuesto del edificio corriendo tanto como podía. Esta vez me aseguré de que la alarma estuviera desconectada antes de atravesar la puerta. La cerré tras de mi.

El trabajo más complicado del mundo es correr y no hacer ruido. Mis pulmones ardían cuando estaba llegando a la entrada de empleados. Unas pocas veces vi luces de linternas delante mío y tuve que esconderme tras los mostradores, pero logré pasar sin ser visto, aunque más por suerte que por otra cosa. Ante la puerta por la que habría querido salir se hallaban dos hombres de uniforme. Permaneciendo tan pegado como pude a la pared me acerqué a unos siete metros de ellos antes de tirarles una granada de gas. Por un segundo estuve seguro de que llevaban puestas máscaras antigás y de que todo había terminado... luego se derrumbaron. Uno de ellos estaba bloqueando la puerta, por lo que lo aparté rodando con el pie y la abrí unos centímetros.

El reflector no podía haber estado a más de diez metros de la puerta: cuando se encendió noté más dolor que luz. Me tiré al suelo en el mismo instante en que se encendía, y los balazos de la pistola ametralladora perforaron una hilera de agujeros a lo ancho de la puerta. Mis oídos estaban sordos por el estrépito de las balas explosivas y casi no pude oír el ruido de los pasos a la carrera. Ya tenía mi calibre .75 en la mano, y coloqué todo un cargador a través de la puerta, apuntando alto para no herir a nadie. No los detendría, pero los haría ir más despacio.

Devolvieron el fuego, debía de haber un pelotón entero allí afuera. De la pared de atrás saltaron esquirlas de plástico, y los proyectiles silbaron por el corredor. Era una buena cobertura, así sabía que nadie me saldría por la espalda. Permaneciendo lo más plano que pude, repté en la dirección opuesta, fuera de la línea de tiro. Doblé dos esquinas antes de estar lo suficientemente lejos de las armas como para poderme arriesgar a ponerme en pie. Mis rodillas temblaban y mi visión estaba aún oscurecida por grandes manchas de color. El reflector había hecho un buen trabajo, casi no podía ver a la débil luz.

Seguí moviéndome lentamente, tratando alejarme lo más posible de los disparos. El pelotón del exterior había disparado en cuanto yo había abierto la puerta, lo que significaba que tenían órdenes de disparar contra quienquiera que tratase de abandonar el edificio. Una bella trampa. Los policías de dentro seguirían buscando hasta dar conmigo. Si trataba de salir me asarían. Comenzaba a sentirme como tina rata en una ratonera.

Todas las luces de los almacenes se encendieron y me quede parado, helado. Estaba cerca de la pared de una gran sala dedicada a artículos para granjas. Al otro lado de la habitación se hallaban tres soldados. Nos divisamos al mismo tiempo, y me zambullí hacia la puerta mientras a todo mi alrededor rebotaban las balas. Los militares estaban también en ello, lo que significaba

que se lo habían tomado muy en serio. Al otro lado de la puerta había un grupo de ascensores... y escaleras subiendo hacia lo alto. Me metí en el ascensor de un salto y hundí el botón del sótano, logrando apenas salir antes que se cerraran las puertas. Las escaleras estaban en la dirección de los soldados que me perseguían, por lo que me pareció que corría hacia sus bocas de fuego. Debí de alcanzar las escaleras un instante antes de su llegada. Subí por ellas y llegué hasta el primer descansillo antes de que ellos estuvieran abajo. La suerte todavía me acompañaba. No me habían visto, y estarían seguros de que había ido hacia abajo. Me desplomé contra la pared, oyendo los gritos y los silbatos mientras dirigían su búsqueda hacia el sótano.

Pero en el grupo había uno listo. Mientras los otros estaban siguiendo la pista falsa, lo oí comenzar a subir lentamente las escaleras. No me quedaba ninguna granada de gas, todo lo que podía hacer era subir por delante de él, tratando de no hacer ningún ruido.

Venía lenta y pausadamente, y yo me mantuve por delante de él. De esta manera subimos cuatro pisos, yo en calcetines, con los zapatos entrelazados alrededor de mi cuello, y él con sus pesadas botas raspando suavemente contra el metal de los escalones.

Cuando inicié la subida al quinto piso me detuve, con el pie a mitad de un escalón.

Alguien estaba bajando... alguien que usaba el mismo tipo de botas militares. Hallé la puerta al pasillo, la abrí y me deslicé por ella. Ante mi se extendía un largo corredor, flanqueado por algún tipo de oficinas. Comencé a correr a lo largo de él, tratando de alcanzar una esquina antes de que aquella puerta se abriese y las balas explosivas me partiesen en dos. El pasillo parecía interminable, y de repente me di cuenta de que nunca conseguiría llegar al final a tiempo.

Era una rata buscando un agujero... y no había ninguno. Las puertas estaban cerradas, todas. Las iba probando mientras corría, sabiendo que no lo iba a lograr. Aquella puerta de la escalera se estaba abriendo tras de mí, y el arma se estaba levantando. No me atreví a darme la vuelta y mirar, pero lo podía sentir. Cuando la puerta se abrió bajo mi mano casi cal a través de ella antes de darme cuenta de lo que habla sucedido. La cerré tras de mi y me recosté contra ella en la oscuridad, jadeando como un animal agotado.

Entonces se encendió la luz y vi al hombre sentado tras el escritorio, sonriéndome.

Existe un límite para la cantidad de emociones que puede absorber un ser humano, y yo había sobrepasado el mío. No me importaba si me daba un balazo o me ofrecía un cigarrillo... había llegado basta el final de mi camino. No hizo ninguna de las dos cosas; en lugar de eso, me ofreció un cigarro.

- Coja uno de estos, diGriz. Creo que son su marca.

El cuerpo es un esclavo del hábito. Aún cuando la muerte está a unos centímetros, responde a las costumbres establecidas. Mis dedos se movieron por sí mismos y tomaron el cigarro, mis labios lo apretaron y mis pulmones lo sorbieron hasta darle vida. Y, durante todo esto, mis ojos vigilaban al hombre tras el escritorio, esperando la muerte.

Se debió de notar. Me señaló una silla y tuvo buen cuidado de tener las dos manos a la vista sobre la mesa. Yo todavía tenía mi arma apuntada contra él.

- Siéntese, diGriz, y aparte ese cañón. Si quisiera matarle, lo podría haber hecho más fácilmente que guiándolo hasta esta habitación - sus cejas se

arquearon sorprendidas cuando vio la expresión de mi rostro -. ¿No me dirá que creyó llegar hasta aquí por casualidad?

Hasta ese mismo momento así lo habla creído, y esta falta de un razonamiento inteligente por mi parte me produjo una oleada de vergüenza que me devolvió a la realidad. Me habían sobrepasado mental y físicamente, y lo menos que podía hacer era rendirme a la evidencia. Lancé el arma sobre la mesa y me derrumbé sobre la silla ofrecida. Barrió la pistola hacia un cajón con rápida eficiencia y se relajó él también un poco.

- Me tuvo preocupado por un momento por la forma en que se quedó ahí delante, con los ojos locos y agitando esa pieza de artillería de campo.

- ¿Quién es usted?

Sonrió ante lo abrupto de mi tono.

- Bueno, no importa quien soy. Lo que importa es la organización a la que represento.

- ¿El Cuerpo?

- Exactamente. El Cuerpo Especial. No creyó que se trataba de la policía local, ¿verdad? Ellos tienen órdenes de dispararle a primera vista. Fue tan sólo después de que les dije cómo hallarle cuando dejaron que el Cuerpo interviniese. Tengo algunos de mis hombres en el edificio, son los que lo han traído hasta aquí. El resto son todos nativos, con dedos nerviosos en los gatillos.

No era muy halagüeño, pero era verdad. Me habían llevado de un lado para otro como a un robot de clase M, con cada movimiento programado por adelantado. El viejo tras el escritorio... pues ahora me daba cuenta de que debía de tener unos sesenta y cinco años, había demostrado ser superior a mí. El juego había terminado.

- De acuerdo, señor Detective. Me tiene usted atrapado, así que el recrearse en mi desgracia no tiene sentido. ¿Qué sigue ahora en el programa? ¿Reorientación psicológica, lobotomía... o simplemente el pelotón de ejecución?

- Me temo que nada de eso. Estoy aquí para ofrecerle un empleo en el Cuerpo.

Todo el asunto era tan ridículo que casi me caí de la silla en el ataque de risa que siguió a estas palabras. Yo, James diGriz, el ladrón interplanetario trabajando como policía. Era demasiado cómico.

El otro permaneció paciente, esperando hasta que hube terminado.

- Admito que tiene su lado cómico - dijo -, pero sólo a simple vista. Si se para a pensarlo, tendrá que admitir que no hay nadie más cualificado para atrapar a un ladrón que otro ladrón.

Había bastante de verdad en eso, pero no iba a comprar mi libertad convirtiéndome en un cimbel.

- Una oferta interesante, pero no pienso salir de esto volviéndome traidor. ¿Sabe?, aún entre los ladrones existe un código de honor.

Esto lo enfadó. Era más alto de lo que parecía sentado, y el puño que agitó ante mi rostro era tan grande como un zapato.

- ¿Pero qué clase de estupideces está diciendo? Suena como una frase de una película de gángsters de la televisión. ¡Nunca se ha encontrado con otro ladrón en su vida, y no lo hará nunca! Y si lo hiciera, lo delataría alegremente si con ello pudiese sacar usted algún provecho. La esencia misma de su vida es el individualismo... eso y la emoción de hacer cosas que otros no pueden

hacer. Bueno, eso ya se acabó, y lo mejor es que se convenza a usted mismo de ello. Ya no puede seguir siendo el play-boy interplanetario que solía ser... pero puede llevar a cabo un trabajo que va a necesitar de cada onza de su habilidad y talentos especiales. ¿Ha matado alguna vez a un hombre?

- No... no que yo sepa.

- Bueno, no lo ha hecho. Le digo esto por si así va a dormir mejor por las noches. No es usted un homicida, miré eso en su ficha antes de venir a buscarle. Es por eso por lo que sé que entrará en el Cuerpo, y que sentirá un gran placer en capturar al otro tipo de criminal que está enfermo, y no que simplemente realiza una protesta social. El hombre que puede asesinar y disfrutar con ello.

Era demasiado convincente, y tenía todas las respuestas. Tan sólo quedaba un argumento, y lo lancé en un último intento defensivo.

- ¿Y qué hay con el Cuerpo? Si se enteran que está usted empleando a criminales semireformados para hacer trabajos sucios, nos fusilarán a los dos al romper el alba.

Esta vez era su turno de reírse. No veía qué era lo que le parecía tan cómico, así que lo ignoré hasta que hubo terminado.

- En primer lugar, muchacho, yo soy el Cuerpo, por lo menos su cabeza. ¿Y cuál cree que es mi nombre? ¡Harold Peters Inskipp ese es mi nombre!

- ¿No será el Inskipp que...?

- El mismo, Inskipp el Inatrapable. El hombre que desvalijó el Pharsydion II en pleno vuelo y que realizó todas esas otras operaciones sobre las que estoy seguro de que leyó en su malgastada juventud. Fui reclutado en la misma manera que usted.

Me tenía atrapado. Debió ver mis ojos saltones, porque se preparó para hacerme mate.

- ¿Y quienes se cree que son el resto de nuestros agentes? No me refiero a los graduados de limpia mirada salidos de nuestras escuelas técnicas, como la escuadra que tengo abajo, sino los agentes especiales. Los hombres que planean las operaciones, que realizan el trabajo de campo preliminar y que se preocupan de que todo vaya sobre ruedas. Son ladrones, todos ladrones. Contra mejores eran por sí solos, mejor es el trabajo que realizan para el Cuerpo. Este es un Universo grande y camorrista, y le sorprenderían algunos de los problemas que aparecen. Los únicos que podemos reclutar para hacer los trabajos son los que ya son expertos en ellos. ¿Le interesa?

Había pasado todo tan rápido y no había tenido tiempo para pensar, por lo que posiblemente iba a seguir arguyendo durante una hora. Pero en lo más recóndito de mi mente ya había llegado a una decisión. Lo iba a hacer. No podía decir que no.

Y, además, estaba comenzando a notar como un calorcillo. La raza humana es gregaria, esto era algo que sabia bien, aunque durante años lo hubiese estado negando.

Sentí el comienzo de una sensación agradable en el pensamiento. Por lo menos sería el fin de la soledad. La amistad me compensaría por lo que había perdido.

IV

Nunca había estado más equivocado.

La gente con quien me encontré era aburrida hasta el máximo; se limitaban a tratarme como a otra rueda del engranaje que giraba al compás del resto. Ciertamente que estaba dentro del engranaje, y seguía maravillándome de que me hubiera metido en este jaleo. No sorprendiéndome exactamente, dado que la memoria se conservaba aún totalmente vívida. Fui transportado con el resto de las ruedecillas, sus dientes entrelazados con los míos.

Terminamos en un planeta menor, esto era evidente. Pero no tenía ni la más ligera idea de qué planetas estaban próximos o incluso en qué sistema solar estábamos. Todo era del mayor secreto y misterio, ya que este lugar era, evidentemente, el cuartel general supersecreto y base principal también de la Escuela de los Cuerpos.

Esta parte me gustaba. Era la única cosa que evitaba que explotase. Tan aburridos como eran los individuos que enseñaban los cursos, el material era algo que podía ser aprovechado por mí. Comencé a darme cuenta cuán simples habían sido mis operaciones. Con los utensilios y técnicas que me estaban proporcionando yo había podido ser un bribón diez veces mayor de lo que había sido. El apartar la idea firmemente me servía durante un rato, pero me asaltaba de nuevo y me susurraba ideas deshonestas en mis oídos durante los períodos de depresión y nostalgia.

Las cosas iban de aburridamente malas a peores. La mitad de mi tiempo lo pasaba trabajando en los archivos, aprendiendo de los incontables sucesos y nuevos fracasos de los Cuerpos. Yo consideraba el estallido, aunque al mismo tiempo no podía evitar el preguntarme si esto no era parte de un período de prueba... para ver si poseía suficiente constancia para seguir. Me tragué el carácter, ahogué mis bostezos, y observé cuidadosamente a mi alrededor. Si no podía reventar por fuera... podría reventar por dentro. Tendría que haber alguna cosa que sirviera para terminar este período de trabajos forzados.

No fue fácil... pero lo encontré. Cuando hube terminado de seguir todos los rastros ya había llegado de sobra la hora de dormir. Pero no importaba. En cierto modo incluso lo hizo más intensamente.

Cuando se trataba de descerrajar una cerradura o reventar una caja de caudales yo no admito maestro. La puerta de las habitaciones privadas dc Inskipp tenía un viejo seguro de tambor, pasado de moda, que fue más fácil de abrir que mis dientes.

Debí haber pasado aquella puerta sin un solo ruido. Silencioso como era, y sin embargo Inskipp me oyó. Se encendió la luz y allí estaba, sentado en la cama, apuntándome con una sin retroceso calibre .75, a mi esternón.

- Usted debería tener más sensatez que esa, diGriz - refunfuñó -. ¡Entrar arrastrándose en mi habitación por la noche! Podría haberle matado de un tiro.

- No lo habría hecho - le dije, mientras guardaba el cañón de nuevo debajo de la almohada -. Un hombre con un caudal de curiosidad tan grande como el suyo siempre hablará primero y disparará después. Y además..., nada de este caminar de gato por la oscuridad habría sido necesario si su puerta estuviera abierta y pudiera comunicarme por ella.

Inskipp bostezó y se sirvió un vaso de agua de una unidad distribuidora, de encima de la cama.

- Simplemente porque yo encabece los Cuerpos Especiales no quiere decir que yo sea los Cuerpos Especiales - dijo, mientras se bebía el agua -. Alguna

vez tengo que dormir. Mi puerta está abierta solamente para las llamadas de urgencia, no para cada uno de los agentes que necesitan que le echen una mano.

- ¿Quiere decir que estoy en la categoría de los que necesitan que les echen una mano? - pregunté con tanta dulzura como pude.

- Póngase usted mismo en cualquier categoría que condenadamente le guste más - gruñó, y se dejó caer de nuevo dentro de la cama -. Y de paso póngase fuera, en el vestíbulo, y véame mañana durante las horas de trabajo.

Realmente estaba a mi merced. Tenía mucho sueño. Y muy pronto iba a estar totalmente despierto.

- ¿Sabe usted lo que es esto? - le pregunté, poniendo un reluciente modelo bajo su larga nariz roja. Un ojo se abrió lentamente.

- Nave de guerra grande, parece como de las líneas Empire. Ahora, por última vez... ¡Váyase! - replicó.

- Una conjetura muy buena para estas altas horas de la noche - le dije ansiosamente -. Es una nave de guerra del último Imperio de la clase Warlord. Indudablemente una de las máquinas de destrucción más eficientes jamás fabricadas. Más de media milla de pantallas defensivas y armamento, que podría convertir cualquier flota hoy existente en finas cenizas radiactivas...

- Salvo por el hecho de que la última fue desguazada para chatarra hace más de mil años - susurró.

Me incliné y acerqué mis labios a su oído. De forma que no hubiera posibilidad de un mal entendido. Hablé suave, pero claro.

- Cierto, cierto - dije -. Pero ¿no estaría usted un poco interesado si yo le dijera que hoy se está construyendo una?

Oh, fue hermoso de observar. Las mantas salieron despedidas en una dirección e Inskipp en otra. Con un solo movimiento de acción concertada dejó la posición horizontal y reclinada y permaneció de pie tensamente vertical contra la pared. Examinando el modelo de la nave de guerra bajo la luz. Aparentemente no creía en los pantalones de pijama y me fue penoso al ver aquella barriga de ganso saliendo por encima de aquellas delgadas zancas. Pero si las piernas eran delgadas, la voz estaba más que llena para colmar la diferencia.

- ¡Habla, estalla, diGriz! ¡Habla! - rugió - ¿Qué es esta tontería acerca de naves de guerra? ¿Quién la está construyendo?

Había sacado mi lima para las uñas y estaba raspando un pellejito, manteniéndolo extendido de forma que pudiera verse antes de contestar. Con el rabillo del ojo pude ver cómo se ponía encendido en torno al rostro... pero siguió silencioso. Saboreé mi pequeño momento de poder.

- Ponga a diGriz a cargo de la habitación de archivos durante una temporada; usted dijo, de esa forma aprenderá el mecanismo. Revolver en archivos polvorientos de hace un siglo será precisamente lo que necesita un espíritu libre como el de Slippery Jim diGriz. Al mismo tiempo pondrá en orden los archivos. Hace tiempo que necesitaban una reorganización.

Inskipp abrió la boca, produjo un sonido ahogado, luego la cerró. Indudablemente se daba cuenta de que cualquier interrupción serviría solamente para alargar mi explicación, no para acortarla. Sonreí y asentí a su decisión, luego continué.

- De forma que pensó que me tendría seguro fuera del paso. Doblegando mi espíritu a guisa de «darme un poco de los antecedentes de las actividades de

los Cuerpos». En ese sentido su plan falló. En su lugar ocurrió algo diferente. Husmeé en los archivos y los encontré de lo más interesante. Especialmente la organización C & M: el Clasificador y Memoria. Ese edificio lleno de maquinaria que recibe y selecciona noticias e informes de todos los planetas de la galaxia, los pone en índices en todas las categorías que puedan ser posiblemente clasificados, luego los archiva. Una gran máquina para trabajar con ella. La tuve buscando información sobre naves espaciales para mí, algo en lo que siempre estuve interesado.

- Debería de estarlo - interrumpió Inskipp bruscamente -. Robó bastantes en sus tiempos.

La dirigí una mirada molesta y proseguí... lentamente:

- No voy a molestarle con todos los detalles, ya que usted parece impaciente, pero por fin descubrí este plano.

Me lo arrancó de los dedos antes de que terminara de sacarlo de mi cartera.

- ¿Cuál es su intención? - murmuró mientras recorría con los ojos el impreso azul -. Esto es una nave pesada de carga y pasajeros. No tiene más de nave de guerra Warlord que lo que yo tengo.

Es difícil el curvar uno de los labios de satisfacción y hablar al mismo tiempo, pero lo conseguí.

- Naturalmente. Usted no esperaría archivar planes de naves de guerra con el Registro de la Liga, ¿no es verdad? Pero, como dije, conozco algo más que un poco acerca de naves. Me pareció que ésta era un tanto demasiado grande para el uso a que estaba destinada. Hay suficientes naves viejas como quemadoras de energía; uno no tiene que construirlas nuevas para hacer eso. Esto me hizo comenzar a pensar y busqué una lista completa de naves de ese tamaño que hubieran sido construidas en el pasado. Ya puede imaginarse mi sorpresa cuando, después de tres minutos de rechinar, C & M solamente presentó seis. Una fue construida como intento de autosostenimiento de una colonia en la segunda galaxia. Según toda la información que tenemos aún está en camino. Las otras cinco todas eran colonizadoras de la clase D, construidas durante la Expansión, cuando eran trasladadas grandes multitudes. Demasiado grande para ser práctica ahora.

»Aún seguía mi curiosidad, puesto que no tenía idea para lo que una nave de este tamaño podría ser utilizada. De forma que cambié la palanca del tiempo de la C & M y dejé que eligiera en toda la historia del espacio para ver si podría encontrar algo con que comparar. Ciertamente lo hizo. Justo en la Edad de Oro de la expansión del Imperio, la nave gigante de guerra Warlord. La máquina incluso encontró una copia del plano para mí.

Inskipp lo cogió de nuevo y comenzó a comparar las dos copias. Me incliné por encima de su hombre y le indiqué las partes interesantes.

- Fíjese..., si la pantalla de la sala de máquina se cambia un poco para incluir esta bodega de carga, hay mucho sitio para los bultos necesarios. Esta superestructura... evidentemente sólo añadida en los planos... se desplaza y las torrecillas ocupan su lugar. Los cascos son idénticos. Un cambio aquí, una desviación allá, y el pesado carguero se vuelve en un rápido navío de guerra. Estos cambios pueden hacerse durante la construcción, después de archivados los planos. Para cuando alguno de la Liga descubriese lo que se estaba construyendo, la nave estaría terminada y botada. Naturalmente, todo esto podría ser una coincidencia. Los planes de una nave de construcción reciente que concuerden en seis lugares con aquellos de una nave construida hace un

millar de años. Pero si usted piensa eso, le apuesto cien a uno a que está equivocado, cualquiera que sea la cantidad que usted señale.

Aquella noche no iba a ganar apuestas a ningún primo. Inskipp había llevado una juventud tan de golfo como yo mismo, y no necesitaba ninguna ayuda para descubrir algún asunto sucio. Mientras se ponía la ropa me dirigió preguntas:

- ¿Y el nombre de este planeta amante de la paz que está construyendo este mal recuerdo del pasado?

- Cittanuvo. Segundo planeta de una estrella B en Corona Borealis. No hay más planetas colonizados en el sistema.

- Nunca lo oí nombrar - dijo Inskipp mientras cogíamos el ascensor privado para su oficina -. Lo cual puede ser una buena o mala señal. No sería la primera vez que los problemas vinieran de algún lugar apartado del que nunca había conocido su existencia.

Con menosprecio automático para los demás de los verdaderamente delicados, oprimió el botón de llamada de su despacho. Muy pronto, empleados de ojos soñolientos y ayudantes estaban trayendo registros y archivos. Los repasamos juntos.

La modestia me impedía que fuera el primero que hablase, pero tuve que esperar poco antes de que Inskipp llegara a la misma conclusión que yo había llegado. Extendió un plano plegadizo a lo largo de la habitación y lo miró ceñudamente a la dura luz del alba.

- Cuanto más miro este asunto - dijo -, más sucio lo veo. Ese planeta parece no tener motivo posible de utilidad para una nave de guerra. Pero están construyendo una... eso lo juraría sobre un montón de billetes de mil créditos tan grande como este edificio, y sin embargo, ¿qué harán con ella cuando la tengan construida? Tienen una cultura de expansión, no hay parados, un exceso de metales pesados y mercados abiertos para todo lo que producen. No hay enemigos hereditarios, ni pendencias o cosas semejantes. Si no fuera por este asunto de la nave de guerra, lo habría llamado el planeta ideal de la Liga. Tengo que saber más sobre esto.

- Ya he llamado al aeropuerto espacial... en su nombre, naturalmente - le dije -. Pedí una nave correo rápida. Partiré dentro de una hora.

- ¿No está pasándose un poco de la raya, diGriz? - dijo. La voz tan fría como un témpano -. Todavía soy yo quien da las órdenes y quien le dirá cuándo está usted preparado para un cargo independiente.

Yo era todo dulzura y mieles, ya que de su decisión dependía todo.

- Sólo trataba de ayudar, jefe, preparar las cosas para el caso de que usted deseara más información. Y esto no es realmente una operación, simplemente un reconocimiento. Puedo hacerlo tan bien como cualquiera de los funcionarios experimentados. Y podría proporcionarme la experiencia que necesito, de forma que algún día también yo pueda estar calificado para unirme a las filas...

- Muy bien - dijo -. Deje de embrollarlo mientras yo pueda aún respirar. Largo de aquí. Descubra lo que ocurre. Luego vuelva. Nada más... y eso es una orden.

Por la forma en que lo dijo, comprendí que creía que había pocas posibilidades de que esto sucediera así. Y tenía razón.

Una rápida parada en las secciones de suministros y registro me proporcionó todo lo que necesitaba. El sol apenas lucía sobre el horizonte cuando la saeta de plata de mi nave partía sobre el gris campo, y después se lanzaba al espacio.

El viaje me llevó tan sólo unos pocos días, más tiempo que el necesario para memorizar todo lo que necesitaba saber sobre Cittanuvo. Y cuanto más sabía menos podía comprender su necesidad de una nave de guerra. No cuadraba. Cittanuvo era una colonización secundaria del sistema Cellini, y ya yo antes había pasado por estas colonizaciones. Todas ellas estaban unidas por una débil alianza y muchas disputas entre sí, pero sin llegar a más. Si no otra cosa, por lo menos compartían el horror universal de la guerra.

Sin embargo, estaban construyendo secretamente una nave de guerra.

Dado que solamente seguía mi pista con esta línea de ideas, las aparté a un lado y me dediqué a problemas de ajedrez tridimensional. Esto me ocupó el tiempo hasta que Cittanuvo brilló dentro de la pantalla de proa.

Uno de mis lemas más efectivos siempre ha sido: «El secreto debe de ser siempre evidente.» Lo que los prestidigitadores llaman información falsa. Deja a la gente ver muy claramente lo que uno desea que vean, luego no se darán cuenta de lo que está escondido. Esta es la razón por la que aterricé a mediodía, sobre el mayor campo del planeta, después de una aproximación muy espectacular. Siempre estoy vestido para mi papel, y fuera de la nave, antes de que los tirantes de aterrizaje dejen de vibrar. Abrochando la gorra de pieles en torno a los hombres con el corchete de platino, bajé la rampa. El pequeño y robusto robot M-3 avanzó ruidosamente detrás de mí con mi equipaje. Dirigiéndome directamente a la salida principal, no presté atención a la precipitada actividad en torno al edificio de la aduana.

Solamente cuando un uniformado suboficial de alguna cosa me alcanzó corriendo, presté atención al campo.

Antes de que él pudiera hablar lo hice yo, con el pie en la puerta.

- Es un hermoso planeta el que tienen ustedes aquí. ¡Delicioso clima! Un lugar ideal para una casa de campo. Gente amistosa, siempre deseosa de ayudar a los extranjeros y todo lo que imagino. Así es como me gusta. Me hace sentirme agradecido. Mucho gusto en conocerle. Soy el Gran Duque Sant Angelo - al llegar a este punto le estreché la mano calurosamente y dejé que se deslizase en la palma de su mano un billete de cien créditos.

- Ahora - añadí -, me pregunto si pedirá a los agentes de aduanas que registren mi equipaje aquí. No perdamos el tiempo. ¿No es verdad? La nave está abierta y pueden comprobar todo lo que quieran.

Mis ademanes, ropas, joyas, la forma fácil en que distribuía el dinero y el lujoso lustre de mi equipaje sólo podían significar una cosa. Había poco que mereciera la pena de sacar o meter de contrabando en Cittanuvo. Ciertamente nada que pudiera interesar a una persona rica. El funcionario murmuró algo con una sonrisa, habló unas pocas palabras por su teléfono, y el trabajo estuvo listo.

Una pequeña partida de aduaneros pegaron etiquetas sobre mis maletas, atisbaron una o dos para cubrir el expediente, y me indicaron que pasara. Estreché manos a todo el mundo - un apretón de manos apresurado, naturalmente - y luego proseguí mi camino. Llamaron un taxi, me sugirieron un hotel. Hice un gesto de asentimiento mientras me reclinaba en el vehículo y el robot cargaba las maletas.

La nave no contenía nada comprometedor. Todo lo que pudiera necesitar para mi trabajo lo tenía en el equipaje. Algunas cosas totalmente letales o explosivas, y muy embarazosas si fueran descubiertas dentro de mis maletas. En la seguridad de la suite de mi hotel realicé un cambio de ropas y de

personalidad, después que el robot hubiera inspeccionado las habitaciones en busca de células.

Estos robots de los Cuerpos eran instrumentos muy útiles. Tenían el aspecto y actuaban como un torpe M-3 todo el tiempo. Pero eran cualquier cosa menos eso. El cerebro era tan bueno como el de cualquier otro robot que pudiera haber conocido, además de que el rechoncho cuerpo estaba atiborrado de ingenios y máquinas de uso variado.

Dio vueltas lentamente por la habitación, trasladando mis maletas y extendiendo mis avíos. Y todo el tiempo fue siguiendo una ruta cuidadosa que cubría hasta la última pulgada de la suite. Cuando hubo terminado se detuvo, declarando que todo estaba bien.

- Comprobadas todas las habitaciones. Resultados negativos excepto una célula óptica en esa pared.

- ¿Deberías de señalarla de esa forma? - le pregunté al robot -. Puede hacer que la gente sospeche, ya sabes.

- Imposible - respondió el robot con mecánica seguridad -. Me froté contra ella y ahora está inutilizada.

Con esta seguridad, me quité mi llamativo traje y me puse el uniforme negro medianoche de un almirante de la Flota de la Gran Liga. Venía completo con condecoraciones, galones de oro, y todos los documentos necesarios. Yo mismo lo consideré un poco espectacular, pero era lo justo para hacer la impresión correcta en Cittanuvo.

Como en otros muchos planetas, éste era sensible a los uniformes. Los chicos de recados, los barrenderos, los empleados... todos tenían uniformes característicos. Les prestaban mucho prestigio, y mi vestimenta negra puntuaría tan alto como el uniforme que más lo hiciera de la galaxia.

Una amplia capa ocultaría el uniforme mientras salía del hotel, pero el casco incrustado de oro y el portafolios de los documentos eran un problema. Nunca había explorado todas las posibilidades del falso robot M-3 y quizá pudiera ser de alguna ayuda.

- Tú, pequeño y rechoncho - lo llamé -. ¿Tienes departamentos ocultos o cajones dentro de tu armazón? Si es así, veamos.

Durante un segundo pensé que el robot había explotado. El cacharro tenía más cajones en él que una batería de registradores de caja.

Grandes, pequeños, planos, delgados, salieron disparados por todas partes. Uno contenía una pistola y dos más estaban llenos de granadas el resto estaban vacíos. Puse el casco en uno y la cartera de los documentos en otro, e hice restallar mis dedos. Los cajones se deslizaron cerrándose y la cubierta de metal quedó tan suave como siempre.

Me puse una gorra deportiva de fantasía, la coloqué fuertemente abrochada y estuve listo para defenderme por sí solo. Pistolas, gas, agujas envenenadas, todas estas cosas habituales. En último extremo hubiera volado todo. El M-3 bajó en el montacargas. Yo utilicé unas escaleras de atrás y nos encontramos en la calle.

Dado que todavía había luz del día no cogí un heli, sino que alquilé un vehículo de suelo. Hicimos un trayecto pausado para salir de la ciudad al campo y llegar a casa del presidente Ferraro después de oscurecido.

Como correspondía a un alto magistrado de un planeta rico, el lugar era una mansión. Pero las precauciones de seguridad eran ridículas, por no decir otra cosa. Pasé yo y un robot de trescientos cincuenta kilos a través de los guardas

y alarmas sin producir la más mínima alteración. El presidente Ferraro, soltero, estaba cenando. Esto me proporcionó suficiente tiempo sin ser molestado para registrar su estudio.

No había absolutamente nada. Esto es, nada que tuviera relación con naves de guerra. Si estuviera interesado en chantaje, tendría pruebas suficientes en la mano para mantenerme durante toda la vida. Sin embargo, yo estaba buscando algo más importante que corrupción política.

Cuando Ferraro entró en su estudio después de cenar, la habitación estaba a oscuras. Lo oí murmurar alguna cosa sobre los sirvientes y buscar a tientas la llave. Antes de que la hubiera encontrado, el robot cerró la puerta y encendió las luces. Yo estaba sentado detrás de su mesa, con todos sus documentos personales delante de mí... con una pistola como pisapapeles... y con un gesto tan ceñudo como pude ofrecerle en el rostro. Antes de que pudiera reponerse de la sorpresa le lancé una orden.

- Acérquese y siéntese. ¡Rápido!

El robot lo empujó a través de la habitación al mismo tiempo, de forma que no le quedó más remedio que obedecer. Cuando vio los papeles encima de la mesa sus ojos parecieron salírsele de las órbitas y se limitó a susurrar algo. Antes de que pudiera recuperarse arrojé una gruesa carpeta delante de él.

- Soy el almirante Thar, Flota de la Gran Liga. Estas son mis credenciales. Mejor haría comprobándolas. - Dado que eran tan buenas como las de un almirante de verdad, no me preocupaba lo más mínimo. Ferraro los giró tan cuidadosamente como pudo en su estado de ánimo sobresaltado, e incluso comprobó los sellos bajo los UV. Le di tiempo para que se tranquilizara un poco y él lo utilizó para resoplar con furia.

- ¿Cuáles eran sus intenciones al entrar en mis habitaciones privadas y robar...?

- Usted está metido en un aprieto - le dije en un tono de voz tan sombrío como pude mostrar.

Ante mis palabras, el rostro curtido de Ferraro se volvió de un gris sucio. Me aproveché de la ventaja.

- Le arresto por conspiración, exacción, robo y cualesquiera otros cargos que puedan resultar después de un cuidadoso examen de estos documentos. Sujétalo. - Esta última orden iba dirigida directamente al robot, que estaba bien metido en su papel. Avanzó ruidosamente y cerró su mano en torno a la muñeca de Ferraro, a la manera de unas esposas. El apenas se dio cuenta.

- Lo puedo explicar - dijo con desesperación -. Todo puede ser explicado. No hay necesidad de hacer tales cargos. Yo no sé qué papeles tiene usted ahí, de forma que no intentaré decir que todo son falsificaciones. Usted sabe que tengo muchos enemigos. Si la Liga supiera las dificultades a que hay que hacer frente en un planeta como éste...

- Todo eso es inútil - le interrumpí, cortándole con un gesto de la mano -. Todas esas cuestiones serán respondidas ante un jurado a su debido tiempo. Sólo hay una pregunta que quiero que me responda ahora. ¿Por qué está usted construyendo una nave de guerra?

El hombre era un gran actor. Sus ojos se dilataron, su mandíbula quedó colgando, y se hundió en la silla como si hubiera sido golpeado ligeramente con un martillo. Cuando pudo hablar sus palabras eran totalmente innecesarias; ya había dado todas las muestras de una inocencia injuriada.

- ¿Qué nave de guerra?

- La nave de guerra tipo Warlord que está siendo construida en el astillero espacial de Cenerentola. Oculta tras estos planos - se los arrojé a través de la mesa, y le indiqué una esquina -. Estas iniciales de ahí son suyas, autorizando la construcción.

Ferraro aún conservaba el aspecto confundido mientras manoseaba los papeles, examinaba las iniciales y hacía cosas semejantes. Dejé que tuviera tiempo suficiente. Finalmente los posó, sacudiendo la cabeza.

- No sé nada sobre ninguna nave de guerra, estos son los planos de un nuevo carguero de línea. Aquéllas son mis iniciales, recuerdo haberlas puesto allí.

Dado que ya lo tenía donde deseaba tenerlo, le hice mi pregunta con sumo cuidado ahora:

- ¿Niega cualquier conocimiento de la nave de guerra Warlord que está siendo construida a partir de estos planos modificados?

- Éstos son los planos de una nave de carga y pasajeros, y eso es todo lo que sé.

Sus palabras tenían la ingenua inocencia de un recién nacido. Me incliné hacia atrás con un suspiro de alivio y encendí un cigarro.

- ¿No le interesaría saber algo sobre ese robot que le está sujetando? - le dije. El bajó la vista, como si se diera cuenta por primera vez de que el robot le había estado sosteniendo la muñeca durante la entrevista -. No es un robot ordinario. Tiene cierto número de aparatos en la punta de los dedos. Termopares, galvanómetros, cosas como esas. Mientras que usted estaba hablando registraba la temperatura de su piel, la presión sanguínea, la cantidad de sudor, etc. En otras palabras, es un detector de mentiras rápido y eficiente. Oiremos ahora lo que dice de sus mentiras.

Ferraro apartó la mano del robot como si hubiera sido una serpiente venenosa. Yo solté un anillo de humo y dije al robot:

- Informa. ¿Ha dicho ese hombre alguna mentira?

- Muchas - contestó el robot -. Exactamente el setenta y cuatro por ciento de todas las declaraciones que hizo eran falsas.

- Muy bien - asentí, corriendo el último cerrojo de mi trampa -. Eso significa que sabe todo lo que se refiere a la nave de guerra.

- El sujeto no tiene conocimiento de la nave de guerra - repuso el robot fríamente -. Todas sus declaraciones concernientes a la construcción de la nave eran ciertas.

Ahora me tocó a mí la voz de dar boqueadas y abrir los ojos, mientras Ferraro se restablecía. Él no tenía idea de que yo no estuviera interesado en sus otros trucos, pero debo confesar que había recibido un golpe bajo. Me costó trabajo, pero lo conseguí, el volver mi mente al trabajo y considerar las pruebas.

Si el presidente Ferraro no tenía noticias de la nave de guerra, tenía que haber sido engañado por la apariencia. Pero si él no era responsable... ¿quién lo era? ¿Alguna pandilla de militares que tenía intención de derribarle y apoderarse del poder? No sabía lo suficiente de aquel planeta, de forma que recluté a Ferraro a mis filas.

Esto fue fácil... incluso sin el temor de exponer los documentos que había encontrado en su archivo. Utilizando su declaración como un aguijón podría haberle hecho saltar a través de aros. No era necesario. Tan pronto como le mostré los diferentes planos y le expliqué las posibilidades lo comprendió. Si no

otra cosa, al menos estaba tan deseoso como yo de descubrir quién estaba utilizando su administración como tapadera. Por tácito acuerdo los documentos fueron olvidados.

Convinimos en que el próximo paso lógico serían los astilleros espaciales de Cenerentola. Tenía la intención de husmear silenciosamente primero, tratando de protegerse de sus adversarios políticos. Le di a entender que la Liga, y en particular la Armada de la Liga, deseaban parar la construcción de la nave de guerra. Después de eso, él podría seguir con su politiqueo. Una vez comprendido este punto, llamó a su coche y a su cuerpo de guardia y organizamos un desfile hasta los astilleros. Fue un trayecto de cuatro horas y durante el camino fuimos haciendo planes.

El gerente del astillero del espacio se llamaba Rocca, y estaba durmiendo felizmente cuando llegamos. Pero no durante mucho rato. El desfile de uniformes y pistolas en mitad de la noche le atemorizó en tal grado que apenas podía caminar. Me imagino que estaba tan abarrotado de pequeños delitos como Ferraro. Ningún hombre inocente podría parecer tan aterrorizado. Aprovechándome de la situación, sitúe a mi detector de mentiras sobre él y comencé a largarle preguntas.

Aun incluso antes de que obtuviera todas las respuestas comencé a darme cuenta de la situación. Ellos también estaban un poco atemorizados. El gerente del astillero espacial que estaba construyendo la nave no tenía la menor idea de su naturaleza.

Cualquiera con menos amor propio que yo (o que hubiera llevado una vida más honesta en su juventud) podría haber dudado de su propio razonamiento en aquel momento. Yo, no. La nave seguía pareciéndose a una nave de guerra en seis cosas. Y conociendo la naturaleza humana de la forma que yo la conocía, eso era más coincidencia que lo que era lógico. La navaja de Occam siempre indica el camino. Si hay posibilidades, elige la más simple. En este caso elegí el natural instinto ahorrativo del hombre como opuesto a la ciega casualidad o accidente. Sin embargo, puse la teoría a prueba.

Mirando de nuevo a los dos planos originales, me llamó la atención la enorme superestructura. A fin de convertir la nave en una nave de guerra, eso habría sido una de las primeras cosas que habría que cambiar.

- ¡Rocca! - ladré, en lo que confiaba era un auténtico gesto de viejo lobo del espacio -. Mire a estos planes, a esta amplia entrada frontal de aquí. ¿Ha sido construido esto en la nave?

Él negó con la cabeza inmediatamente y dijo:

- No, los planos fueron cambiados. Tuvimos que ajustar no sé qué máquina de rechazo de meteoros para trabajar dentro del anillo de restos planetarios.

Con un gesto rápido miré en mi cartera y extraje un plano.

- ¿Se parece en algo su nuevo aparato a éste? - le pregunté, arrojándoselo por encima de la mesa.

Se frotó la barba mientras lo miraba.

- Bueno - replicó dudando -. No puedo asegurarlo. Después de todo, estos detalles no son de mi departamento, yo sólo soy responsable del montaje final, no de detalles separados. Pero esto ciertamente se parece a lo que instalaron. Cosas muy grandes. Gran número de conducciones de fuerza...

Ahora ya no tenía la menor duda, ciertamente se trataba de una nave de guerra. Me estaba mentalmente estirando para darme unos golpes en la espalda cuando percibí el significado de sus palabras.

- ¡Instalado! - grité -. ¿Dijo usted instalado?

Rocca se apartó, asustado por mis rugidos, y se mordió las uñas.

- Sí... - dijo -, no hace mucho tiempo. Recuerdo que hubo algún problema...

- Y qué más? - le interrumpí, mientras un sudor frío comenzaba a correr ahora a lo largo de la espalda -. Los mandos, los controles... ¿Están instalados también?

- ¿Eh? Sí - repuso, - ¿Cómo lo sabía? La programación normal fue cambiada, ocasionando muchos problemas innecesarios.

El sudor frío se había convertido ahora en un río de miedo. Comenzaba a tener la sensación de que había llegado tarde en todo. Para la fecha original calculada de terminación todavía faltaba un año. Pero no había ninguna razón real que no hubiera podido cambiarse también.

- ¡Coches! ¡Cañones! - rugí -. ¡Al astillero espacial! ¡Si esa nave está a punto de ser acabada, estamos en un gran, gran aprieto!

Todos los aburridos guardias lo pasaron estupendamente con las sirenas, luces, aceleradores sobre el suelo y todo eso. Perforábamos un ruidoso agujero a través de la noche hasta el astillero espacial y a través de la entrada.

Todo ello fue inútil, llegamos demasiado tarde. Un vigilante uniformado nos hizo señas frenéticamente y toda la escolta se detuvo con una sacudida.

La nave se había ido.

Rocca no podía creerlo, ni tampoco el presidente. Caminaron lentamente de un lado para el otro por las vacías pistas donde había sido construida. Yo me limité a hundirme en el asiento de atrás del coche, convirtiendo en trozos mi cigarro y maldiciendo mi propia tontería. Habla perdido de vista un hecho evidente, al ser arrastrado por la idea de un gobierno de un planeta que construía una nave de guerra. El gobierno estaba comprometido con seguridad... pero solamente como tapadera. Ninguna mente política comprometida de un planeta pequeño podría haber soñado un esquema tan importante como éste. Me olía a una rata,... una rata de acero inoxidable. Alguien que operaba de la misma forma que yo lo había hecho antes de mi conversión.

Ahora que el roedor estaba bien fuera de mi alcance me di cuenta de adónde tenía que mirar, y tuve una idea bastante acertada de lo que encontraría. Rocca, el gerente del astillero espacial, había vuelto tambaleándose y tirándose del cabello, maldiciendo y lamentándose al mismo tiempo. El presidente Ferraro había sacado su pistola y la miraba fijamente ceñudo. Sería difícil de decir si estaba pensando en un asesinato o en un suicidio. Cualquiera que fuera a mí no me importaba. Todo por lo que tenía que preocuparse ahora era de las próximas elecciones, cuando los votantes y la oposición política le derribaran por la pérdida de la nave. Mis problemas eran un poco más importantes.

Tenía que encontrar la nave de guerra antes de que se abriera camino a través de la galaxia.

- ¡Rocca! - grité -. Entre en el coche. Deseo ver sus archivos... todos sus archivos..., y deseo verlos inmediatamente, ahora.

Subió con aspecto preocupado y le dio instrucciones al conductor antes de que se diera cuenta totalmente de lo que estaba ocurriendo. Pestañeando ante la mortecina luz del alba volvió lentamente a la realidad.

- ¡Pero, almirante..., la hora! Todo el mundo estará durmiendo...

Me limité a rezongar, pero fue suficiente. Rocca comprendió la idea por mi expresión y cogió el teléfono del coche. Cuando llegamos, las puertas de la oficina estaban abiertas.

Habitualmente maldigo todos los papeles de la burocracia, pero por esta vez los bendije. Esta gente lo tenía todo muy bien clasificado. Ni la caída de un remache había quedado sin anotar... por quintuplicado. Y una posterior continuación con una nota, remache, merma, indagación. Los datos que yo necesitaba estaban limpiamente recogidos en sus catacumbas de papel. No intenté, mirar buscando las causas primeras, lo que me llevaría mucho tiempo. En lugar de eso, concentré mi atención sobre las modificaciones recientes, como la torreta del cañón, que me proporcionaría rápidamente una pista hacia las partes culpables.

Una vez que los empleados comprendieron lo que deseaba se lanzaron al trabajo, aguijoneados por los fuegos del patriotismo y las ardientes voces de sus superiores. Todo lo que tenía que hacer era sugerir una orientación en la búsqueda y los documentos importantes comenzarían a aparecer inmediatamente.

Poco a poco comenzó a surgir un esquema. Una delicada tela de araña de falsedad, soborno, embrollos y falsificaciones. Todo ello sólo podría haber sido concebido por una mente tan brillantemente retorcida como la mía.

Me mordí los labios con envidia. Como todas las grandes ideas, ésta era sencilla en su base.

Una parte o partes desconocidas habían falseado el programa de construcción de la nave de acuerdo con sus propios fines. Sin duda alguna habían comenzado el programa para el transporte gigante, que habría de ser revisado más tarde. Y una vez que el programa estuvo en marcha, había sido llevado a cabo con una habilidad que lindaba con el genio. Los pedidos habían sido hechos desde muchos lugares, pasados, cambiados y embrollados. Con toda dificultad pude seguir uno hasta su origen. Muchas veces el origen era una falsificación. Algunos cambios parecían inexplicables, hasta que me di cuenta que los funcionarios en cuestión habían tenido una secretaria temporalmente mientras su ayudante normal estaba enferma. Todas estas chicas habían sufrido de envenenamiento de alimentos, lo que parecía una epidemia regular. Cada una de ellas, por turno, había sido reemplazada por la misma chica. Ésta permanecía justo el tiempo necesario en cada empleo para comprobar que el plano de la nave de guerra fuera cambiado en algún trazo. Evidentemente, la chica era una ayudante del cerebro genial que creara el proyecto. Este se había situado en el centro de la trama, como una araña sobre su tela, tirando de las cuerdas que ponían las cosas en marcha. Mi primera idea de que se trataba de una banda resultaba estar equivocada. Todos mis sospechosos secundarios resultaron ser simples falsificaciones, no personas.

En los pocos casos en que la falsificación no era adecuada, mi misterioso X se había prestado él mismo para el trabajo. Quizá X mismo tuviera un trabajo constante de ayudante proyectista de ingeniería. Uno a uno los enmarañados hilos se dirigían hacia esta oficina. Él también tuvo una secretaria cuya «enfermedad» coincidió con su ocupación en otras oficinas.

Cuando me levanté de mi mesa de despacho, el dolor de la espalda me perforaba como un hierro al rojo. Me tomé un par de pastillas calmantes y eché una mirada a mis inclinados ayudantes de ojos hinchados, que compartían conmigo la tarea de setenta y dos horas. Se sentaban o se dejaban caer sobre

el mobiliario, esperando mis conclusiones. Incluso el presidente Ferraro estaba allí, con el pelo de aspecto desigual donde se había arrancado puñados.

- ¿Los ha encontrado usted, a los criminales? - preguntó, buscando a tientas con los dedos sobre el cráneo nuevos asideros.

- Sí, los he encontrado - dije roncamente - Pero no una banda de criminales, sino un maestro del crimen... que aparentemente tiene más habilidad ejecutiva en el lóbulo de una oreja que todos sus sobornables burócratas... y su ayudante femenino. Ellos llevaron a cabo todo el trabajo por sí solos. Su nombre, o indudablemente su seudónimo, es Pepe Nero. La chica se llama Angelina...

- ¡Arréstenlos inmediatamente! ¡Guardas, guardas...! - la voz de Ferraro se apagó en la distancia según salió corriendo de la habitación. Hablé a su espalda que se alejaba.

- Eso es precisamente lo que intentamos hacer, pero es un poco difícil por el momento, dado que ellos son no sólo los que construyeron la nave de guerra, sino que, indudablemente, los que la robaron. Era totalmente automática, de forma que no es necesaria ninguna tripulación.

- ¿Qué es lo que proyecta hacer? - preguntó uno de los empleados.

- No haré nada - le repuse con la brusca precisión de un viejo veterano del espacio -. La Armada de la Liga está ya aproximándose a los renegados y usted será informado de su captura. Gracias por su ayuda.

VI

Les dirigí un rápido saludo cuando los pude reunir y me largué. Mirando sombríamente a sus espaldas les envidié, por un momento, por su fe simple en la Armada de la Liga, pues en realidad la flota vengadora era tan imaginaria como mi grado de almirante. Esto continuaba siendo aún un trabajo de los Cuerpos. Tendría que mandarle a Inskipp inmediatamente la última información. Le había enviado un psicograma sobre el robo, pero todavía no había tenido respuesta. Tal vez con la identidad de los ladrones consiguiera alguna respuesta por su parte.

Mi mensaje estaba en clave, pero resultaría fácil descifrar para cualquiera que lo intentase con suficiente empeño. Lo llevé yo mismo al centro de comunicaciones. El psicofista estaba en un cubículo transparente y yo me encerré con él. Miraba al vacío mientras hablaba lentamente ante un micro, recogiendo un mensaje de alguna parte de la galaxia. Fuera, los apresurados transcriptores copiaban, codificaban y llenaban los mensajes, pero ningún sonido entraba a través de la pared aislante. Esperé hasta que su atención volviese a la habitación, y le entregué las hojas de papel.

- Central de la Liga 14... rápido - le dije.

Levantó las cejas, pero no hizo ninguna pregunta. El establecer contacto le llevó solo unos pocos segundos, ya que disponían de toda una batería de psicofistas para sus comunicaciones. Leyó las palabras codificadas cuidadosamente, formulándolas con la boca, pero no pronunciándolas en voz alta, transmitiendo por el poder de sus pensamientos a distancia de años-luz. Tan pronto como hubo terminado, recogí la hoja, la rasgué y guardé los trozos.

Recibí mi respuesta con bastante rapidez, ya que Inskipp debería haber estado rondando en espera de mi mensaje. El micro fue desconectado de los transcriptores de fuera, y yo mismo tomé los grupos codificados en taquigrafía.

«...Xybb dfil fdno, y si no... ¡no vuelva!»

El mensaje se volvía claro al final, y el psicofista sonrió, al pronunciar las palabras. Rompí el punto de mi stilus y le gruñí que no repitiera nada de este mensaje, dado que estaba clasificado, y que yo presenciaría personalmente cómo lo fusilaban si lo hacía. Esto le borró la sonrisa, pero no hizo que me sintiera más confiado.

Al descifrar el mensaje resultó que éste no era tan malo como yo había imaginado. Hasta nuevo aviso me ocuparía de seguir las huellas y capturar la nave de guerra robada. Si lo necesitaba podía recurrir a la Liga para cualquier ayuda. Conservaría mi identidad como almirante durante el resto del trabajo. Tenía que mantenerle informado de los progresos que hiciera. Solamente aquellas últimas palabras siniestras, sin codificar, evitaban que mi felicidad fuera completa.

Se me había concedido mi tan esperado destino. Pero traducido a términos vulgares, mis órdenes consistían en obtener la nave de guerra o perdería el cuello. Ni una sola palabra por mis esfuerzos en descubrir, en primer lugar, la trama. Así es el mundo sin corazón en que vivimos.

Este momento de piedad por mí mismo me alivió, e inmediatamente me acosté. Dado que mi principal trabajo ahora era esperar, igualmente podría hacerlo durmiendo.

Y esperar era todo lo que podía hacer. Naturalmente que había tareas secundarias, tales como pedir un crucero de la Armada para mi propio uso, y buscar más información sobre los ladrones, pero éstas eran realmente cosas secundarias a mi propósito fundamental, que era esperar por malas noticias. No había ningún lugar donde pudiera ir en el que estuviera mejor situado para la caza que Cittanuvo. La nave desaparecida podría haber ido en cualquier dirección. Y cada minuto que pasaba la espera de probable localización aumentaba en razón del cubo al cuadrado. Mantuve una tripulación de retén en el crucero durante turnos de servicio y confiné al resto dentro de un ciento de yardas de radio desde la nave.

Había poca más información sobre Pepe y Angelina, habían cubierto bien todas las pistas. Su pasado era desconocido, aunque el hecho de que ambos hablaran con un ligero acento sugería que eran de fuera del planeta. Había una borrosa fotografía de Pepe, rechoncho pero de aspecto demasiado torvo para que se tratase de un grueso muchacho bonachón. No había ninguna fotografía de la chica. Barajé los magros hallazgos, contuve la impaciencia y mantuve ocupado al psicofista de la nave recogiendo todos los informes de cualquier clase de problemas que surgieran en el espacio. El piloto y yo señalábamos su situación en su tanque comparando las posiciones en relación con la creciente esfera que abarcaba todas las situaciones posibles de la nave perdida. Algunos de los desastres y aparentes accidentes quedaban dentro de este área, pero investigaciones posteriores demostraban que todos tuvieron causas naturales.

Dejé órdenes permanentes de que todos los informes que se refirieran a sucesos dentro de la zona de peligro se me comunicaran en cualquier momento. El mensajero me despertó de un profundo sueño, encendiendo la luz y entregándome una hoja de papel. Parpadeé despertándome, leí las dos líneas primeras y oprimí la alarma de disposición de combate de encima de mi

litera. Tengo que reconocerlo, los muchachos de la Armada conocen su oficio. Cuando sonaron las sirenas, la tripulación subió a bordo de la nave y la pusieron a presión antes de que hubiera terminado de leer el informe. Tan pronto como pude fijar los ojos lo leí entero, y luego otra vez más, cuidadosamente, desde el principio.

Tenía la apariencia de lo que habíamos estado esperando. No había testigos de la tragedia, pero un cierto número de estaciones de control habían recogido la estática de descarga de un arma de gran potencia al ser disparada. Por triangulaciones habían llegado los investigadores al lugar donde encontraron un carguero «Ogget's Dream», con un agujero perforado a través de él tan grande como un túnel de ferrocarril. La carga de plutonio del mercante había desaparecido.

Yo leía Pepe en todas las líneas del mensaje. Dado que volaba en una nave sin personal, la había utilizado de la forma más eficiente posible. Si intentara negociar o atemorizar a la otra nave, habría que introducir factores de suerte. De forma que se había acercado sencillamente al confiado carguero, y le hizo saltar con los monstruosos cañones que llevaba su nave de guerra. De los dieciocho hombres que estaban a bordo todos habían muerto instantáneamente. Los ladrones también eran asesinos.

Ahora tendría que actuar bajo presión y bajo una presión todavía mayor no cometiendo errores. El gordinflón de Pepe se presentaba como un asesino sin piedad. Sabía lo que deseaba..., lo alcanzaba y lo cogía. Destruyendo a quien se cruzara en su camino. Más gente moriría antes de que esto terminara, y de mí dependía que el número fuera tan pequeño como fuera posible.

Teóricamente debería haber lanzado a la Armada con sus cañones haciendo fuego y haberlo arrastrado ante la justicia. Muy bonito, y ojalá pudiera hacerse de esa forma. Pero... ¿Dónde estaba? Una nave de guerra puede ser gigantesca tomando algunos puntos de referencia, pero en la inmensidad de la galaxia es microscópicamente infinitesimal. En tanto en cuanto permaneciera apartado de las rutas regulares del comercio, y a claro de las estaciones detectoras y planetas, nunca podría ser encontrado.

Entonces, ¿cómo podría encontrarlo? Y una vez habiendo encontrado a éste, ¿cómo atraparlo? La infernal máquina era más que un competidor para cualquier nave que pudiera encontrar. Ese era el problema. Me había mantenido despierto durante las noches y hablando conmigo mismo durante los días, pero no había ninguna solución fácil y yo tenía que preparar una, lenta y cuidadosamente. Dado que no podía estar seguro de adónde iría Pepe la próxima vez, tenía que hacerle ir a donde yo deseara que fuera.

Había algunas cosas a mi favor. La más importante era el hecho de que le había forzado a emprender su juego antes de que estuviera totalmente dispuesto. No había sido por casualidad el que marchara de Cittanuvo el mismo día de mi llegada. Cualquier plan tan detallado como el suyo ciertamente incluía avisos de cualquier peligro que se aproximara. El mando de la nave de guerra, así como los controles y el armamento primario habían sido instalados semanas antes de mi aparición. Mucho del trabajo secundario quedaba por hacer cuando la nave había partido. Un testigo del robo había descrito gráficamente las líneas de fuerza como cables que colgaban de los cierres de la nave cuando ésta partió.

Mi llegada había hecho perder el equilibrio a Pepe. Ahora tenía que empujarlo hasta que cayese. Esto significaba que tenía que pensar como él lo hiciese, cruzarme con sus planes, adelantarme a sus pensamientos... luego atraparle. Ponga a un ladrón para cazar a otro ladrón. Una gran teoría, sólo que yo me encontraba incómodo cuando traté de ponerla en práctica.

Un trago ayudó, así como lo hizo un cigarro. Dándole bocanadas y mirando fijamente al pulido mamparo, me relajé un poco. Después de todo... no hay muchas cosas que se puedan hacer con una nave de guerra. No puede dirigir un gran negocio, volar cajas de caudales u organizar excursiones con ella. Es el infierno en un jet, como piratería del espacio, pero se limita a eso.

- Grande, grande... pero ¿por qué una nave de guerra?

Estaba hablando conmigo mismo; normalmente es una mala señal, pero ahora no me importaba. El capricho de la piratería del espacio se habla apoderado de mí y seguía el razonamiento bien. Hasta que su resplandeciente inconsistencia me asaltó, iluminándome de pronto.

¿Por qué una nave de guerra? ¿Por qué todo este problema de años de trabajo para conseguir una nave que dos personas apenas podían manejarla? Con una décima parte del esfuerzo, Pepe podría haber obtenido un crucero, que le habría venido igualmente bien a sus propósitos.

Igualmente bien para la piratería del espacio, esto es..., pero no para sus propósitos. Había deseado una nave de guerra y se había procurado una nave de este tipo. Lo cual significaba que tenía en la mente algo más que simple piratería. ¿Qué? Era evidente que Pepe era un monomaniático, un egomaniático y tan psicópata como un calculador reducido. Algún día tendría que ser investigado el misterio de cómo se había librado de la red de pruebas oficiales. Pero ahora eso no me preocupaba. Aún tenía que ser atrapado.

Un plan empezaba a tomar cuerpo en mi cerebro, pero no quería apresurarme. Primero quería asegurarme de que le conocía bien. Cualquier hombre que pueda engañar a todo un mundo para que le construyera una nave de guerra para él... y luego robarla... no se para ahí. La nave necesitaría una tripulación, una base de abastecimiento y una misión.

En primer lugar se había ocupado del carburante: el casco destrozado del «Oggest's Dream» era un mudo testigo de ello. Había innumerables planetas que podrían ser usados como base. El conseguir una tripulación podría ser más difícil en estos pacíficos tiempos, aunque también se me ocurrían más de una respuesta a este problema. Apoderarse de hospitales de enfermos mentales o cárceles. Que hiciera eso con la suficiente frecuencia y tendría una tripulación que constituiría el orgullo de cualquier capitán de piratas.

Aunque la piratería era, naturalmente, una ambición demasiado pobre para adjudicársela a este muchacho... ¿Querría gobernar todo un planeta... o tal vez un sistema completo? ¿O más? Me estremecí un poco cuando me asaltó el pensamiento. ¿Había realmente algo que pudiera detener un plan como éste una vez que se hubiera puesto en marcha? Durante las guerras reales un puñado de tipos con un par de naves y menos cerebro que Pepe había instaurado este tipo de imperio. Al final fueron derribados dado que su éxito dependía del dominio de un hombre. Pero ¡qué precio no hubo de pagarse!

Este era el proyecto, y tuve la más íntima convicción de que había acertado. Podría estar equivocado en algunos detalles de menor cuantía, pero no tenía importancia. Conocía las líneas generales de la idea, lo mismo que cuando me

encontraba con un asunto sabía cuánto podía obtener de él y cómo hacerlo. Hay leyes naturales para el delito lo mismo que en cualquier otro campo del comportamiento humano. Y yo sabía cuáles eran.

- ¡Que venga aquí inmediatamente el funcionario de comunicaciones! - grité por el interfono y también un par de transcriptores. ¡Rápido! ¡Este es un asunto de vida o muerte!

Me di cuenta de que esto último sonaba a falso y que sin entusiasmo me había hecho actuar de forma diferente a mi personalidad. Me abroché el cuello, me estiré los galones y cuadré los hombros. Cuando llamaron a la puerta yo de nuevo era el almirante.

Actuando de acuerdo con mis órdenes, la nave soltó las amarras de forma que nuestro psicofista pudiera ponerse en contacto con los otros operadores. El capitán Steng refunfuñaba mientras nos cerníamos allí, con los motores silenciosos, perdiendo unos días preciosos, mientras que la mitad de la tripulación estaba ocupada en lo que parecían instrucciones disparatadas. Mi plan sobrepasaba su entendimiento. Lo cual es, naturalmente, la razón por la cual él sea capitán y yo sea almirante, aunque lo sea temporalmente.

Siguiendo mis instrucciones, el piloto de nuevo construyó una esfera de cálculos dentro de su tanque. La superficie de la esfera alcanzaba todo el sistema de estrellas a un día de vuelo por delante del recorrido máximo de la nave de guerra robada. Al principio éstas no eran demasiadas y el psicofista podía tratar con todas ellas, llamándolas por orden y enviando noticias a los funcionarios de Relaciones Públicas de la Armada. Según fue aumentando la esfera, empezó a quedarse atrás, perdiendo terreno continuamente. Para aquel momento yo tenía un mensaje general preparado, junto con las instrucciones necesarias a seguir, que él envió a la Central 14. La batería de psicofistas de allí se pondría en contacto con los planetas individuales y todo lo que nosotros teníamos que hacer era seguir añadiendo planetas a la lista.

Todos los mensajes e instrucciones insistían sobre un tema. Me extendí sobre él, me entusiasmé, lo sentencié y lo convertí en una entrevista. Escribí tantas variaciones como pude, de forma que pudiera colocarse de tantas formas diferentes como fuera posible. De una forma o de otra deseaba que apareciera la información básica en todas las revistas, periódicos y diarios dentro de la creciente esfera. - ¿Qué demonios significa todo este disparate? - preguntó avinagradamente el capitán Steng. Hacía tiempo que había dejado toda la operación por inútil, y pasaba la mayor parte del tiempo en su camarote, preocupado sobre el efecto que esto tendría sobre su hoja de servicios. El aburrimiento, o la curiosidad, le habían arrastrado fuera y estaba leyendo con horror uno de mis mensajes.

«Multimillonario que va a fundar su propio mundo... Yate del espacio lleno de viandas que durarán al menos cien años.»

El rostro del capitán se enrojeció mientras hojeaba el montón de notas.

- ¿Qué relación tiene este revoltijo con atrapar a esos asesinos?

Cuando estábamos a solas era cualquier cosa menos cortés conmigo; después de haberse asegurado por medio de un interrogatorio no demasiado ingenioso de que yo era un falso almirante. No había la menor duda de que era yo todavía quien mandaba, pero nuestras relaciones tenían de todo menos de ceremoniosas.

- Estos revoltijos y necedades - le dije - son el cebo con el que tropezará nuestro pescado. Una trampa para Pepe y su asociada en el delito.

- ¿Quién es este misterioso multimillonario?

- Yo - repuse -. Siempre he deseado ser rico.

- Pero esta nave, el yate del espacio, ¿dónde está?

- Se está construyendo ahora en los astilleros navales de Udrydde. Ya casi estamos preparados para ir allí ahora, tan pronto como este montón de instrucciones se haya despachado.

El capitán Steng dejó caer los mensajes sobre la mesa, luego cuidadosamente, se enjuagó las manos para eliminar toda posible infección. Estaba tratando de ser cortés y considerado con mis puntos de vista, y no lo conseguía en lo más mínimo.

- No tiene sentido - gruñó -. ¿Cómo puede estar usted seguro de que este asesino leerá alguna vez estas cosas, y si lo hace... por qué habría de estar interesado? Me da la impresión de que usted está perdiendo el tiempo mientras él se desliza entre sus dedos. Debería de dar la señal de alarma y ser notificada toda nave. Se pondría en guardia la Armada y se situarían patrullas en todas las rutas del espacio...

- Lo cual podría fácilmente evitarlas rodeándolas, o incluso no preocupándose por ellas, ya que puede vencer a cualquier nave de las que poseemos. Eso no es una solución - le repuse -. Este Pepe es inteligente, y tan falso como una máquina tragaperras amañada. Ésta es su fuerza... y también su debilidad. Temperamentos como el suyo nunca piensan que alguien pueda adelantárselas en las ideas. Lo cual es lo que voy hacer.

- Modesto, ¿no es verdad? - dijo Steng.

- Trato de no serlo - le repuse -. La falsa modestia es un refugio de la incompetencia. Voy a atrapar a este criminal y le diré cómo voy a hacerlo. El va a atacar de nuevo y pronto, y donde quiera que ataque habrá alguna especie de periódicos con mi plan explicado. Detrás de cualquier otra cosa que vaya, él cojerá todas las revistas y periódicos que pueda encontrar para satisfacer su propio ego, pero principalmente para seguir las huellas de las cosas en que está interesado. Tales como partidas de naves.

- Usted se limita a hacer conjeturas... usted no lo sabe.

Su automática presunción sobre mi incompetencia estaba comenzando a molestarme. Reprimí el genio y lo intenté por última vez.

- Sí, estoy haciendo conjeturas... conjeturas con información... pero conozco algunos hechos igualmente. Del Oggest's Dream llevaron todo el material de lecturas, eso fue una de las primeras cosas que comprobé. No podemos impedir que esa nave de guerra ataque otra vez, pero podemos intentar que la próxima vez parta hacia una emboscada.

- No sé - dijo el capitán - me parece a mí como...

Nunca llegué a enterarme de cómo le parecía, lo cual me vino bien, dado que empezaba a sacarme de quicio y podría haber estado tentado de hacer valer mi falso rango. Las sirenas de alarma interrumpieron su frase y ambos salimos corriendo hacia la sala de comunicaciones.

El capitán Steng me ganó por el largo de una nariz, ya que era su barco y conocía todos los atajos. El psicofista nos tendió una trascripción, pero la resumió en una sola frase. Me miraba mientras hablaba y su rostro estaba duro y frío.

- Atacaron de nuevo, derribaron un satélite de suministros de la Armada; treinta y cuatro hombres muertos.

- Si su proyecto no resulta, almirante - susurró el capitán con voz ronca en mi oído -. Me cuidaré personalmente de que sea desollado vivo.

- Si mi proyecto no resulta, capitán... no quedará lo suficiente de mi piel para que pudiera recogerse con unas pinzas. Ahora, si me hace el favor, me gustaría dirigirme a Udrydde y embarcar en mi nave tan pronto como sea posible.

La aversión y desprecio indolente de todos mis asociados me molestaba haciéndome perder el dominio de mí mismo. Ahora estaba discurriendo con rabia, no con lógica. Esforzándome en recuperar el control ordené mis pensamientos, comprobando una lista mental.

- No ejecuten esa última orden - grité, volviendo a mi tono de viejo lobo del espacio -. Primeramente haga una llamada y descubra si nuestros señuelos fueron cogidos durante la incursión.

Mientras nuestro psicofista comenzaba a mirar al vacío y susurrar en voz baja yo examiné algunos documentos, aliviado y frío. Los jefes y oficiales esperaban en tensión, y algunos hicieron ligeros intentos de ocultar su odio hacia mí. Tardó aproximadamente diez minutos en llegarme la respuesta.

- Afirmativa - dijo el psicofista -. Una nave de avituallamiento hizo escala allí unas veinticuatro horas antes del ataque. Entre otras cosas dejó periódicos que contenían la noticia.

- Muy bien, - repuse con calma.

Y, dueño de la situación, salí caminando lentamente. Manteniendo desviado mi rostro de forma que no pudieran ver el sudor frío.

La travesía hasta Udrydde, donde el yate del multimillonario, el Eldorado, estaba aguardando, fue rápida. El jefe del astillero me mostró la nave, e hizo un sobreesfuerzo para controlar su curiosidad. Me tomé una venganza sádica de la Armada no diciéndole una sola palabra sobre su misión. Después de haber comprobado con los técnicos los controles y aparatos especiales, abandoné la nave. Había una cinta en el piloto automático que me pondría en la ruta mencionada en todos los artículos. Sólo tendría que oprimir un botón y estaría en camino. Oprimí el botón.

Era una nave preciosa, y los astilleros se habían mostrado pródigos con su atención a los detalles. Desde la proa hasta los tubos de atrás, estaba recubierta de oro puro. Existen otros metales con un albedo superior, pero ninguno produce tan rico efecto. Todos los herrajes de dentro y de fuera estaban o bien metalizados o plateados. Como todo este trabajo no podría haber sido hecho en el tiempo asignado, la Armada debía de haber adaptado un yate de lujo a mis necesidades.

Todo estaba dispuesto. O bien Pepe actuaba... o me pondría en marcha hacia mi planeta paraíso de multimillonario. Si esto ocurría, sería mejor que permaneciese allí.

Ahora que estaba en el espacio, en el punto de no volver, todas las dudas que había rechazado, asaltaron mi atención. El proyecto que me había parecido tan claro y lógico comenzaba ahora a aparecer como un expediente chapucero y disparatado.

«Aguanta ahí, marinero - me dije. Utilizando mi mejor voz de almirante -. Nada ha cambiado. Es el mejor plan y el único posible en estas circunstancias.»

¿Lo será? ¿Podría estar seguro de que Pepe, volando en la montaña de su nave y comiendo raciones de la Armada, pudiera estar interesado en alguno de

los lujos y comodidades de la vida?, ¿y si los lujos no le tentaban no estaría interesado en los utensilios de casa solariega planetaria? Había llenado los anuncios con todas las cosas que él pudiera desear, y había situado la información donde pudiera obtenerla. Ahora tenía el cebo puesto... pero, ¿mordería el anzuelo?

No sabría decirlo. Y podría llevarme a mí mismo a un estado neurótico si seguía repasando el ciclo de preocupaciones. Me costó un esfuerzo el concentrarme en otra cosa, pero tuve que hacerlo. Los siguientes cuatro días pasaron muy lentamente.

VII

Cuando sonó la alarma todo lo que sentí fue una intensa sensación de alivio. Podría estar muerto y pulverizado dentro de los pocos minutos siguientes, pero aquello no parecía importarme mucho.

Pepe había tragado el cebo. Sólo había una nave en toda la galaxia que pudiera devolverme una señal tan grande a semejante distancia. Se aproximaban rápidamente, utilizando la energía primaria de los motores de las naves de guerra para una aproximación temeraria. Mi nave se balanceó un poco cuando las mangas de arrastre se cerraron a la distancia máxima. Al mismo tiempo la radio comenzó a lanzar destellos de atención. Esperé tanto tiempo como me atreví, luego la puse en marcha. La voz surgió a borbotones:

- ¡Que usted está bajo los cañones de una nave de guerra! No intente escapar, hacer señales, tomar una acción evasiva, o si no...

- ¿Quién es usted y qué demonios desea? - balbuceé ante el micro. Tenía mi escudriñador encendido, de forma que podrían verme, pero mi propia pantalla permanecía apagada. No enviaban ninguna imagen. En cierto sentido eso me facilitó las cosas, solamente actuaba para una audiencia invisible. Podrían ver el rico corte de mis ropas, y la lujosa cabina detrás de mí. Naturalmente que no podían verme las manos.

- No tiene importancia quienes seamos - retumbó la radio de nuevo -. Simplemente limítese a obedecer si le importa su vida. Permanezca separado de los controles hasta que le tengamos sujeto, luego haga exactamente como le diga.

Se oyeron dos distantes sonidos metálicos cuando los arpones magnéticos golpearon el casco. Y un poco más tarde la nave se balanceaba, arrastrada contra la nave de guerra. Dejé que mis ojos giraran con espanto, buscando en torno mío una forma de escape... mirando de hurtadillas al escudriñador del exterior. El yate estaba emparejado contra la masa que cubría todo el espacio de la otra nave. Oprimí el botón que ponía en marcha el robot de mando de luces.

- Ahora, permítame que les diga una cosa - retruqué ante el micro, apartando a un lado la expresión de multimillonario preocupado -. En primer lugar les repetiré su propio aviso... Obedezcan órdenes si desean vivir. Les diré por qué...

Cuando hice girar el gran conmutador una secuencia cuidadosamente preparada apareció. Primero, naturalmente, el casco estaba magnetizado y las bombas con espoleta. Parpadeó la luz mientras se apagaba el escudriñador de la cabina y se encendía el de la sala de generadores. Comprobé la pantalla del

monitor para asegurarme, luego empecé a ponerme el traje espacial. Tenía que ser hecho rápido, y al mismo tiempo era preciso hablar con naturalidad. Ellos deberían todavía pensar que yo proseguía en la sala de control.

- Esos son los generadores de la nave, lo que están viendo - dije -. El noventa y ocho por ciento de su producción está ahora alimentando las espirales que convierten en un electromagneto el casco de esta nave. Les resultará muy difícil el poder separarse de nosotros. Y yo les aconsejaría que no lo intentaran.

El traje estaba puesto y yo seguí al ritmo de la charla a través del micro de dentro del yelmo, pasando la comunicación a través del transmisor de la nave. La escena en el monitor sufrió un cambio.

- Ahora ustedes están viendo una bomba de hidrógeno que está aparejada y vigilante del campo magnético que une nuestras naves. Se disparará, naturalmente, si tratan de separarse.

Agarré el receptor monitor y corrí hacia la compuerta de aire.

- Éste es un tipo de bomba diferente - dije, mientras mantenía un ojo puesto sobre la pantalla y el otro sobre la puerta exterior que se abría lentamente -. Ésta tiene receptores sobre el casco. Si ustedes intentan destruir cualquier parte de la nave, o incluso forzar la entrada, ésta explotará.

Ahora estaba en el espacio, saltando sobre la gigantesca pared de la otra nave.

- ¿Qué desea usted? - éstas fueron las primeras palabras que Pepe pronunció después de mis primeras amenazas.

- Deseo hablar con usted, hacer un trato. Algo que será ventajoso para los dos. Pero permítame mostrarle el resto de las bombas de forma que no tenga ninguna idea extraña sobre la cooperación.

Naturalmente que tenía que mostrarle el resto de las bombas. No había forma de evitarlo. Los escudriñadores de la nave iban siguiendo un programa preparado. Hice una charla somera sobre el armamento masivo que nos enviaría a ambos a la perdición, mientras entraba trepando a través del agujero del casco de la nave de guerra. No había blindajes ni aparatos de alarma en aquel lugar, que había sido escogido cuidadosamente estudiando los planos.

- Sí, sí... creo en su palabra, usted es una bomba volante. De forma que pare con toda esa sarta de pequeña información y dígame cuáles son sus intenciones.

Esta vez no le respondí, pues estaba corriendo y resollaba como un perro, y había desconectado el micro. Justo delante, si el plano era correcto, estaba la puerta de la sala de control. Pepe estaría allí.

Entré, con la pistola en la mano, y apunté a la parte de atrás de sus cabezas. Angelina estaba de pie, próxima a él, mirando a la pantalla.

- Se acabó el juego - dije -. Levántense lentamente y mantengan las manos a la vista.

- ¿Qué quiere decir? - repuso furioso, mirando a la pantalla enfrente de él. La chica fue la primera en darse cuenta. Giró sobre sí misma y me señaló.

- ¡Está aquí!

Ambos me miraron fijamente, con la boca abierta, cogidos de improviso y completamente desprevenidos.

- Usted está bajo arresto, rey del crimen - le dije - y su amiga.

Angelina hizo girar los ojos hacia arriba y se desplomó lentamente sobre el suelo. Real o fingido, no me importaba. Mantuve la pistola sobre el rechoncho

Pepe mientras él la levantaba y la llevaba hasta un lecho de aceleración que estaba contra la pared.

- ¿Qué... qué ocurrirá ahora? - dijo tembloroso, mientras le temblaban sus gordezuelas quijadas y hubiera jurado que tenía lágrimas en los ojos -. No me impresionó su actuación dado que podía recordar claramente los cadáveres flotando en el espacio. Se derrumbó sobre una silla, medio cayendo.

- ¿Me harán algo a mí? - preguntó Angelina. Tenía los ojos abiertos ahora.

- No tengo la menor idea de lo que le ocurrirá a usted - le contesté sinceramente -. Corresponde al jurado decidirlo.

- Pero si él me obligó hacer todas estas cosas - se lamentó. Era joven, morena y hermosa, y las lágrimas no estropeaban nada de esto.

Pepe dejó caer el rostro entre sus manos y sus hombros se estremecieron. Dirigí la vista en su dirección y le grité:

- Siéntese bien, Pepe. Me resulta muy difícil el creer que esté usted llorando. Hay algunas naves de la Armada en camino en este momento, la alarma automática fue disparada hace aproximadamente un minuto. Estoy seguro que tendrán mucho gusto en conocer al hombre que...

- ¡No permitas que me atrapen, por favor!

Angelina ahora se había puesto en pie, con la espalda apoyada contra la pared.

- ¡Me encerrarán en una prisión, actuarán sobre mi cerebro!

Se encogía, alejándose mientras hablaba, tropezando a lo largo de la pared. Volví a mirar a Pepe no deseando apartar mis ojos de él durante un instante.

- No hay nada que pueda hacer - le dije.

La volví a mirar y sólo vi una pequeña puerta que oscilaba abierta y ella había desaparecido.

- ¡No trate de huir! - le grité -. No le valdrá para nada.

Pepe estaba produciendo extraños ruidos y volví la vista hacia él, rápidamente. Estaba sentado rígido ahora y su rostro estaba seco de lágrimas. En verdad estaba riendo, no llorando.

- De forma que ella también le atrapó, señor policía inteligente. ¡Pobre pequeña Angelina, con sus dulces ojos! - Se derrumbó de nuevo sacudiéndose de risa.

- ¿Qué quiere usted decir? - gruñí.

- ¿No se dio cuenta todavía? El cuento que le contó era cierto... excepto que le dio un poco de cambio. Todo el plan de construir una nave de guerra, luego de robarla, era de ella. Ella fue quien me arrastró a esto, jugó conmigo como un muñeco. Me enamoré de ella, odiándome y siendo feliz al mismo tiempo. Bueno... estoy contento de que todo haya terminado ahora. Al menos le di una oportunidad de que se escapara, se lo debía. Aunque creí que usted se lo desbarataría cuando comenzó aquella actuación inocente.

La sensación de frío se había convertido ahora en una bola de hielo que amenazaba paralizarme.

- Usted está mintiendo - le dije roncamente, incluso aunque no lo creyera.

- Lo siento. Esa es la verdad. Sus muchachos del cerebro convertirán mi cráneo en trozos para descubrir la verdad de cualquier forma. No hay ninguna razón para que les mienta ahora.

- Registraremos la nave, no puede ocultarse durante mucho tiempo.

- No tendrá que hacerlo - dijo Pepe -. Hay un explorador rápido que recogimos, asegurado a una de las bodegas. Debe ser eso que sale ahora.

Pudimos sentir la vibración, a distancia, a través de la puerta.

- La Armada la cogerá - le dije, con mucha más convicción de la que sentía.

- Tal vez, - repuso, repentinamente agotado y rendido, sin reírse ya -. Tal vez lo hagan. Pero le di una oportunidad. Ahora ya todo se acabó para mí, pero ella sabe que la he amado hasta el final. - Descubrió los dientes en un gesto de repentino dolor -. Y no es que a ella le importe lo más mínimo.

Mantuve la pistola sobre él y ninguno de nosotros se movió mientras llegaban las naves de la Armada y sus botes tocaron el exterior. Había capturado la nave de guerra y sus incursiones se habían terminado. Y no podía reprocharme el que la chica se hubiera escapado. Si se había evadido de las naves de la Armada era suya la falta, no mía. Ciertamente había obtenido mi victoria.

Pero no me sentía demasiado feliz con ella. Tenía el presentimiento de que todavía no había terminado con Angelina.

VIII

La vida hubiera sido mucho más dulce si mi desagradable presentimiento no hubiera resultado cierto. Uno no puede reprochar a la Armada el haber sido engañados por Angelina... no habían sido ni los primeros ni serían los últimos en subestimar el cerebro que había detrás de aquellos dulces ojos. Y tampoco traté de reprochármelo a mí. Después de mi primer error al permitir a Angelina que se escapara, traté de no hacer un segundo. Todavía no estaba completamente convencido de que Pepe estuviera diciendo la verdad sobre ella. Todo el relato podría ser una complicada mentira para confundirme y cogerme desprevenido. Tenía una mente muy suspicaz. Para estar seguro, mantuve la boca de mi pistola apuntando exactamente entre sus dos ojos con el dedo descansando ligeramente sobre el gatillo. Permanecí así hasta que una escuadrilla de marinos del espacio entraron como un torrente, se hicieron cargo de la situación. Tan pronto como le pusieron la mano encima, lancé una llamada de alarma previniendo a todas las naves contra Angelina, con una prioridad especial y orden de que tomaran todas las precauciones. Incluso antes de que todas las naves hubieran acusado recibo de la llamada, su cohete explorador fue visto sobre la pantalla del detector.

Suspiré con una gran sensación de alivio. Si resultaba ser que era el cerebro de la operación no deseaba que se escapara. Ella, Pepe, y la nave de guerra formaban un hermoso paquete para entregárselo a Inskipp. Ahora ella no tenía ninguna posibilidad de escaparse, con naves que se le aproximaban procedentes de todas las direcciones. Tenían experiencia en esta clase de cosas y sólo era cuestión de tiempo el que se apoderaran de ella. Después de entregar la nave de guerra a la Armada, volví a mi lujoso yate y destapé la botella para procurarme un trago de whisky escocés (que nunca había estado a menos de veinte años luz de la Tierra) y un largo cigarro. Sentándome confortablemente delante de la pantalla, dirigí la caza.

Angelina serpenteaba difícilmente sobre el cohete, realizando grandes giros para evitar la captura. Debería de estar negra y azul de la cabeza a los pies después de algunas de estas aceleraciones de 15 G. Y todo ello para nada, pues al final la atraparon en una red de tractor y la cerraron en ella. Todas las sacudidas no le habían ido más que para ganar un poco de tiempo. Ninguno de

nosotros se dio cuenta de cuán importante realmente era este tiempo hasta que el grupo de abordaje irrumpió dentro de la nave.

¡Naturalmente que estaba vacía!

Pasaron diez días completos antes de que pudiéramos reconstruir lo que realmente había pasado. Era despiadado y horrible, e incluso aunque los doctores en psicología no me hubieran asegurado que Pepe había dicho la verdad, hubiera reconocido el estilo en la forma en que la huida había sido llevada a cabo. Angelina había estado un paso por delante de nosotros todo el tiempo. Cuando había huido de la nave de guerra en el cohete explorador no había hecho el menor intento de escabullirse. En vez de eso debía haber ido a toda potencia contra la nave más próxima, un crucero de bolsillo de doce hombres. Ellos, naturalmente, no tenían idea de lo que había ocurrido a bordo de la nave de guerra, puesto que todavía yo no había lanzado la alarma general. Debería de haberlo hecho tan pronto como había escapado. Si lo hubiera hecho, doce hombres buenos podrían estar aún con vida. No sabremos nunca qué historia les contó, pero era evidente que no estuvieron prevenidos. Probablemente alguna cosa acerca de ser un prisionero escapado durante la lucha. En cualquier caso, se apoderó del barco. Cinco de los hombres fueron muertos por gas venenoso y los otros a tiros. Descubrimos esto cuando el crucero fue descubierto, posteriormente, derrotado, inerte y abandonado. Después de haber capturado el crucero había fijado los controles de la nave exploradora en tácticas de evasión y la lanzó. Mientras nosotros estábamos tan alegremente dándole caza, ella se limitó a quedarse con su nave detrás y apartarse de la flota. Su pista se pierde a partir de entonces, aunque es obvio que debió de haber capturado otra nave. Qué nave fue ésta y a dónde fue en ella, eran un misterio total.

De regreso a las oficinas centrales de los Cuerpos me encontré a mí mismo tratando de explicárselo todo a Inskipp. Se mostró con una mirada fría y unas maneras bruscas y yo mismo me descubrí tratando de Justificar mis acciones.

- Uno no puede ganar todas las bazas - dije -. Traje la nave y a Pepe... y puede que su personalidad quede ahora en paz después de haberle hecho un lavado de cerebro. Angelina me engañó, lo admitiré, pero aún hizo un trabajo mucho mejor al engañar a los muchachos de la Armada.

- ¿Por qué todo ese veneno? - Preguntó Inskipp en un tono de voz árido -. Nadie le está acusando de abandono del deber. Parece como un hombre con conciencia culpable. Llevó a cabo un buen trabajo. Un hermoso trabajo. Un gran trabajo... para un novato.

- Ya vuelve usted - gruñí -, a pinchar mi conciencia para ver cuán blanda es. Lo mismo que manteniéndole a él ahí.

Señalé a Pepe Nero que estaba sentado cerca de nosotros en el restaurante comiendo lentamente, murmurando para sí mismo alguna cosa y con la mirada inexpresiva en los ojos. Su vieja personalidad se le había arrancado de la mente y se le había implantado una nueva. Del viejo Pepe que había amado a Angelina y había robado una nave sólo quedaba el cuerpo.

- Los psiquiatras están trabajando sobre una nueva teoría de la personalidad del cuerpo - comentó Inskipp suavemente -, de forma que ¿por qué no tenerlo cerca bajo observación? Si algunas de sus tendencias criminales de desarrollaran en esta nueva personalidad, estaríamos en una situación maravillosa para reclutarlo para los Cuerpos. ¿Le molesta a usted?

- No - refunfuñé -, después de las masacres que realizó él por su psicópata amiga ya puede usted molerlo para salchichas por lo que a mí se refiere. Pero él me recuerda que ella está aún libre en alguna parte. Libre y proyectando nuevas injurias. Deseo salir a buscarla.

- Bueno, pero no va a hacerlo - repuso Inskipp -. Ya me lo ha pedido antes y he rehusado. Los tópicos se acabaron por ahora.

- Pero yo podría...

- Usted podría ¿qué? - me dirigió una desagradable risita -. Todos los funcionarios de la ley en la galaxia tienen una descripción de ella y se está llevando a cabo una búsqueda ininterrumpida. ¿Sería usted capaz de hacer más de lo que ellos ya están haciendo?

- Me imagino que no podría - refunfuñé -. De forma que al infierno con ello, como usted dice - aparté mi plato y me puse de pie, estirándome con tanta naturalidad como pude -. Voy a buscar un cántaro grande de bebida y retirarme a mis habitaciones para ahogar las penas.

- Haga eso. Y olvide a Angelina. Venga mañana a mis oficinas a las 0900 horas y mejor será que esté sobrio.

- Conductor de esclavos - suspiré, saliendo por la puerta y pasando el vestíbulo hacia el ala de residencias. Tan pronto como estuve fuera de vista tomé una rampa lateral que conducía al aeropuerto espacial.

Eso es una lección que he aprendido de Angelina. Cuando tenga un proyecto, póngalo en marcha instantáneamente. No lo apartes y lo dejes enranciar, pues otras personas empezarán a pensar sobre lo mismo. Me estaba levantando contra el hombre más inteligente dentro del negocio, por el momento, y solamente la idea me hacía sudar.

Iba contra las órdenes directas de Inskipp, largándome de él y de los Cuerpos. No realmente alejándome, dado que solamente deseaba terminar un trabajo que había empezado para ellos. Pero evidentemente era yo el único que miraría esto desde este punto de vista...

Había herramientas, aparatos y un buen montón de dinero en mis habitaciones que me vendrían muy bien para este trabajo, pero tendría que limitarme a hacerlo sin eso. Cuando Inskipp comenzara a pensar sobre mi repentina conversación a su punto de vista deseaba estar bien lejos, en el espacio.

Un robot mecánico de transporte estaba arrastrando una nave de un agente hasta la rampa de partida. Me apoyé encima y utilicé voz oficial.

- ¿Es esa mi nave?

- No, señor... es para el agente Total Nielsen, ahora viene ahí.

- Compruébelo con la central de control, ¿quiere? Hay que apresurarse, no importa cómo lo hagamos.

- ¿Un trabajo nuevo, Jimmy? - me preguntó Ove cuando se acercó.

Asentí y observé al mecánico hasta que desapareció por una esquina.

- El mismo viejo negocio - dije -. ¿Y cómo va su juego de tenis? - pregunté, levantando mi mano con una imaginaria raqueta.

- Mejorando todo el tiempo - repuso, volviendo la cabeza para mirar a la nave.

- Le enseñaré un nuevo golpe - dije, bajando rápidamente la mano y dándole en el lado del cuello con el borde tenso. Se dobló sin proferir ni un sonido y lo dejé caer sobre cubierta y lo arrastré fuera de vista detrás de una fila de

tambores de lubricación. Suavemente le cogí la caja con las cintas de los recorridos de sus lacios dedos.

Antes de que el mecánico pudiera regresar estaba dentro de la nave y había precintado el cierre. Metí la cinta de ruta en los controles y penetré en la combinación de torre para despeje. Hubo un siglo subjetivo de espera, durante este eterno período de tiempo se me perló toda la frente de sudor. Luego se encendió la luz verde.

Paso uno y aún a salvo. Tan pronto como cesó la aceleración de despegue yo estaba fuera del sillón y atacaba el panel de control con el destornillador que llevaba dispuesto en la mano. Siempre hay una unidad de control remoto aquí, de forma que pudiera dirigirse a distancia cualquier nave de los Cuerpos. Lo había descubierto en el primer vuelo en una de estas naves dado que yo siempre había sostenido que existe un positivo valor en ser entrometido. Desconecté los conductos de entrada y salida, luego me lancé a la sala de motores.

Tal vez sea demasiado suspicaz o tenga una opinión demasiado baja de la humanidad, o de Inskipp, que tiene sus propias reglas sobre la mayoría de los asuntos. Alguno más confiado que yo habría ignorado la bomba de suicidio controlada por radio y metida dentro del motor. Esto podía ser utilizado para echar a pique la nave en caso de captura. No pensaba que la utilizaran conmigo, excepto como último recurso. Sin embargo, prefería tenerla desconectada.

La bomba era una parte integral del montaje del motor, un bloque sólido de bermedex construido dentro de la cubierta. La tapa cayó fácilmente y dentro había un laberinto de circuitos que conducían todos al fulminante que estaba atornillado dentro del espeso metal. Sobre él tenía una gran cabeza hexagonal y me destrocé los nudillos tratando de pasarle una llave inglesa a su alrededor para hacerla girar. Con una última rozadura en la carne magullada y huesos de los nudillos conseguí hacerla girar liberándose. Quedó colgando de sus conducciones de alambre, un nervio fuera de un diente moral. Entonces explotó con un sonoro estampido y una nube de negro humo.

Con la más natural de las calmas miré desde la nube de humo que se dispersaba hacia el negro agujero de la carga de bermedex. Esta hubiera convertido a la nave y a su contenido en fino polvo.

- Inskipp - dije, pero mi garganta estaba tan seca y mi voz tan quebrantada que tuve que comenzar de nuevo -. Inskipp, recibí su mensaje. Pensaba que me despedía. En vez de eso acepte mi dimisión de los Cuerpos Especiales.

IX

La sensación más poderosa fue la de alivio. De nuevo estaba por mi cuenta, sin tener que responder ante ninguna persona. En realidad hasta canturreé un poco mientras apartaba la nave un poco de la ruta impresa y deslizaba una cinta elegida al azar del archivo. De esta forma no tendría ninguna posibilidad de intercepción y corté una cinta para una nueva ruta, una vez que estuve fuera de la estación del cuartel general.

¿Una ruta a dónde? Todavía no estaba seguro.

Eso requería un poco de investigación, aunque no habría duda sobre lo que haría: Buscaría a Angelina. A primera vista parecía un poco tonto el ocuparme

de un trabajo que los Cuerpos me habían rehusado. Seguía siendo todavía su trabajo. Después de pensarlo me di cuenta de que ahora no tenía nada que ver con los Cuerpos. Angy me la había jugado, colgándome la medalla de premio al mastuerzo. Eso es precisamente algo que nadie hace a Slippery Jim diGriz. Llámenlo ego si les gusta. Pero es precisamente el orgullo el único que mantiene a un hombre de mi profesión trabajando. Quítenle eso y se lo habrán quitado todo. No tenía ninguna idea clara de lo que haría con ella cuando la encontrase. Probablemente la entregaría a la policía, dado que personas como ella dan a la profesión mala fama. Mejor preocuparse de cómo cocinar el pescado después de haberlo atrapado.

Era necesario un plan, de forma que saqué todos los ingredientes que podrían constituirlo. Durante un terrible momento pensé que no habría cigarros en la nave. Luego la unidad de servicio bramó y sacó una caja de alguna oscura esquina del fondo de la heladora. No era la forma recomendada para almacenarlos, pero mucho mejor que no tener ninguno en absoluto. Nielsen siempre patrocinaba una rara marca de fuerte akvavit y no puse objeciones para beberla. Con los pies en alto, lubricada la garganta y fumando un cigarro, puse la caja de pensar sobre el proyecto.

Para comenzar tenía que ponerme yo en el lugar de Angelina en el tiempo y en el espacio. Me habría gustado volver físicamente a la escena, pero no soy tan obtuso. Estaba garantizado que había una nave o dos de la Armada con los gatillos preparados por aquellas zonas. Sin embargo, esta es la clase de problemas para los cuales se construyen computadores que los resuelven, de forma que proporcioné las coordenadas de la acción del espacio donde todo había ocurrido. No había necesidad de notas para esto... aquellas cifras permanecían grabadas dentro de mi frente con letras de fuego. El computador tenía un amplio almacén de memoria y una alta velocidad de examen. Canturreé alegremente mientras le pregunté por las estrellas más próximas a la posición dada. En menos de catorce segundos había repasado sus catálogos, contando con sus dedos y tocando su campana de terminación del cálculo para mí. Copié el número de las primeras doce estrellas, luego oprimí el borrador cuando vi que las distancias empezaban a ser demasiado grandes para tener alguna importancia.

Ahora debía pensar como Angelina. Iba a ser perseguido, acosado, una asesina con doce cadáveres frescos de mi propia fabricación apilados en torno mío. En todas las direcciones andaba el enemigo. Ella tendría la misma lista, proporcionada por el computador del crucero robado. Ahora... ¿a dónde? Tensión y velocidad. Había que seguir huyendo a alguna parte. Alguna parte lejos de aquí. Una ojeada a la lista y la respuesta me pareció obvia. Las dos estrellas más próximas estaban en el mismo cuadrante del cielo, dentro de quince grados la una de la otra. Estaban aproximadamente equidistantes. Lo que era más importante era el hecho de que la tercera estrella estaba en un sector diferente del cielo y al doble de distancia.

Ese era el camino a seguir, hacia las primeras dos estrellas. Era el tipo de decisión que puede tomarse en un apuro y sin embargo, ser correcta.

Dirigirse hacia soles y mundos y las otras rutas donde las naves podrían encontrarse. Tendría que librarse del crucero antes de que se aproximara a algún planeta... cuanto más rápido, mejor, dado que todas las naves de la galaxia estarían buscándole. Luego encontrar otra nave... nave X... y capturarla. Abandonar el crucero y... ¿hacer qué?

Mi tenue línea de lógica estaba dispuesta para saltar a este punto, de forma que la reforcé con algo de akvavit y un nuevo cigarro. Con los ojos medio cerrados en ensueños traté de reconstruir el vuelo. Capturar la nueva nave y... de frente a un planeta. Tan pronto como estuviera sola en el espacio Angelina estaba en constante peligro. Un planetizaje y un cambio de personalidad se imponían. Cuando miré a aquellas dos estrellas, objetivos en el catálogo, la elección del planeta resultaba obvia. Un lugar de nombre bárbaramente sonoro llamado Freibur.

Había una media docena de otros planetas habitados en torno a los dos soles, pero todos ellos se eliminaban por sí mismos fácilmente. O bien muy ligeramente habitados, de forma que un extranjero sería fácilmente localizado, u organizados e integrados de forma que sería imposible permanecer por los alrededores largo tiempo sin ser descubierto. Freibur no compartía ninguna de estas dificultades. Había estado en la Liga durante menos de doscientos años y estaría en un estado felizmente caótico. Una mezcla de viejo y nuevo, cultura pre-contacto y civilización pos-contacto. El lugar perfecto para que ella entrase silenciosamente, y se perdiera hasta que pudiera aparecer bajo una nueva identidad.

El llegar a estas conclusiones me produjo una vehemente satisfacción. Esto era más que un ejercicio mental de sobrevivencia, dado que ahora estaba casi en el mismo lugar que Angelina había estado. El incidente con la carga de explosivo era una fuerte indicación del valor que los Cuerpos ponen en sus naves... y del bajo valor que dan a los desertores. Freibur era el lugar que me convenía perfectamente. Me retiré felizmente con un ligero zumbido y una boca reseca por los cigarros deshidratados.

Cuando volví a la conciencia ya era hora de que saliera de la zona y preparase una nueva ruta. Salvo que tenía una cosa que hacer primero. Un montón de los pequeños detalles que sabía no habían sido descubiertos por los Cuerpos. Un hecho (normalmente de interés solamente para los técnicos de las rutas) se refiere a la curiosa propagación de la radiación dentro de las rutas del espacio. Las ondas de la radio en particular. No van a ninguna parte. Si uno radia en una frecuencia obtiene una fuerte señal de retorno en todas las frecuencias, como si las ondas de radio hubieran estado comprimidas y hubieran sido devueltas atrás. Normalmente de ningún interés, este exótico fenómeno es precisamente lo que hace descubrir si la nave de uno es espiada. No consideraba nada fuera del alcance de los Cuerpos Especiales y poner chivatos en sus propias naves me parecía una precaución lógica. Una radio oculta, transmitiendo en una banda corta les conduciría justo hacia mí, donde quiera que fuese. Tenía que descubrir esto antes de arribar a ningún planeta.

El altavoz produjo un chirrido y un refunfuño y maldije a mis anteriores patrones. Pero antes de perder tiempo buscando transmisores tenía que asegurarme que uno estuviera allí. Cualquiera que estuviera lanzando una señal parecía demasiado débil para que nadie pudiera recogerla a distancia. Con un poco de trabajo rápido con algunas hojas de filtro comprobé que la emisora señal no era más que las radiaciones dispersas del mismo receptor. Después de colocarle los filtros, el éter permaneció silencioso. Me permití un suspiro de satisfacción y me salí de la banda.

Una vez que hube marcado una ruta el viaje no fue largo. Aproveché la oportunidad para echar un vistazo al equipo del buque y preparar las herramientas de uso futuro. El complicado camuflaje y alteración de la

apariencia de éstas podía ser usado y, naturalmente, lo hice. El volver a edificar la activa personalidad de Slippery Jim fue un verdadero placer. Mientras el relleno de las narices y los postizos de las mejillas volvían a ocupar su lugar y el tinte rezumaba por el pelo, suspiré de satisfacción y felicidad; un viejo caballo de batalla volviendo de nuevo a la faena.

Luego me miré ceñudamente al espejo y me gruñí y comencé a quitar el disfraz tan cuidadosamente como lo había puesto. Siempre ha sido axiomático conmigo el que no hay descanso en este tipo de negocios, y que cualquier cosa hecha por rutina conduce al desastre habitualmente. Inskipp conocía mi vieja personalidad de trabajo demasiado bien y seguro que me estaban buscando de acuerdo con aquella descripción, así como por la mía normal.

La segunda vez me tomé unas pocas más de precauciones con el disfraz y construí una apariencia totalmente diferente. Una simple... con cambios faciales y de pelo... que podría ser mantenida fácilmente. Cuanto más complicado sea el maquillaje más tiempo lleva el mantenerlo debidamente. Freibur se me ofrecía hasta el momento como una gran interrogante y no quería complicarlo más con una responsabilidad extra como ésta. Deseaba entrar despreocupadamente, husmear un poco y tratar de poder coger el rastro de Angelina. Quedaban todavía dos días sujetivos de viaje y los utilicé en preparar alguna herramienta simple que pudiera serme útil. Granadas diminutas, pistolas de aguja de corbata, taladros de anillo... las cosas usuales. Cuando la nave señaló el final del viaje me limité a eliminar los restos y a limpiar el taller.

La única ciudad de Freibur con un terreno de aeropuerto espacial controlado estaba en Freiburbad, el cual está situado en la orilla de un inmenso lago, el único lugar disponible de agua potable en el planeta. Mirando el resplandor del sol brillando sobre él, tuve el repentino deseo de tomarme un baño. Este estímulo debió de ser el génesis de mi idea de llevar la nave robada, dejarla en el fondo de algún lugar profundo en el lago y así siempre estaría a mano si se necesitaba.

Realicé, el planetizaje sobre una agreste cordillera de montañas y ni una sola señal fue recogida por el radar. Pasando por encima del lago después de oscurecido descubrí el radar de navegación del aeropuerto espacial, pero mi nave no habría de aproximarse mucho a la orilla. Una tormenta de agua... interrumpida por el granizo... me disminuía la visibilidad y me quitó mis anteriores deseos de un baño. Había un canal de aguas profundas no muy distantes de la orilla y me posé sobre él mientras reunía mi herramienta. Habría sido tonto el llevar demasiadas cosas, pero algunas de las herramientas de los Cuerpos eran demasiado valiosas para dejárselas atrás. Precintándola con una cubierta a prueba de agua, me puse mi traje del espacio y abrí la compuerta de aire. Me asaltó la lluvia y la oscuridad cuando avanzaba hacia la orilla invisible. Me imaginé más que oí el burbujeo cuando la nave se hundió suavemente hasta el fondo.

Nadar con un traje del espacio es aproximadamente tan fácil como hacer el amor en medio de un salto en caída libre. Luché en mi camino a la orilla en un estado de casi agotamiento. Después de arrastrarme fuera del traje tuve un gran placer de verlo quemar hasta quedar reducido a cenizas bajo el calor de tres bombas de termita. Y disfruté especialmente al tirar a patadas las chirriantes escorias al lago. El martilleo de la lluvia lavaba todas las trazas de la hoguera. Aparentemente incluso la viva luz de la termita había pasado

desapercibida en el chaparrón... Arrebujándome bajo una tela impermeable esperé empapado y angustiado por el alba.

Algunos momentos durante la noche me adormecí sin darme cuenta pues ya había luz cuando desperté. Algo iba muy mal, y antes de que pudiera recordar qué me había despertado, la voz llamó de nuevo:

- ¿Va a Freiburbad? Naturalmente, ¿a dónde iba a ir si no? Yo también voy allí. Tengo una barca. Es vieja pero buena. Más rápido que ir andando...

La voz siguió y siguió, pero no la estaba escuchando. Me estaba maldiciendo a mí mismo por haber sido atrapado por este bromista de voz divertida. Iba en un pequeño bote que estaba justo junto a la orilla; el objeto estaba hundido casi en el agua con fardos y bultos, y la cabeza del hombre se erguía por encima de todo. Mientras que sus mandíbulas proseguían moviéndose tuve la posibilidad de mirarle y reunir mis empapados utensilios de dormir. Usaba una barba salvaje e hirsuta, que le salía en todas direcciones, y unos diminutos ojos que se ocultaban bajo el más decrépito sombrero que he visto en mi vida. Parte del pánico del sobresalto me pasó. Si este estrafalario individuo no era un reclamo, el ocasional encuentro podría resultarme beneficioso.

Cuando aquel «cara de colchón» se calló para tomar un bien ganado aliento, acepté su oferta y me acerqué a la borda del bote y lo aproximé. Recogí mi bulto... acercando la mano a la culata de la pistola mientras lo hacía... y salté dentro. No parecía haber ninguna necesidad de precauciones. Zug (ése era su nombre, según deduje del desbordante monólogo de su charla) se inclinó sobre un motor fuera borda fijado en la popa y lo puso en marcha. Tenía el aspecto de un viejo intercambiador de calor atómico, sencillo pero eficiente. Sin partes móviles se limitaba a aspirar agua fría, la calentaba hasta el punto de ebullición y la proyectaba por medio de un propulsor bajo el agua. No hacía casi ningún ruido mientras funcionaba, lo cual era la razón por la cual el aparejo se había deslizado hasta mí sin enterarme.

Todo lo que rodeaba a Zug parecía normal... aunque yo todavía no estaba completamente convencido y mantenía la pistola próxima a la mano... pero si era normal, había tropezado con un poco de buena suerte. Su catarata de palabras me abrumaba y comencé a comprender por qué. Aparentemente era un cazador que traía sus pieles al mercado después de meses de soledad y silencio. La vista de un rostro le había inducido a esta especie de diarrea verbal que no intenté detener. Me estaba ofreciendo muchas respuestas a mis problemas.

Una de las cosas que me había preocupado eran mis ropas. Finalmente me había decidido a llevar un traje de una sola pieza, de marino, hecho en un tono gris neutro. Uno ve esta clase de atavío con variaciones menores, en todos los planetas de la galaxia. Había pasado desapercibido para Zug, lo cual no quería decir mucho, ya que era todo menos un aficionado a las ropas. Se había hecho la chaqueta él mismo de las pieles del lugar. Era de un púrpura oscuro y debía de haber sido bonita antes de que la grasa y las verdascas se le hubieran incrustado. Sus pantalones estaban hechos de tela tejida a máquina y sus botas eran como las mías, de plástico eterno. Si se le permitía andar suelto con aquellas trazas, las mías ciertamente pasarían desapercibidas.

Lo que podía ver del equipo de Zug confirmaba la impresión obtenida por sus ropas. Lo viejo y lo nuevo mezclado. Debería de esperar algo semejante de un mundo como Freibur, que no había permanecido demasiado tiempo a la

Liga. El rifle electrostático apoyado contra un montón de saetas de acero para la ballesta formaban un cuadro típico. Indudablemente la Voz de la Selva aquí podría usar ambas armas con igual facilidad. Me situé sobre un blando paquete y disfruté del viaje y los placeres de la vista de la neblinosa mañana, bañado continuamente por un torrente de palabras.

Llegamos a Freiburbad antes del mediodía. Zug tenía más deseos de hablar que de que le hablaran, y con unas pocas aclaraciones vagas sobre mi ida a la ciudad quedó satisfecho. Disfrutó enormemente con los alimentos concentrados de mi petate y me ofreció a cambio una botella de un pestífero brebaje de fabricación casera que él mismo había destilado en su retiro en las montañas. El sabor era indescriptiblemente horroroso y dejaba una sensación en la boca como si hubiera sido frotada con lana de acero empapada en ácido sulfúrico. Pero pasaron los primeros tragos y disfrutamos del paseo... hasta que atracamos en el muelle, que olía a pescado, en las afueras de la ciudad. Casi hundimos el bote al salir de él, lo que encontramos histéricamente divertido, lo cual le dará a usted alguna indicación sobre nuestro estado mental en aquel momento. Me adentré por la ciudad propiamente dicha y me senté en un banco hasta que se me aclaró la cabeza.

Lo viejo y lo nuevo iban aquí hombro con hombro, los edificios de frontales de plástico se acuñaban entre ladrillo y yeso. Acero, vidrio, madera y piedra, todo mezclado con completa indiferencia. La gente era lo mismo, vestida en una extraña mezcla de tipos y estilos. Les presté yo más atención que ellos a mi. Un robot vendedor de periódicos fue el único a quien llamé la atención. Proclamaba sus aburridas ofertas en mi oído y agitaba una plancha impresa con los titulares hasta que compré un periódico para librarme de él. El dinero de la Liga estaba en circulación aquí, así como el dinero local, y el robot no hizo ninguna protesta cuando le deslicé un crédito por la ranura de su pecho, aunque me dio la vuelta en gildens de Freibur... sin duda alguna a un tipo de cambio ruinoso. Al menos era la forma en que lo habría hecho si estuviera programándomelo.

Todas las noticias eran sin importancia y triviales... los anuncios eran de mucho más interés. Mirando a través de los grandes hoteles comparé sus placeres ofrecidos y los precios. Y fue esto lo que me hizo ponerme a temblar y a sudar de terror. ¡Cuán rápidamente pierde uno los hábitos adquiridos durante toda una vida!

¡Después de un mes al lado de la ley y el orden, estaba comportándome como un hombre honrado!

- Tú eres un delincuente - me susurré a través de los dientes apretados, y escupí sobre un letrero de Prohibido Escupir -. Tú odias la ley y vives feliz sin ella. Tienes una ley para ti mismo y otra para los hombres más honrados de la galaxia. No puedes romper ninguna norma dado que tú mismo las haces y las cambias en dondequiera que te es posible.

Todo esto era verdad, y me odié a mí mismo por olvidarlo. Aquel pequeño período de honestidad en los Cuerpos estaba formando una costra capaz de destruir todas mis mejores tendencias antisociales.

- ¡Piensa mal! - grité en voz alta, sobresaltando a una chica que iba caminando a lo largo del sendero. La miré de soslayo para demostrarle que había oído correctamente y ella se apresuró, alejándose. Eso era lo mejor. Yo partí al mismo tiempo en dirección opuesta, buscando una oportunidad para

hacer el mal. Tenía que restablecer mi identidad incluso antes de que pudiera considerar el encontrar a Angelina.

La oportunidad fue fácil de encontrar. Al cabo de diez minutos había localizado mi objetivo. Tenía todo el equipo que podría necesitar dentro de mi saco. Metí lo que necesitaría para mi trabajo en los bolsillos y en la cartera, y luego guardé mi maleta en una gaveta pública.

Todo cuanto rodeaba al Primer Banco de Freibur estaba pidiendo ser asaltado. Tenía tres entradas, cuatro guardas y estaba abarrotado de público. ¡Cuatro guardas humanos! Ningún Banco existente pagaría todos esos salarios si tuviera protección electrónica. Tuve que hacer un esfuerzo para no cantar cuando me puse a la cola frente a uno de los empleados humanos. Los Bancos totalmente automatizados no eran difíciles de robar, simplemente requerían técnicas diferentes. La mezcla de hombre y máquina era la más fácil de todas.

- Quiero cambiar diez estrellas de la Liga por gildens - dije, arrojando una brillante moneda sobre el mostrador delante del empleado.

- Sí, señor - repuso el cajero, lanzando solamente una mirada a la moneda y echándola en una máquina cantadora próxima a él. Sus dedos ya habían colocado el importe del cambio en gildens para mí, incluso antes de que parpadease la señal de dinero válido. Mi dinero resonó sobre la bandeja delante de mí y lo conté lentamente. Esto lo hacía de forma mecánica, ya que mi mente estaba realmente en la moneda de diez créditos que ahora giraba y se batía dentro de la máquina. Cuando estuve seguro que había terminado su trayecto y había acabado en la cámara, oprimí el botón de mi transistor de muñeca.

Fue hermoso, ésa es la única palabra que lo define. El tipo de cosas que deja un cálido destello en la memoria produce una punzada de placer durante años después de que se ha visto. Aquella pequeña moneda de diez créditos había tardado horas en construirla pero había compensado hasta el último minuto. La había partido en dos, la había vaciado, y compensado con plomo hasta su peso original, instalando dentro un diminuto receptor de radio, un fulminante y una carga de burmedex, que ahora había explotado con una explosión increíblemente satisfactoria. El demoledor baquetazo en lo profundo de las entrañas del Banco fue seguido por una tremenda cantidad de rechinamientos y detonaciones. La pared de atrás (que contenía la cámara acorazada) se abrió, partiéndose y vomitó un torrente de dinero y humo. Algunos de los últimos esfuerzos de la moribunda máquina de contar me dio un inesperado dividendo. Las máquinas repartidoras de dinero en cada ventanilla de cajeros explotaron en frenética vida. Un torrente de monedas grandes y pequeñas se vertieron sobre los sorprendidos clientes que rápidamente dominaron su sorpresa y comenzaron a recogerlas. Su momento de placer fue breve ya que la misma radio había disparado las bombas de humo y de gas que yo previamente había depositado en las papeleras. Sin ser notado en medio de la excitación, arrojé unas pocas bombas más a los cajeros. Éste gas es una mezcla afectiva de mi propia invención, un brebaje siniestro de regurguitantes y lacrimógenos. Su efecto fue instantáneo y poderoso. (Naturalmente que no había niños en el Banco, puesto que no quiero ser cruel con los demasiado pequeños e indefensos.) Al cabo de unos pocos segundos los clientes del Banco y empleados se encontraron incapaces de ver y demasiado preocupados para ocuparse de mí.

Cuando el gas vino hacia mí bajé la cabeza y deslicé las gafas protectoras de los ojos. Cuando levanté la vista era la única persona que podía ver en el Banco. Y naturalmente que tenía buen cuidado de respirar a través de los aditamentos de filtro de mi nariz, de forma que pude continuar disfrutando de la digestión de mi última comida. Mi computador había desaparecido de vista y efectué una limpia zambullida a través de la apertura, deslizándome a través del mostrador sobre mi estómago.

Después de esto, sólo fue cuestión de coger y escoger, ya que ciertamente no había escasez de dinero rodando alrededor. No le presté atención a las pequeñas baratijas y me fui directamente a la fuente, la cámara hendida, de la cual manaba el torrente de oro. Al cabo de un par de minutos había llenado el saco que había traído y estaba listo para marchar. El humo de cerca de las puertas comenzaba a clarear un poco, pero unas pocas granadas más se ocuparon de eso.

Todo estaba resultando perfectamente bajo control, excepto por el estúpido de un guardia que se estaba convirtiendo en un estorbo. Su diminuto cerebro había percibido que alguna cosa marchaba mal de forma que daba vueltas tambaleándose y disparando su pistola. Era como para sorprenderse el que no hubiera alcanzado a nadie todavía. Le quité la pistola y le golpeé la cabeza con ella.

El humo era mucho más denso cerca de las puertas, haciendo imposible que se pudiera ver desde fuera. Y naturalmente tan imposible era ver el interior, que nadie en la calle tenía una idea cierta de lo que estaba ocurriendo. Naturalmente que sabían que algo iba mal; dos policías se habían abalanzado con dos pistolas preparadas... pero ahora estaban tan indefensos como el resto. Entonces yo organicé el salvamento de los que sufrían, y comencé a arrastralos y llevarlos hacia la puerta.

Cuando hube reunido suficientes personas me uní a ellas y todos juntos salimos arrastrándonos a la calle. Me guardé los lentes en el bolsillo y mantuve los ojos cerrados hasta que salí a tientas del gas. Algunos valerosos ciudadanos me ayudaron y les di las gracias, con lágrimas corriéndome a lo largo del rostro por los restos del gas, y continué mi camino.

Así es como es de fácil. Así es como es de fácil si uno lo planea por adelantado y no se arriesga tontamente. Mi moral estaba alta y la sangre me cantaba en las venas. La vida estaba deliciosamente retorcida y valía la pena el vivirla de nuevo. El encontrar ahora el rastro de Angelita sería la simplicidad misma. No había nada que yo no pudiera hacer.

Manteniéndome sobre la cresta de esta ola emocional alquilé una habitación en un hotel para hombres del espacio cerca del puerto, me lavé y salí a dar un paseo para disfrutar de los placeres de la vida. Había muchos locales de autoservicio en la zona y los recorrí. Tomé un biftec en uno y un trago en cada uno de los restantes. Si Angelina hubiera venido a Freibur habría pasado seguramente - aunque fuera por poco tiempo - por esta zona. El rastro estaría aquí, lo sentía dentro de mí. impresiones de golfo de nuevo, y simpatizante con su misma carencia de leyes.

- ¿Me invita a tomar una copa? - me preguntó una mujerzuela con gesto abatido, y yo negué con la cabeza con la misma carencia de interés. Las pupilas, pálidas criaturas de la noche, iban saliendo según avanzaba la velada. Había recibida una buena proporción de proposiciones dado que había tenido el cuidado de tener el aspecto de un hombre del espacio a punto de partir,

siempre una buena fuente de ingresos para estas mujeres. Esta era la última de todas las que se acercaron. De un poco mejor aspecto que la mayoría, al menos de mejor constitución. La observaba mientras se alejaba con un interés rayano en la admiración. Su falda era corta, apretada y con cortes que subían por los lados. Los tacones altos le prestaban un movimiento de rotación que producía un resultado de lo más efectivo. Llegó hasta la barra y se volvió para observar la sala, y no pude por menos de apreciar el resto de ella. Su blusa estaba hecha de finas tiras de tenue tela, unidas solamente en la parte superior e inferior. Se separaban para revelar atrayentes lonchas de piel cremosa siempre que se movía y estoy seguro que el deseo afectaba los líbidos masculinos.

Mis ojos, finalmente, le llegaron al rostro (un largo trayecto, dado que había comenzado la inspección en los tobillos) y era muy atractiva. Casi familiar.

Exactamente en este instante mi corazón dio un brinco demoledor dentro del pecho y me puse rígido en la silla. Me parecía increíble... aunque tenía que ser cierto.

Era Angelina.

X

Su cabello había sido decolorado y había algunos cambios evidentes en las facciones. Habían sido alteradas sólo lo necesario de forma que fuera imposible el identificarla por una fotografía o por descripción. Nunca podría ser reconocida.

Excepto por mí. La había visto a bordo de la nave robada y había hablado con ella. Y lo bonito era que podría identificarla y ella no tendría idea de quién era yo. Ella me había visto sólo brevemente (en un traje del espacio con una placa coloreada sobre el rostro), y estoy seguro de que tenía otras cosas en que pensar en aquel momento.

Este era el momento cumbre del día de más éxitos de mi vida. El aire fétido del garito era como vino para mis fosas nasales. Me relajé y saboreé hasta la última gota de ironía de la situación. Uno tenía que reconocer el valor de la muchacha, sin embargo. Había adoptado un disfraz perfecto. Yo mismo nunca imaginé que estaría allí y había creído que había considerado todas las posibilidades. Como había cogido un buen pellizco del dinero robado, nunca me imaginé que estaría viviendo como una vagabunda sin un céntimo. La chica tenía valor, uno tenía que reconocérselo. Había adoptado un disfraz casi perfecto y se había esfumado limpiamente por el fondo. Si no fuera tan condenadamente aficionada a matar... ¡qué maravilloso equipo podríamos hacer!

Mi corazón pegó el segundo salto demoledor cuando me di cuenta del resultado final al que mis emociones me estaban conduciendo. Angelina era el desastre para cualquiera que se le acercase. Dentro de aquella cabeza se escondía un cerebro de enorme inteligencia pero extrañamente retorcido. Por mi propia seguridad, mejor estaría pensando sobre los cadáveres que ella estaba amontonando, ni sobre su figura. Sólo cabía hacer una cosa. Sacarla de aquí y entregarla a los Cuerpos. Ni incluso me paré a pensar lo que sentía sobre los Cuerpos... o lo que ellos pensarían de mí. Esto era un asunto

totalmente diferente que tenía que hacerse con toda limpieza y con prontitud antes de que cambiara de idea.

Me uní a ella en el bar y pedí dos tragos del ácido local de baterías. Para ser precavido, ahuequé la voz y cambié mi acento y formas de hablar. Angelina había oído lo bastante de mi voz para identificarla fácilmente... lo cual era la única cosa con la que tenía que tener cuidado.

- Bebe una copa, muñeca - dije, riéndome descaradamente -. Luego nos iremos a tu casa. Tienes una casa, ¿no es verdad?

- Yo tengo una casa si tú tienes diez machacantes de la Liga en moneda fuerte.

- Naturalmente - rezongué, fingiéndome insultado -. ¿Crees que compro este matarratas gratis?

- Yo no soy una cafetería donde se paga a la salida - dijo con una aburrida carencia de interés que era magnífica -. Paga ahora y luego vamos.

Cuando arrojé los diez créditos en su dirección los agarró limpiamente en el aire, los sopesó, los mordió y los hizo desaparecer dentro de su cinturón. Yo la miraba con franca admiración, que lo confundiría con un interés carnal, pero que era en realidad apreciación de los ademanes sin tacha con que estaba representando su papel. Solamente cuando se volvió alejándose me recordé yo mismo de que esto eran negocios, no placer, y que tenía un rígido deber que llevar a cabo. Mi resolución estaba vacilante y tuve que atornillarla, para asegurarme, con el recuerdo de los cadáveres flotando en el espacio. Vacié mi vaso y seguí su maravillosa rotación fuera del bar de la ruidosa avenida.

La oscura decrepitud del estrecho pasaje hicieron que se me despertaran los reflejos. Angelina representaba su papel bien, pero yo dudaba que ella se acostara con todos los vagabundos del espacio que tocaran este puerto. Había una buena posibilidad de que tuviera algún asociado por los alrededores que tuviera un brazo fuerte con un objeto contundente agarrado firmemente en la mano. O tal vez sea que soy de naturaleza suspicaz. Mi mano la llevaba sobre la pistola de mi bolsillo, pero no necesité utilizarla. Deambulamos por otra calle y entramos en un portal. Ella iba delante y no hablábamos. Nadie se nos acerco e incluso nadie nos molestó o nos prestó atención. Cuando ella abría la puerta de su habitación, yo me descuidé un poco. Era pequeña y llamativa, pero no ofrecía ningún rincón posible para un cómplice. Angelina se dirigió de frente a la cama y yo comprobé la puerta para ver si estaba realmente cerrada. Lo estaba.

Cuando me volví, me estaba apuntando con una automática sin retroceso calibre .75, tan grande y tan fea que tenía que sujetarla con sus dos pequeñas manos.

- ¿Qué demonios es esto? - exclamé con ira, rechazando la enfermiza sensación de que había dejado alguna pista importante en alguna parte. Mi mano todavía estaba sobre la pistola en mi bolsillo, pero tratar de sacarla habría sido un suicidio instantáneo.

- Voy a matarle sin incluso saber su nombre - me dijo suavemente, mostrando con una bonita sonrisa sus dientes blancos e iguales -. Pero te lo habrás ganado por arruinar mi operación de la nave de guerra.

Ella no disparó todavía, pero su sonrisa se fue ampliando hasta que fue casi una carcajada. Estaba disfrutando con las expresiones incontroladas de mi rostro mientras que yo reconocía el hecho de que me había aventajado en pensamiento en todo momento. Que el cazador había sido cazado. Que ella

me tenía precisamente donde me deseaba y no había una sola maldita cosa que pudiera hacer por evitarlo.

Angelina, finalmente, tuvo que reírse en voz alta, una risa clara y encantadora como una campana de plata, mientras observaba cómo llegaba a estas repugnantes conclusiones una tras otra. Ella era una artista hasta la punta de los dedos y esperaba sólo el tiempo justo para que yo lo comprendiera todo. Luego, en el último y preciso momento de la máxima comprensión y desespero, apretó el gatillo.

No una vez sola, sino otra y otra de nuevo.

Cuatro proyectiles atronadores y desgarradores de dolor directamente al corazón y uno final directamente entre los ojos.

XI

No era realmente conciencia, pero era una especie de rojizo embotamiento lleno de dolor. Unos vómitos que se apoderaban de mí lucharon contra el dolor, pero el dolor venció fácilmente. Parte del problema era que mis ojos estaban cerrados, y sin embargo el abrirlos era increíblemente difícil. Finalmente pude hacerlo y conseguí descubrir un rostro nadando en medio de la neblina encima del mío.

- ¿Qué ocurrió? - preguntó la neblina.

- Yo iba a preguntar la misma cosa... - dije, y me detuve, sorprendido de cuán débil y espumosa estaba mi voz. Pasaron algo por mis labios y pude ver una gasa manchada de sangre cuando la apartaron.

Después de parpadear varias veces para aclarar la vista, «claraborrosa» resultó ser un hombre joven vestido de blanco. Un doctor, me supuse, y me di cuenta del movimiento; debíamos de ir en una ambulancia.

- ¿Quién le disparó? - preguntó el doctor - Alguien avisó de los disparos y le gustará saber que llegamos allí justo en el último momento. Usted ha perdido mucha sangre..., de la cual algo se la he reemplazado... tenía múltiples fracturas de radio y cúbito, una amplia herida de bala en su antebrazo, y una más en la sien, posible fractura del cráneo, extremadamente posibles fracturas en las costillas y posibles lesiones internas. ¿Le odiaba alguien? ¿Quién?

¿Quién? Mi adorable Angelina, ésa era quién. Tentadora, hechicera, asesina, ésa era la que había intentado matarme. Lo recordaba ahora. La negra y enorme boca del cañón de la pistola apuntándome, lo suficientemente grande como para aparcar una nave del espacio dentro. Los disparos saliendo de ella, los proyectiles golpeándome y el dolor, mientras mi cara y garantizada ropa interior a prueba de balas amortiguaba el impacto de los proyectiles repartiéndolo por todo el frente de mi cuerpo. Recordé la esperanza de que esto la satisfaría y la pérdida de esperanza cuando el cañón de aquella humeante pistola se levantó hacia mi rostro.

Recordé el último instante de sentimiento mientras ponía los brazos delante de la cara y me lanzaba de lado en un vano intento de escapar.

Lo divertido del asunto es que el intento de escapar había resultado. El proyectil que había aplastado mi antebrazo debía de haber sido desviado lo suficiente por el hueso y rebotar de carambola sobre el cráneo, en lugar de cogerle de frente y perforarlo de un lado al otro. Todo esto había producido una cantidad satisfactoria de sangre y un cuerpo inmóvil sobre el suelo. Eso había

ocasionado el error de Angelina, su único error. El estampido de la pistola en aquella diminuta habitación, mi aparente muerte, la sangre, todo ello debió de alterar su lado femenino, al menos un poco. Tenía que marchar rápidamente, al menos antes de que los disparos fueran investigados y no había tomado un poquito de tiempo extra para asegurarse.

- Permanezca acostado - dijo el doctor -. Le daré una inyección que le hará dormir durante una semana si no permanece acostado.

Solamente cuando dijo esto me di cuenta de que estaba medio acostado en la cama y ahogando entre dientes una carcajada particularmente sórdida. Dejé que me acostaran sin dificultad, dado que mi tórax era invadido por el dolor cada vez que me movía.

Justamente en aquel momento mi imaginación comenzó a hacer planes para sacar el máximo posible de la situación. Despreciando el dolor tanto como pude miré en torno de la ambulancia, buscando una forma de capitalizar el poco de suerte que me había mantenido vivo mientras ella creía que estaba muerto.

Luego paramos en el hospital y no había mucho que pudiera hacer, excepto robar el estilus e impresos oficiales del estante de encima de mi cabeza. Mi brazo derecho todavía estaba bueno, aunque dolía como una brasa cuando lo movía. Un robot soltó las ruedas de mi camilla, se ajustó sobre ellas y la condujo dentro. Mientras pasaba al lado del doctor, éste deslizó algunos papeles dentro de una bandeja próxima a mi cabeza y me hizo un gesto de despedida con la mano. Le devolví una amable sonrisa mientras rodaba dentro del matadero.

Tan pronto como estuvo fuera de vista, saqué los papeles y los examiné rápidamente. Aquí había una oportunidad si tenía tiempo suficiente para aprovecharla. Allí estaba el informe médico... por cuadruplicado. Hasta que estos impresos fueran intraducidos dentro de la maquinaria, yo no existía. Estaba fuera, en el limbo de la estadística, del cual podría nacer en el hospital. Muerto al nacer, si conseguía mi objetivo. Tiré la almohada al suelo del pasillo y el robot se detuvo. No prestó ninguna atención a lo que escribía y no pareció importarle el parar dos o más veces para recuperar la almohada, dándome tiempo para terminar mi falsificación.

Este doctor Mcvbklz (al menos esto era lo que parecía escrito en su firma) tenía que aprender mucho sobre firmar papeles. Había dejado acres de espacio limpio entre la última línea del informe y su escritura. Lo llené con una imitación muy pasable de su letra. Importante hemorragia, shock... yo escribí: muerto en el trayecto. Esto parecía suficientemente oficial. Rápidamente añadí: Todos los intentos de resucitarlo fallaron. Tuve un momento de duda al escribir este término enrevesado, pero dudo que el Dr. Mcvbklz pensó que había dos «pes» en «múltiple», pensé que podría dejar pasar esto. Esta última línea aseguraba que no habría ningún truco con alfileres y punzadas eléctricas para devolver algo de vida a mi cadáver. Salimos del pasillo justo cuando deslizaba los impresos de nuevo en su sitio y me echaba tratando de parecer muerto.

- Aquí está un D.O.A., Svend - gritó alguien, haciendo crujir los papeles detrás de mi cabeza. Oí al robot alejarse, sin preocuparse de que su paciente escritor y tirador de almohadas estuviera repentinamente muerto. Esta carencia de curiosidad es lo que me gusta de los robots. Traté de tener pensamientos de muerto y confiaba que la expresión correcta apareciese sobre mi rostro. Algo dio un tirón a mi pie izquierdo y mi bota y calcetín fueron sacados. Una mano me cogió el pie.

- ¡Qué trágico! - dijo esta alma caritativa. - Todavía está caliente. Tal vez debiéramos ponerlo sobre la mesa y hacer bajar al equipo de reanimación...

¡Vaya entrometido, falso y embarazoso marica!

- No - dijo la voz de una cabeza más prudente y fría desde el otro lado de la habitación -. Lo intentaron en la ambulancia. Mételo en la caja.

Un horrible dolor me atravesó a través de mi pie y casi descubrí toda la comedia. Solamente el más duro de los controles me permitió permanecer echado sin moverme mientras que este payaso sonriente apretaba un alambre en torno a uno de mis gruesos dedos gordos. Había una etiqueta colgando del alambre y deseé con todo el corazón que la misma etiqueta fuese colgada de sus orejas, asegurada por el mismo alambre apretado. El dolor del dedo me subió y se juntó con el dolor de mi tórax, cabeza y brazo y luché por conservar una apariencia de rigidez de cadáver mientras que la camilla se alejaba rodando.

En alguna parte delante de mí se abrió una pesada puerta y una ola de aire helado me golpeó la piel. Me permití un rápido vistazo entre las pestañas. Si los cadáveres en la sala de disección eran guardados en heladoras individuales, yo estaba a punto de volver a la vida repentinamente. Podía pensar en un montón de formas diferentes de morir más agradables que en una nevera con el asa para abrirla por la parte de fuera. La señora suerte aún me acompañaba en su galopar junto a mi hombro, pues el amputador de mi dedo me arrastraba junto con la camilla dentro de una habitación de buen tamaño. Había losas por todas partes y un cierto número de pobres cadáveres que habían llegado antes que yo.

Despiadadamente se me lanzó sobre una superficie helada. Los pasos se alejaron a través de la habitación, la puerta se cerró pesadamente y las luces se apagaron.

En aquel momento mi moral tocó el fondo. Había pasado mucho para un día y estaba totalmente molido, magullado, contuso y perturbado. El que me encierren en una habitación llena de cadáveres tiene un desacostumbrado efecto deprimente sobre mí. A pesar del dolor del pecho y de la etiqueta que colgaba del dedo del pie, me las arreglé para bajarme de la losa e ir cojeando hasta la puerta. Me aumentó el pánico cuando perdí la orientación, disminuyendo solamente cuando me di de bruces con la puerta. Encontré con los dedos una llave y las luces se encendieron. Y, naturalmente, mi fibra moral se endureció al mismo tiempo.

La puerta estaba perfectamente diseñada, yo mismo no podría haberío hecho mejor, sin mirillas y con un pomo por la parte de dentro. Había incluso un cerrojo, de forma que podría cerrarse desde este lado, aunque no podría imaginarme por qué horrible razón. Me proporcionaba algo de la intimidad que necesitaba, sin embargo, de forma que lo corrí.

Aunque la habitación estaba llena, nadie me prestaba atención. La primera cosa que hice fue soltar el alambre y reanimar con masaje el dedo entumecido de pie. Sobre la etiqueta había unas grandes letras negras, «D.O.A.», y un número escrito a mano, el mismo que había sobre el impreso que yo había alterado. Esta era una oportunidad demasiado buena para perderla. Quité la etiqueta del pie de uno de los cadáveres masculinos más machacados y la sustituí por la mía. Me guardé en el bolsillo su etiqueta, luego pasé unos minutos divertidos en cambiar todas las otras etiquetas. Durante este proceso cogí un zapato del pie derecho del cadáver con mayores pies y estrujé mi

aterido pie izquierdo dentro de él. Todas las etiquetas estaban colgadas del dedo gordo del izquierdo y maldije en voz alta tal precisión innecesaria. Llevaba el tórax al descubierto donde mi traje de navegar y protección a prueba de balas había sido cortado. Uno de mis silenciosos amigos tenía una cálida camisa que no necesitaba, de forma que se la cogí prestada también.

No se piense ni por un segundo que todo esto era fácil. Iba tambaleándome y mascullando para mí mismo mientras lo hacía. Cuando hube terminado apagué de un manotazo la luz y abrí la puerta del refrigerador un poco. El aire del vestíbulo daba la impresión de un horno. No había ni un alma a la vista, de forma que cerré la cámara y fui tambaleándome hasta la puerta más próxima. Daba a un almacén y la única cosa de allí que pude utilizar fue una silla. Me senté tanto tiempo como me atreví a arriesgarme, luego proseguí mi inspección de nuevo. La siguiente puerta estaba cerrada con llave, pero la tercera se abrió a una habitación a oscuras donde pude oír la respiración regular de alguien que dormía. Al menos, así parecía.

Quienquiera que fuera este consumado artista, ciertamente que conocía el arte de dormir. Pillé la habitación y revolví en las ropas que encontré y las puse desmañadamente... y sin embargo no oyó ningún sonido. Lo cual era probablemente lo mejor para él, pues me encontraba de un humor como para fracturarle el cráneo. La novedad de este pequeño asunto se había terminado y todo lo que yo podía pensar era sobre el dolor. Vi algunas personas a distancia, pero nadie me observaba cuando empujé abriendo una salida de emergencia y me encontré en las calles encharcadas de lluvia de Freiburbad.

XII

Aquella noche y los días siguientes aparecen confusos en el recuerdo por razones obvias. Era un riesgo el volver a mi habitación, pero era un riesgo conocido. Había muchas posibilidades de que Angelina no conociera mi existencia, o, aunque la hubiera descubierto, no hubiera hecho nada. Yo estaba muerto y ella ya no tenía ningún interés por mí. Esto pareció ser cierto, pues no fui molestado después de estar en la habitación. Hice que la dirección me subiera algún alimento y, por lo menos, dos botellas de licor al día, de forma que diera la impresión de que yo era un bebedor solitario. El bebistrajo se iba por la cañería y yo tomaba un poco de alimento, mientras mi cuerpo se recuperaba lentamente. Mantuve mis doloridas carnes inundadas de antibióticos y cargadas de calmantes y confié en lo mejor.

A la tercera mañana me encontré débil, pero casi persona. Mi brazo en cabestrillo latía cuando lo moví y los renegrones del tórax se estaban volviendo relucientes tonos de violeta y oro, y el dolor de cabeza casi me había desaparecido. Ya era hora de hacer planes para el futuro. Paladeé algo de licor que había estado utilizando para desatascar la cañería y pedí los periódicos de los tres últimos días. El antiguo tubo de reparto jadeó y los vomitó sobre la mesa. Examinándolos con cuidado, tuve el placer de descubrir que mi plan había resultado mucho mejor de lo que podría haberme esperado.

Al día siguiente de mi asesinato había habido sueltos sobre él en todos los periódicos, recogidos de los archivos del hospital por los perezosos reporteros, que no se habían molestado ni en echar un vistazo al cadáver. Eso era todo. Después, nada sobre «Gran escándalo en el hospital por pérdida de cadáver»

o «Demanda presentada porque este del féretro no es el tío Frim». Si mis terroríficos traslados en la cámara fría de los fiambres habían sido descubiertos, se mantenían como un secreto íntimo del hospital y las cabezas daban vueltas en privado.

Angelina, mi amante campeona de tiro, debía entonces creerme sin duda alguna muerto, una víctima del gatillo de su dedo homicida. Nada podía estar mejor. Tan pronto como pudiera volvería a seguirle el rastro de nuevo, habiéndose facilitado este trabajo, dado que me creía convertido en un poco de humo graso en el crematorio local. Había mucho tiempo para proyectar esto y para hacerlo correctamente. No más tonterías sobre quién estaba cazando a quién. Iba a obtener tanto placer en arrestar a Angelina como ella había obtenido con su artillería portátil.

Era un hecho verdadero, aunque humillante, el que se me hubiera adelantado en todo momento. Había robado la nave de guerra delante de mis nances, hecho una buena siega entre las naves de la galaxia, y luego escapó limpiamente justo delante de mi pistola. Lo que hacía la situación más embarazosa era que había preparado una trampa para mí... cuando yo creía que la estaba cazando. Un vistazo atrás es un gran revelador de cosas evidentes y esto era dolorosamente claro ahora. Mientras escapaba de la nave de guerra capturada, ella no había estado histérica en lo más mínimo. Aquel papel lo había representado. Había estado estudiando hasta el último detalle que podía verse en mi rostro, todas las entonaciones de la voz. El odio había grabado mi retrato en su memoria, y mientras escapaba debía haber considerado constantemente lo que pensaría cuando la siguiese. Se había detenido en el lugar más seguro y más evidente de su camino (y había esperado). Sabiendo que yo habría de venir y sabiendo que ella estaría mejor preparada para el encuentro de lo que yo lo estaba. Todo esto eran historias pasadas. Ahora me tocaba a mí jugar las cartas.

Toda clase de esquemas y proyectos pasaron por mi cabeza y fueron pesados y probados. En lugar primerísimo (antes de que se intentara ninguna otra cosa) sería un completo cambio físico para mí. Esto sería necesario si deseaba atrapar a Angelina. También se necesitaba si quería permanecer fuera del largo alcance de los cuerpos. No había sido mencionado el hecho durante mi entrenamiento, pero estaba completamente seguro de que la única forma de abandonar los Cuerpos Especiales era con los pies por delante. Aunque estaba físicamente destrozado y hundido no tenía nada malo en la vieja caja de pensar y la puse en funcionamiento. Se necesitaban hechos, y yo di un pequeño legado a la biblioteca de la ciudad en forma de pagos por alquileres. Afortunadamente había copias en films de todos los periódicos disponibles, desde años atrás. Hice la amistad de un periódico extremadamente sensacionalista, cariñosamente llamado «Noticias Candentes». «¡Noticias Candentes!» iba dirigido a un público vulgar... con un vocabulario que calculé en unas trescientas palabras aproximadamente, que condimentaban la violencia en sus múltiples aspectos. La mayoría de las veces se limitaban a ser simples accidentes o cosas así, con fotografías a todo color, naturalmente. Pero muy a menudo había jugosos escándalos, palizas y cosas semejantes, lo cual probaba que la tranquilizadora mano de la civilización galáctica todavía no había estrangulado completamente a Freibur. Entre estos exagerados relatos de violencia estaba el lóbrego crimen que yo estaba buscando.

La humanidad siempre había sido caprichosa al hacer sus leyes, inventando términos tan complicados como asesinato, homicidio justificado, etc., como si la muerte no fuera muerte. Aunque la moda tanto en el crimen como en la sentencia cambien, siempre hay un crimen que recibirá el aborrecimiento general. Es el delito de ser un doctor chapucero. Había oído decir que algunas tribus salvajes acostumbraban a matar al médico si el paciente moría, un sistema que no deja de tener su mérito. Este común aborrecimiento del charlatán carnicero es comprensible. Cuando estamos enfermos nos entregarnos completamente en las manos del doctor. Le damos a un extraño total la oportunidad de jugar con aquello que valoramos más. Si esta confianza es violada, existe, naturalmente, una excitación de ánimo entre los testigos o supervivientes.

El ciudadano corriente Vulff Siternitz había sido anteriormente el Grandemente Respetado Doctor Siternitz. ¡¡Noticias Candentes!! explicaba con un gran lujo de detalles como él había mezclado la vida de Playboy y cirujano hasta que finalmente el bisturí en sus temblorosos dedos había cortado aquello en vez de esto y la vida de un eminente político se había acortado en cierto número de años sin duda provechosos. Debemos de concederle a Vulff el hecho de que había tratado de serenarse antes de comenzar a trabajar, de forma que fue D.T., no borrachera, lo que ocasionó el fatal desliz. Se le privó de su permiso y debieron de multarle por la casi totalidad de sus ahorros, dado que había posteriores referencias implicándole en asuntos médicos más sórdidos. La vida había tratado a Vulff dura y suciamente; era justo el hombre que yo estaba buscando. En el primer paseo que di fuera de la habitación, me tomé la libertad de hacerle una visita profesional.

- Tengo algunos buenos negocios para usted, Vulff - dije al legañoso que abrió la puerta.

- Váyase al infierno - replicó, y trató de cerrar la puerta en mis narices. Mi zapato cuidadosamente colocado lo impidió y casi no me costó ningún trabajo empujarle para entrar.

- No realizo ningún trabajo de medicina - susurró, mirando a mi brazo vendado -. Y menos para reclamos de la policía, de forma que váyase al infierno.

- Su conversación es tan aburrida como repetida - le dije, pues lo era -. Estoy aquí para ofrecerle un trato, negocios estrictamente legítimos, de acuerdo el dinero recibido con el valor dado. El mero hecho de que sea ilegal no debería molestarnos a ninguno de los dos. Y menos que a nadie a usted. - Ignoré su gruñido de protesta y miré hacia el interior de la próxima habitación -. De acuerdo con información del mayor crédito, usted vive aquí con el mayor embeleso, sin casarse, con una chica llamada Zina. Lo que tengo que decirle no es sin duda para sus orejitas de concha. ¿Dónde está?

- ¡Fuera! - gritó -. ¡Y usted también fuera! - agarró una alta botella por el cuello y la levantó amenazadoramente.

- ¿Le gustaría eso? - pregunté, y dejé caer un grueso fajo de billetes de Banco nuevos sobre la mesa -. Y eso... y eso... - Y continué con dos fajos más. La botella se deslizó de sus flojos dedos y cayó sobre el suelo mientras sus ojos parecían salírsele de las órbitas más y más como si estuvieran sobre émbolos. Añadí unos pocos fajos más a la pila mientras mantenía su atención.

Realmente no discutimos mucho. Una vez que él se aseguró a sí mismo de que yo realmente tenía intención de seguir adelante con la propuesta,

solamente fue cuestión de fijar los detalles. El dinero había tenido el efecto instantáneo de serenarlo, y aunque tenía una tendencia a crisparse y a temblar no razonaba nada mal.

- Sólo un último problema - dije cuando comenzaba a marchar -. ¿Qué me dice de la vaiola Zina..., ¿va usted a contarle todo esto?

- ¿Está usted loco? - preguntó Vulff con evidente sorpresa.

- Supongo que eso quiere decir que no se lo dirá. Dado que solamente usted y yo vamos a saber sobre esta operación, ¿cómo va a explicarle su ausencia y de dónde viene el dinero?

Esto aún le sorprendió más.

- ¿Explicarlo? ¿A ella? Una vez que me largue no va a verme más a mí o al dinero, lo cual va a ser dentro de diez minutos a partir de ahora.

- Comprendo - dije, y era verdad. Y también pensé que era más bien poco caritativo por su parte dado que la infortunada Zina había estado manteniéndole con la práctica de un comercio que la mayoría de las mujeres rehúyen. Me hice una nota mental para ver qué podría hacerse para nivelar el tanteo un poco. Aunque en el futuro. Ahora precisamente tenía que terminar con James Bolívar diGriz.

Sin reparar en gastos pedí todo el equipo quirúrgico de quirófano que Vulff pudo sugerir. Siempre que fue posible compré utensilios controlados por robots, dado que él tendría que trabajar solo. Todo fue cargado en un transporte pesado alquilado para la ocasión y nos dirigimos junto a una casa en el campo. Ninguno de los dos habría confiado en el otro para dejarlo fuera de vista, lo cual era naturalmente comprensible. Los arreglos financieros eran los más difíciles de acordar, dado que el puro de corazón del doctor Vulff estaba seguro de que iba a aplastarle el cráneo y recuperar mi dinero una vez que hubiera terminado el trabajo..., no dándose cuenta que en tanto hubiera Bancos nunca andaría escaso de dinero. Las garantías se arreglaron fácilmente a su satisfacción y comenzamos nuestro solitario e importante asunto.

La casa estaba apartada y autoequipada, situada en un acantilado sobre un difícil acceso del lago. Lo que necesitábamos de alimentos frescos eran entregados una vez por semana, junto con el correo, que consistía en medicinas y otros suministros médicos. Comenzaron las operaciones.

Siendo lo que son las modernas técnicas de cirugía, no había, naturalmente, ni dolor ni shocks. Estuve confinado en la cama y a veces estaba tan cargado con sedantes que algunos días pasaban en una soñolienta neblina. Entre dos períodos de cirugía mayor me tomé la precaución de ver que una píldora para el sueño se incluyera en el trago de la tarde del doctor Vulff. Esta bebida, naturalmente, no era alcohólica, dado que una de las condiciones de nuestro acuerdo fue el que realizara el viaje sólo con agua. Cada vez que lo encontraba difícil, restauraba su decisión con un poco más de dinero. Toda esta continencia le había puesto los nervios de punta, y pensé que agradecería una noche de buen sueño. También deseaba hacer un poco de investigación. Cuando estuve seguro de que estaba bajo un sueño profundo, cogí la llave de la puerta y registré su habitación.

Me imagino que la pistola estaba allí como una medida de seguridad, pero uno nunca puede fiarse de estos tipos nerviosos. Si algo tenía que decir de mis días de ser blanco de tiros era que se habían terminado. La pistola era un modelo de bolsillo de una sin retroceso .50, limpia y mortífera. El mecanismo funcionaba bien y los cartuchos aún conservaban su poder mortífero, pero

habría alguna dificultad en dispararla después de que hube limado el final del percutor.

El encontrar la cámara no fue ninguna sorpresa, dado que me queda muy poca fe en la honradez fundamental de la humanidad. El que yo fuera su benefactor y mecenas no era suficiente para Vulff. El estaba archivando algún chantaje por si llegaba el caso. Había usado mucha película con estudios de mi rostro inconsciente de antes y de después. Puse toda esta película, incluyendo los rollos no utilizados, bajo la máquina de rayos X a un largo tratamiento que lo dejó arreglado.

Vulff hizo un buen trabajo en los momentos en que no estaba suspirando por brebajes espirituosos o por núbiles doncellas. Retorciendo y acortando mis fémures alteró mi estatura y andares. Manos, cara, cráneo, orejas... todas estas cosas fueron cambiadas permanentemente para construir una nueva personalidad. Un uso prudente de las hormonas adecuadas proporcionó un cambio en las células de la pigmentación, oscureciendo el color natural de mi piel y cabellos, alterando incluso el diseño del pelo. La última que hizo, cuando el arte de Vulff llegó a la cumbre, fue un delicado toque a mis cuerdas vocales que dieron un tono más profundo y ronco a mi habla.

Cuando hubo terminado, Slippery Jim diGriz había muerto y había nacido Hans Schmidt. No un nombre muy inspirado, lo admito, pero había sido designado para cubrir un período antes de que me librara de Vulff y comenzará mi importante empresa.

- Muy bien, muy bien en verdad - dije mientras me observaba en el espejo y con los dedos oprimía aquella extraña cara.

- Dios, podría tomar un trago - boqueó Vulff detrás de mí sentado sobre sus maletas ya preparadas. Había estado atizándole al alcohol médico los últimos pocos días, hasta que lo había estropeado como mi regurgigante favorito, y él estaba nerviosamente ansioso de volver a alguna bebida más fuerte.

- ¡Déme el dinero que falta y marchemos de aquí!

- Paciencia, doctor - murmuré, y le deslice el paquete de billetes.

El rompió la banda de papel que los sujetaba y comenzó a contarlos con rápidos y acariciantes dedos.

- Pierde el tiempo haciendo eso - le dije, pero prosiguió igualmente - Me he tomado la libertad de escribir «ROBADOS» sobre cada billete, con tinta fluorescente que brillará cuando el banco los ponga bajo la luz ultravioleta.

Esto le paró en seco de contar, y le hizo palidecer al mismo tiempo. Debí de aconsejarle que vigilara su viejo corazón, ya que sería la forma en que se muriera si no tenía cuidado.

- ¿Qué quiere decir usted con robados? - logró decir después de un momento.

- Bueno, lo fueron, usted lo sabe. Todo el dinero que le pagué fue robado. - Su rostro se Volvió aún más pálido y yo estuve seguro que no llegaría a los cincuenta con una circulación como esa - No debe permitir que eso le preocupe. El otro dinero era todo en billetes viejos. Yo he pasado un montón sin ningún problema.

- Pero... ¿por qué? - logró finalmente proferir.

- Una pregunta razonable, doctor. He enviado la misma cantidad - en billetes «no marcados» naturalmente - a su antigua amiga Zina. Me pareció que usted le debía eso por lo menos, después de todo lo que ella ha hecho por usted. Lo justo es lo justo, ya sabe - a todo me miraba fijamente mientras empujaba el

equipo quirúrgico y máquinas por el acantilado. Tuve cuidado de no quedar de espaldas a él cuando estaba demasiado cerca; además de ésta, habían sido tomadas todas las precauciones. Cuando levanté la vista por casualidad y vi que una cubierta de sonrisa había reemplazado su anterior expresión, comprendí que era tiempo de que revelara el resto de mis precauciones.

- Un aerotaxi estará aquí dentro de unos pocos minutos; partiremos juntos. Lamento informarle a usted que no habrá suficiente tiempo después de que lleguemos a Freiburbad para que usted busque a Zina y la apalee como tiene planeado, y le quite el dinero. - Su sobresalto culpable me demostró que realmente era un amateur en esta clase de cosas. Continué, confiando que me estaría agradecido por esta revelación completa de cómo hacer cosas de una manera eficientemente criminal -. He calculado el tiempo para todo muy cuidadosamente desde ahora en adelante. Hoy hay dos astronaves que parten con pocos minutos de diferencia. Me he reservado un billete para mí en una...; aquí tiene su billete para la otra. He pagado por adelantado, aunque no espero que me lo agradezca - cogió su billete con todo el vivo interés de una vieja solterona en coger una serpiente muerta -. La necesidad de rapidez, si me perdona este ritmo, es urgente. Unos pocos minutos después de que su nave salga le entregará a la policía un sobre describiendo su participación en esta operación.

El pobre doctor Vulff asimiló todo esto mientras esperábamos que el aerotaxi llegara, y por su enfermiza expresión vi que no podía encontrar fallos en el trato. Durante todo el vuelo procuró apartarse de mi en el asiento y no dijo una sola palabra. Sin un deseo de buen viaje o una maldición se dirigió a su nave a nuestra llegada y le vi subir a bordo. Yo, naturalmente, meramente fui en dirección a la mía y me desvié antes de entrar. Tenía tanta intención en dejar Freibur como tenía de informar a la policía de que había tenido lugar una operación ilegal. La última cosa que deseaba era llamar la atención. Ambas pequeñas mentiras eran meramente artilugios para asegurarme que el alcoholizado doctor se largaba y permanecía alejado antes de que comenzara su solitario viaje hacia la cirrosis. No había ninguna razón para que partiera; y en realidad las tenía todas para quedarme.

Angelina estaba todavía en este planeta y no deseaba estorbas mientras le seguía la pista.

Tal vez era presunción por mi parte el estar tan seguro; sin embargo, esta vez yo conocía a Angelina muy bien. Nuestras pequeñas mentes retorcidas rotaban en muchos de los mismos círculos de inmoralidad. Hasta un cierto punto me parecía que podía predecir sus reacciones con firme lógica. En primer lugar... estaría muy contento de mi sanguinaria destrucción. A ella le producía la misma ilusión de los cadáveres que a la mayoría de las chicas un vestido nuevo. El que me creyera muerto haría su persecución mucho más fácil. Sabía que tomaría las precauciones normales contra la policía y otros agentes de los Cuerpos. Pero ellos no sabrían que estaba en Freibur... no había nada que relacionara mi muerte con su presencia. Por lo tanto ella no tenía que partir de nuevo, sino que podría permanecer en este planeta bajo una nueva protección y personalidad diferente. El que ella deseaba permanecer aquí me ofrecía poca duda. Freibur era un planeta que parecía diseñado para operaciones ilegales. En mis años de dar vueltas por el universo conocido nunca me había encontrado con una fruta tan madura para ser recogida.

Una arriesgada muestra de la viejo y lo nuevo. En el viejo y feudal Freibur, dividido en dos castas, un extranjero tendría que ser reconocido inmediatamente y observado. En los modernos planetas de la Liga, los robots computadores y la mecanización y una fuerza de policía siempre vigilante por exceso dejaban muy poco espacio para operaciones ilegales. Era solamente cuando estas dos culturas diferentes se mezclaban y combinaban cuando podían ser posible aquellas operaciones imaginarias.

Este planeta era bastante pacífico, había que reconocerles el mérito por aquello a los expertos sociólogos de la Liga. Antes de que introdujeran la primera píldora de antibióticos o computador de cartas perforadas, cuidaron de que la ley y el orden fueran firmemente establecidos. Sin embargo, las oportunidades estaban aún allí, si uno sabía buscarlas. Angelina sabía dónde buscarlas y yo también.

Sólo que después de algunas semanas de investigación inútil - finalmente tuve que enfrentarme con el hecho brutal de que ambos íbamos tras cosas diferentes - no pude negar que el tiempo pasó agradablemente mientras descubría incontables oportunidades de hermosos trabajos y lucrativas travesuras. Si no hubiera sido por el deseo de encontrar a Angelina, en verdad creo que hubiera sido la mejor época de mi vida en este paraíso de los maleantes. Este placer me fue negado, pues el ansia de atrapar a Angelina me atizaba constantemente como un dolor de muelas.

Encontrando la intuición deficiente, probé con medios mecánicos. Alquilé el mejor computador disponible, le suministré bibliotecas enteras en sus circuitos de memoria y le presenté innumerables problemas. En el transcurso de este asunto, de consumos de kilovatios, me convertí en un experto en la economía de Freibur, pero al final no estaba más próximo a encontrar a Angelina de lo que lo estaba cuando comencé. Ella tenía una necesidad imperiosa de poder y control, pero no tenía ni idea en qué forma la canalizaría. Había muchas soluciones económicas que descubrí para apoderarme de las riendas de la sociedad de Freibur, pero la investigación me demostró que ella no estaba comprometida en ninguna de ellas. El rey Villelm IX parecía ser el punto de presión evidente para ejercer real control físico sobre el planeta. Una completa investigación sobre Vill, su familia y parientes reales próximos, me descubrió algún jugoso escándalo, pero no a Angelina. Estaba en punto muerto.

Mientras ahogaba mis penas en una botella de alcohol destilado, se me vino de pronto la solución del problema. Tengo que admitir que estaba empapado de bebida en aquel momento; sin embargo, la parálisis de mis axones neurálgicos fue indudablemente la fuente de la idea. Cualquier hombre que diga que piensa mejor borracho que sereno es un tonto. Pero éste era un caso totalmente diferente. Yo estaba sintiendo, no pensando, y mi rabia ante su huida rompía la cubierta de mis impulsos más civilizados. Estrangulé una almohada hasta su muerte imaginando que era su cuello, y finalmente grité: «¡Loca, loca, ese es un problema en todo momento y mentecato como el que más!» Cuando caí sobre la cama todo giraba a mi alrededor en repugnantes círculos y yo musité: «Sólo loca vulgar. Tendría que estar loco yo mismo para imaginarme qué caminó será el que tome». Con esto se cerraron mis ojos y me quedé dormido. Mientras, las palabras sobrenadaban a través de las capas saturadas de alcohol, hasta que alcanzaron los niveles más profundos donde aún quedaba una chispa de racionalidad.

Cuando llegaron al fondo yo estaba totalmente despierto y me senté en la cama sorprendido hasta el atontamiento por la fantástica verdad. Sería necesaria toda la convicción que yo tenía - y un poco más - para hacerlo.

Tendría que seguirla a lo largo de los senderos de la locura si deseaba encontrarla.

XIII

A la fría luz de la mañana la idea me parecía más atractiva... o menos cierta. Podría hacerlo, o no hacerlo, según eligiera. No haber ninguna duda del salvaje tono de locura que coloreaba la vida de Angelina. Cada uno de nuestros contactos había estado marcado por una cruel indiferencia por la vida humana. Mataba con frialdad o con placer - como cuando me había disparado -, pero siempre con total indiferencia por la gente. Dudo si incluso ella tenía alguna idea de cuántos asesinatos había cometido durante su vida. De acuerdo con sus normas, yo no era más que un aficionado principiante. Yo no había matado más que... esa clase de violencia era raramente necesaria dentro de mi tipo de operaciones... seguramente no más que... ¿nunca?

Bien, bien... al final se descubría el viejo corazón de llagina. Áspero y rudo diGriz, el asesino, ¡que nunca había matado! No era nada de lo que hubiera que avergonzarse, sino todo lo contrario. Yo concedía un valor a la vida humana, el valor sin cambio de la existencia. Angelina se valoraba a sí misma y a sus deseos, y nada más. Para seguirla a lo largo de retorcido sendero de sus acciones tendría que situarme yo mismo en el mismo estado mental en que ella vivía.

Esto no era tan difícil como parecía... al menos en teoría. Tenía algunas experiencias con las drogas psicotomiméticas y estaba bien al corriente de su poder. Los siglos de investigación habían producido drogas que podían estimular cualquier condición mental del usuario. ¿Le gustaría ser un paranoico durante un día? Tome una píldora. Usted también puede volverse loco, amigo. Es una cosa conocida que gente ha ciertamente probado estos potingues por oposición, pero yo no deseaba estar en tal estado de vida. Tendría que haber una razón más fuerte antes de que yo sometiera mis delicadas células grises a este tipo de sacudida. Como encontrar a Angelina, por ejemplo.

La única cosa buena de estos productores de fantasía es el hecho aceptado de que sus efectos son solamente temporales. Cuando las drogas se eliminaban, igual pasaba con las alucinaciones. Confiaba. En ninguna parte en los textos que estudié se hacía mención de un brebaje infernal tal como el que estaba concibiendo. Era una tarea laboriosa el seguir todos los fascinantes síntomas de Angelina a través de los textos y tratar de incluirlos en un diseño inclusivo. Incluso solicité alguna ayuda profesional para ayudarme a analizar su caso, sin hacer mención, naturalmente, de para qué uso destinaba la información. Al final tenía una botella de un líquido ligeramente humeante y una cinta grabada de sugestión auto hipnótica para verter en mis oídos mientras la droga estaba haciendo efecto. Todo lo que quedaba era reforzar mi valor hasta el punto de inspiración, como dicen en los clásicos. No realmente todo lo que quedaba... yo deseaba tomar algunas precauciones primero. Alquilé una habitación en un hotel barato y di órdenes de que no se me molestara en ningún momento. Esta era la primera vez que utilizaba este tipo particular de

locuras, y dado que no tenía ninguna idea de cuán nublada quedaría mi memoria, dejé unas pocas notas alrededor para recordarme el trabajo. Después de medio día de esta clase de preparaciones me di cuenta de que estaba buscando excusas.

- Bueno, no es tan fácil volverse loco deliberadamente - dije a mi pálida imagen en el espejo. Esta estuvo de acuerdo, pero eso no nos detuvo a ninguno de los dos de remangar nuestras mangas y llenar una hipodérmico de sombría locura.

- Aquí está mirándote - dije, y deslicé la aguja lentamente en la vena y suavemente empujé el émbolo.

Los resultados fueron anticlimáticos por decir lo menos. Fuera del zumbido de mis oídos y un agudo dolor de cabeza que pasó rápidamente, no sentí más. Sin embargo, sabía que haría mejor esperando, de forma que leí el periódico durante un rato, hasta que me sentí cansado. Todo el asunto parecía un poco tonto y un mucho de fracaso. Me fui a dormir con un magnetofón que susurraba suavemente en mis oídos un epigrama constructor de la personalidad tal como: «Eres mejor que cualquiera que conozcas y la gente que no lo sabe, mejor se cuidara», y «Todos son tontos y si tú te ocuparas de las cosas sería diferente y por qué no te ocupas, es bastante fácil».

El despertar fue incómodo debido al dolor de mis oídos, donde los auriculares aún estaban conectados, zumbándome mi propia y estúpida voz. Nada había cambiado, y el inútil experimento era una pérdida, y las pérdidas me ponían furioso. Los auriculares se rompieron en mis manos y me sentí mejor, y aún mucho mejor cuando hube aplastado el magnetofón convirtiéndolo en un montón confuso.

Mi rostro estaba áspero cuando pasé la mano sobre él. Había estado unos días sin afeitarme. Al frotarme con la crema de suavizar me miré al espejo sobre la fuente y un raro hecho me sorprendió por primera vez. El nuevo rostro me venía mejor que el antiguo. Una falta de nacimiento o la fealdad de mis padres... a quienes odiaba profundamente, ya que lo único que hicieron bien en su vida era yo..., me habían dado un rostro que no se ajustaba a mi personalidad. El nuevo era mejor, por una parte mucho más apuesto y mucho más fuerte. Tendría que agradecer a aquel charlatán de dedos temblorosos por realizar esta obra de arte. Se lo agradecería con una bala. Eso garantizaría que nadie podría seguirme la pista a través de él. Debía de ser un día cálido y yo haber estado ardiendo de fiebre cuando le permití marchar libre de aquella forma.

Sobre la mesa había un trozo de papel con una sola palabra escrita en él, de mi propio puño y letra, aunque no podía imaginar por qué demonios lo había dejado allí. Angelina, decía. Angelina, cómo me gustaría agarrar aquel suave cuello blanco entre mis dos manos y apretar hasta que los globos de los ojos se le saltaran. ¡Bah! Tuve que reírme ante la idea, formaba un cuadro divertido de verdad. Sin embargo, no debería ser tan impertinente sobre ello. Angelina era importante. Iba a encontrarla y nada me detendría. Se había burlado de mí y había tratado de matarme. Si alguien merecía morir era ella. En algunos sentidos sería una pérdida lamentable, y, sin embargo, tendría que hacerse. Desmenucé la nota en pequeños trocitos.

De pronto la habitación se volvió muy opresiva y necesité salir. Lo que me puso el doble de furioso fue el hecho de que la llave había desaparecido. Recordaba el haberla escondido, pero no tenía idea de dónde la había puesto.

El puerco de recepción fue lento en contestarme y estuve tentado de decirle lo que justamente pensaba del servicio, pero me contuve. Sólo hay una cura definitiva para estos tipos. Una llave de reserva golpeó dentro de la cesta del neumático y pude salir. Necesitaba algo de alimento y necesitaba bebida, y más que nada necesitaba un lugar tranquilo para poder pensar.

Un lugar cercano me proporcionó los tres... después de que hube ahuyentado a los pegajosos. Todos ellos eran perros, y Angelina representando un papel había sido mejor que toda esta multitud puesta junta. Angelina. Esta noche se me presentaba a la imaginación con violencia. Los tragos calentaron mi estómago y Angelina calentaba mis recuerdos. Pensar que yo había en verdad considerado el entregarla o posiblemente matarla. ¡Vaya pérdida! La única mujer inteligente con la que me había cruzado. Y mujer entera... Nunca olvidaré la forma en que caminaba con aquel vestido. Una vez que hubiera sido domada un poco... ¡vaya equipo que podríamos hacer! El pensamiento era tan mentalmente afrodisíaco que mi piel quemaba, y vacié mi vaso de un solo trago.

Había que hacer algo; tenía que encontrarla. Ella nunca dejaría una fruta madura de un planeta como éste. Una mujer de su ambición podría ir directamente a la cumbre aquí, nada podría detenerla. Y eso es naturalmente donde ella estaría... eventualmente si no ahora. Debía de pasar la vida sintiéndose condenada por ser una mujer, sabiendo que valía más que el resto de la multitud que la rodeaba, después de demostrárselo a sí misma y a los demás una y otra vez. Mi llegada podría ser el mayor favor que Angelina podría recibir. Yo no necesitaba demostrarme a mí mismo que era mejor que los aldeanos de este planeta de rubíes... una sola mirada bastaba. Cuando Angelina se enlazara conmigo podría dejar de luchar, relajarse y recibir órdenes. La disputa se habría acabado para siempre.

Mientras que estaba sentado allí, alguna cosa me estaba hostigando, algún hecho vital que tenía que recordar y sin embargo no podía. Durante un instante revolví en la memoria antes de darme cuenta de lo que era. ¡El efecto de la inyección se acabaría pronto! Tenía que volver rápido a la habitación. Habría habido algún medio sobre el peligro de este asunto, pero ahora me daba cuenta que no era más que mi anterior cobardía. Esta droga no era más peligrosa que una aspirina. Y al mismo tiempo era el mayor descubrimiento de toda la galaxia. Nuevos mundos de posibilidades se me abrían, mi mente estaba clara y mis pensamientos eran más lógicos. No iba a volver al viejo cuento estúpido. En la barra pagué al camarero, con los dedos golpeando impacientemente nervioso mientras perezoso me daba el cambio.

- ¿Un tipo listo? - pregunté, lo suficientemente alto para que toda la gente próxima me oyera - Un cliente tiene prisa, de forma que esa es su oportunidad para darle de menos en el cambio. Aquí faltan dos gildens - extendí el dinero en la palma de mi mano, y cuando se inclinó para contarlo levanté rápidamente la mano e hice que lo recibiera todo en la cara, billetes, monedas y dedos. Al mismo tiempo le dije - en voz baja, de forma que nadie más pudiera oírlo - justamente lo que pensaba de él. El argot de Freibur es rico en insultos, y utilicé con él los mejores. Podría haber hecho más, pero tenía prisa en volver a la habitación de mi hotel, y el enseñarle una lección llevaría tiempo. Cuando me volví para marchar mantuve un ojo puesto detrás de mí por medio del espejo al otro lado de la habitación, y fue una medida muy prudente el que lo hiciera. Sacó un trozo de cañería de debajo de la barra y lo levantó sobre mi cabeza.

Naturalmente, permanecí quieto para ofrecerle un buen blanco y no desviar su objetivo..., apartándome solamente cuando bajaba el brazo, solamente lo necesario para que el tubo me rozara.

No hubo ningún truco en absoluto en cogerle el brazo y hacerle que siguiera bajando, y romper el hueso contra el borde del mostrador. Los alaridos eran enternecedores, por no decir más, y yo solamente deseé tener tiempo para quedar y darle realmente alguna razón por la cual gritar, pero realmente no me quedaba tiempo.

- Ustedes vieron cómo me atacaba a traición - dije a los aturdidos clientes mientras me dirigía hacia la puerta. El rufián se había desplomado y estaba gimiendo fuera de la vista en alguna parte baja detrás de la barra -. Voy a llamar a la policía ahora... Cuiden que no se vaya.

Naturalmente que él tenía intención de marcharse como yo de avisar a la policía. Mucho antes de que los clientes se dieran cuenta de lo que estaba sucediendo yo ya había salido.

Ciertamente que no podía correr y atraer la atención hacia mí. Volver al hotel caminando rápido era lo mejor que podía hacer, pero la tensión tenía todo el cuerpo empapado en sudor. Dentro de la habitación, la primera cosa que vi fue el depósito sobre la mesa, con la aguja envuelta en un paño a su lado. Mis manos no temblaban, pero lo hubieran hecho si se lo hubiera permitido. Esto es una cosa muy parecida.

Me dejé caer en la silla después que levanté el recipiente y vi que había quedado menos de un milímetro. Lo más inmediato en la agenda era la necesidad de procurarme suministro de la sustancia. Podía recordar la fórmula claramente y no tendría dificultad en volver a componerla. Naturalmente que no habría proveedores de drogas abiertos a esta hora de la noche, pero eso facilitaba las cosas una enormidad. Hay una ley en la historia que dice que las armas fueron inventadas antes que el dinero. En mi maleta había una sin retroceso del .75, que podría proporcionarme más mercancías de la galaxia que todo el dinero en existencia.

Aquello fue un error. Alguna punzante preocupación me atenazaba, pero no le hice caso. La tensión, y luego el alivio, después de recibir la carga, hizo que todo yo me abandonara. Por encima estaba la necesidad de apresurarme, el tiempo limitado que tenía para encontrar lo que necesitaba y volver a la habitación del hotel. Mis pensamientos estaban puestos en el trabajo y cuál sería la mejor forma de ejecutarlo mientras abría mi maleta y tendía la mano para coger la pistola que estaba allí, justo encima de las ropas. En aquel punto la fina voz del recuerdo me estaba gritando de forma inaudible para mí, pero esto sólo hizo que me apresurara a coger la pistola. Algo no iba bien y esto era lo que lo arreglaría. Mientras agarraba la culata, la memoria me vino de pronto... justamente un poco demasiado tarde.

Dejando caer la pistola me abalancé hacia la puerta, demasiado tarde desgraciadamente. Detrás de mí oí un «pop» mientras la granada de gas anestésico que había puesto sobre la pistola se disparó. Incluso cuando caí hacia la oscuridad me pregunté cómo pude haber hecho una cosa tan estúpida como ésa...

XIV

Al despertar, mi primera sensación fue de pesadumbre. Es un axioma el que los trabajos de la mente son una fuente de constante asombro. Los efectos de mi endemoniado brebaje se habían desvanecido. Conservaba perfectamente la memoria, ahora que los impedimentos posthipnóticos que había puesto se habían eliminado. Podía recordarlo con bastante claridad; todos los detalles de mi intermedio de locura. Aunque me abrumaba ante las cosas que había pensado y hecho. Simultáneamente sentí un resquemor de pesadumbre que no podía evitar. Había una terrible libertad al sentirse así, sólo que incluso las vidas de los demás significaban menos que nada. Indudablemente una sensación falsa, pero sin embargo tremendamente atractiva. Como el tomar drogas. Aun cuando detestara la idea, sentí la necesidad de tomar más de lo mismo.

A pesar de las doce horas de sueño forzado, estaba extenuado. Me costó hacer uso de toda mi energía el arrastrarme hasta la cama y dejarme caer en ella. En previsión había dejado una botella de licores estimulantes, y me serví todo un vaso. Saboreando éste, traté de poner mi casa mental en orden, una tarea no muy fácil. Había leído muchas veces sobre el pozo negro de los oscuros deseos que yacen en nuestro subconsciente, pero ésta era la primera vez en mi vida que yo había agitado los míos. Era totalmente revelador el examinar algunas de las cosas que flotaban por la superficie.

Mi actitud hacia Angelina necesitaba una buena dosis de atención. El hecho más importante con que tenía que enfrentarme era la fuerte atracción que sentía por ella. ¿Amor? Póngase el nombre que desee... yo creo que amor le vendría tan bien como cualquier otro, aunque éste no era la excitante pasión de un adolescente. Yo no estaba ciego a sus efectos; en realidad, yo más bien los detestaba ahora que sabía que su existencia amoral asesina tenía un eco en mi propia mente. Pero la lógica y las convicciones tienen muy poco que ver con las emociones. El que odiara este aspecto de ella no quitaba la atracción de una personalidad muy similar a la mía propia. Repetí la actitud de mi propio ser psicótico: ¡Vaya equipo que podríamos haber hecho! Esto era, naturalmente, imposible, pero eso no me impedía que lo deseara. El amor y el odio tienen fama de estar muy próximos y en este caso ciertamente iban hombro con hombro. Y no servía de ninguna ayuda para el caso de que Angelina era tan condenadamente atractiva. Tomé un largo sorbo de mi bebida.

El encontrarla debería ser fácil ahora. La despreocupación con que acepté esto, por descontado, era un poco sorprendente. No había obtenido ninguna nueva información mientras estaba mentalmente anormal. Sólo una gran cantidad de conocimientos de dentro de las tortuosas cavidades por las que se deslizaba la mente de mi Angelina. No podía haber ninguna duda de que era poder primitivo (lo que ella deseaba). Esto no podía obtenerse por influenciar al rey, ahora lo veía claro. El modo era la violencia, una lucha por el poder, tal vez el asesinato, ciertamente revolución y disturbios de alguna especie. Este había sido el objetivo en los viejos y malos días de Freibur, cuando la soberanía había constituido el premio de una batalla. Cualquiera de la nobleza podría haber sido coronado y donde quiera que se aflojaba la garra del viejo rey, surgía una sugerencia para una lucha por el poder que produciría un nuevo monarca. Naturalmente que esta clase de cosas había terminado tan pronto como los especialistas en sociedades de la Liga utilizaron sus pequeños trucos.

Los viejos días habían pasado... eso estaba claro. Angelina iba a ver este mundo bañado en sangre y muerte para satisfacer su propia ambición. Estaba

por ahí fuera - por alguna parte - preparando al hombre para este trabajo. A uno de los condes, aún muy importantes en la economía semifeudal, le estaba exaltando su ego y era guiado por un nuevo poder hacia el trono. Este era el diseño que Angelina había utilizado antes, y sería seguro utilizaría de nuevo. No podría haber duda.

Solamente faltaba un pequeño factor. ¿Quién era el hombre?

Mi buceo a las profundidades del autoanálisis me había dejado un sabor definitivamente nocivo en la boca que ninguna cantidad de licor podía borrar. Lo que yo necesitaba era un ligero toque de acción para entonar mis nervios y acelerar mi sangre perezosa. El seguir la pista del hombre que Angelina utilizaba como escudo sería justamente la carga que necesitaba mi batería. La sola idea confortaba, y fue con ansiedad como busqué en la columna que el periódico dedica a las noticias de la corte. Precisamente dentro de dos días había un Gran Baile, el pretexto perfecto para esta operación.

Durante estos dos días estuve ocupado en muchas pequeñas tareas que daban el pulido de acabado a un trabajo como éste. Cualquier tonto puede estropear una fiesta, y de hecho habitualmente lo hace, dado que es todo lo que parece encontrarse uno en esta clase de negocios. Se requiere un talento como el mío para construir una personalidad de adopción que sea inquebrantable. La investigación me proporcionó un país natal, una distante provincia pobre en todo, excepto en un fuerte dialecto que proveía la base de la mayoría de los chistes de Freibur. Además de estos inherentes obstáculos, el populacho de Afisteldross era conocido por su belicosidad y tozudez. Había una nobleza menor de la que nadie prestaba mucha atención, ni tenía registrada, lo que me permitió adoptar la personalidad del Grav Bent Diebstall. El apellido significaba en el dialecto local, o bien bandido o cobrador de contribuciones lo cual da una idea de la clase de economía que habían tenido, así como del origen del título de la familia. Un sastre militar me cortó un uniforme, y mientras me lo probaban me aprendí de memoria un gran montón de historias de la familia con que aburrir a la gente. Me di cuenta de que podía ser la animación de cualquier fiesta.

Otra cosa que hice fue enviar un grueso fajo de dinero al camarero mutilado, que estaba ahora trabajando con el inconveniente de llevar su brazo en cabestrillo. Era cierto que me había dado de menos en el cambio, pero su sufrimiento estaba totalmente desproporcionado con este delito de menor cuantía. Mi anónimo regalo era estrictamente una compensación de conciencia y me encontré mucho mejor después de haberlo hecho.

Una visita a la luz de la luna a las imprentas reales me proporcionó una invitación a la fiesta. Mi uniforme me sentaba como un guante, mis botas brillaban espléndidamente y yo fui uno de los primeros invitados en llegar, dado que la mesa real tenía una fama enorme y el trabajo había aumentado mi apetito. Yo rechinaba y resonaba maravillosamente cuando me incliné ante el rey (las espuelas y la espada figuran siempre entre las absurdas costumbres arcaicas de Freiburg). Y le miré de cerca mientras él susurraba algo inaudible. Sus ojos estaban vidriosos y de mirar vago, y me di cuenta de que había algo de verdad en el rumor de que siempre se ponía en relación con su botella particular antes de asistir a una de estas fiestas. Aparentemente odiaba las multitudes y las ceremonias, y prefería mucho más entretenerse con sus bichos... era un entomólogo aficionado de no pequeños talentos. A continuación saludé a la reina, que era mucho más acogedora. Tenía veinte

años menos y era atractiva, de una belleza afectada y aspecto vacuno. El rumor también decía que estaba cansada de los escarabajos de su marido y prefería mucho más al homo sapiens que a los lepidópteros. Puse a prueba esta calumnia proporcionándole una suave caricia extra a su mano, cuando la sostuve, y la retiró altiva, con una expresión de gran interés. Proseguí hasta el buffet.

Mientras comía, los invitados continuaron llegando. El observarlos mientras entraban no me impedía continuar mi demoledora tarea con las viandas, ni el probar los vinos. Había terminado de abastecerme cuando el resto comenzaba, de forma que pude circular entre ellos. Todas las mujeres fueron sujetas a un escrutinio de cerca, y la mayoría de ellas les gustó, pues, si se me permite decirlo a mí mismo, con mi nuevo rostro y el corte del uniforme, me llevaba de calle a los tipos locales. Realmente no esperaba el cruzarme con la pista de Angelina de una forma tan fácil, pero existía siempre una posibilidad. Solamente unas pocas de las mujeres se le parecían remotamente, pero sólo me costó unas pocas palabras cada vez para dejar sentado que eran verdaderas pura sangre azul y no mi pequeña asesina interplanetaria.

Esta tarea se facilitó por el hecho de que las bellezas de Freibur tienen una fuerte tendencia hacia la carne, y Angelina tenía una linda y pequeña carrocería. Volví a la barra.

- Su Majestad solicita su presencia - dijo una voz anedoidal en mi oído mientras unos dedos me agarraban la manga. Me volví y le dirigí mi mejor ceño al individuo que aún sostenía el tejido.

- Suelte el traje o le meto su cara de dientes de cabra dentro de la ponchera - rezongué en mi más oscuro acento misteldroniano. Lo soltó como si fuera algo al rojo vivo, se puso colorado y pareció excitado -. Eso está mejor - añadí, cortándole sus próximas palabras -. Ahora... ¿quién desea verme?... ¿El rey?

- Su Majestad, la reina - consiguió mascullar entre los finos labios.

- Eso es bueno. También yo deseo verla. Indíqueme el camino.

Me abrí paso entre la multitud mientras mi nuevo amigo parloteaba detrás, tratando de pasarme. Me detuve antes de alcanzar el grupo que rodeaba a la reina Helda y permití que se me adelantara, jadeando y sudando.

- Su Majestad, éste es el barón...

- Grav, no barón - le interrumpí con mi horriblemente marcado acento - Grav Bent Diebstall, de una pobre familia provinciana, despojado hace siglos de nuestro justo título por los ladrones y envidiosos de los condes.

Apostrofé ceñudamente a mi guía, como si él hubiera estado en el complot, y de nuevo volvió a enrojecer.

- No reconozco todos sus honores, Grav Bent - dijo la reina en su voz baja que me recordaba los pastos en una mañana neblinosa. Señaló a mi tórax masculino, a la hilera de condecoraciones que yo había comprado a un comerciante en rarezas justo aquella mañana.

- Medallas de la galaxia, Su Majestad. Un hijo menor de una familia noble de provincias, con su familia empobrecida por la voracidad y la corrupción, puede encontrar poca oportunidad para progresar aquí en Freibur. Esta es la razón por la que entré en el servicio, fuera del planeta, y serví durante los mejores años de mi juventud en la Guardia Estelar. Estas son por acaecidos vulgares, tales como batallas, invasiones, abordajes del espacio. Pero ésta es de la que estoy realmente orgulloso... - metí los dedos entre la tintineante quincalla hasta encontrar una repugnante, todo cometas, novas y luces resplandecientes -.

esta es la Estrella Estelar, la más preciada recompensa en las Guardias - la cogí en mi mano y le dirigí una larga mirada. De hecho creo que era una condecoración de la Guardia, concedida por un reenganche de cinco años de cocinero o algo así.

- Es hermosa - dijo la reina. Su gusto para las medallas no era mejor que para los vestidos, pero ¿qué puede esperarse en uno de estos recónditos planetas?

- Lo sé - asentí -. No disfruto describiendo la historia de las medallas, pero sí es una real orden...

Lo era, y dada muy tímidamente en verdad. Mentí sobre mis proezas un rato y los mantuve a todos interesados. Habría mucha charla sobre mí a la mañana siguiente y confiaba que algo llegara a los oídos de Angelina, donde quiera que estuviera ocultándose. Al pensar en ella me privó de la diversión, y me las arreglé para excusarme y volver al bar.

Pasé el resto de la velada relatando las maravillas de mi imaginaria historia a cualquiera que pudiera enganchar. La mayoría parecía disfrutar con ello, dado que la corte normalmente estaba escasa de risas. El único que parecía no divertirse con ellas era yo mismo. Aunque el plan me había parecido bueno en un principio, cuanto más me adentraba en él, más lento me parecía. Podía sacudir la orla de estos círculos cortesanas fantásticamente aburridos durante meses, sin encontrar una pista que me llevara a Angelina. El proceso tenía que ser acelerado. Había una idea que me torturaba entrando y saliendo en la cabeza, pero bordeada con la locura. Si fallaba podía ser la muerte o el destierro para siempre de estos nobles círculos.

Esta última eventualidad podría fácilmente soportarla... pero no me serviría para encontrar a mi encantadora presa. Sin embargo... si el plan resultaba, abreviaría todos estos disparates. Tiré una moneda al aire para decidir, y naturalmente gané, dado que había escamoteado la moneda antes de lanzarla. Iba a haber acción.

Antes de venir había guardado en los bolsillos unos pocos artículos que podrían serme útiles durante el transcurso de la velada. Uno de ellos era una garantía de presentación al rey, para el caso que considerara que el acercarme a él podría ser de alguna utilidad.

Deslicé ésta en uno de los bolsillos exteriores, llené el vaso más grande que pude encontrar con vino dulce y rodé a través de las cavernosas habitaciones en busca de mi presa.

Si el rey Villelm había estado aturdido cuando llegué, ahora estaba casi paralizado. Debía de haberse cosido una barra de acero a la parte de atrás de la guerrera de su uniforme, pues yo juro que su propio espinazo no lo habría mantenido derecho.

Pero continuaba bebiendo y balanceando de atrás a adelante su cabeza, sacudiéndose como si estuviera poco sujeta. Tenía una multitud de viejos a su alrededor, que debían haber estado contándose chistes verdes, pues me dirigieron miradas de que me largara cuando llegué y atraje la atención. Era más alto que la mayoría de ellos y debía de constituir una nota de color agradable porque atraje los ojos de Vill y su cabeza giró lentamente en mi dirección. Uno de sus octogenarios camaradas me había encontrado primero en la velada y se vio forzado a hacer la presentación.

- Tengo un gran placer en saludar a Su Majestad - zumbé con un poco de entorpecimiento de borrachera en la voz. No es que el rey lo notara, pero

alguno de los otros sí, y miraron ceñudamente -. Yo soy, por casualidad, un poco entomólogo, yo mismo, si me perdona la expresión, confiando seguir sus reales pasos. Soy aficionado a esto y creo que debería prestársela una mayor atención en Freibur, darle más respeto, diría, y aprovechar más las oportunidades para utilizar los aspectos ventajosos de la forminifira, lepidópteros y todos los demás. La heráldica, por ejemplo, y las banderas, podrían utilizar los aspectos más vistosos de los insectos...

Seguí balbuceando de esta forma durante un rato, mientras que la multitud se impacientaba por la interrupción indeseada. El rey (que no cogía más que una palabra de cada diez) se cansó de asentir después de un rato y su atención comenzó a distraerse. Mi voz se espesaba y se volvía estropajosa, y pude verlos preguntándose cómo librarse del borracho. Cuando la primera tentativa de una mano alcanzó mi codo jugué mi carta de triunfo.

- Debido al interés de Su Majestad - dije, rebuscando en el bolsillo -, conservé cuidadosamente este ejemplar, que traje a través de innumerables años-luz hasta alcanzar su lógico lugar de descanso, la colección de Su Alteza - y sacando la caja de plástico plana, la sostuve bajo su nariz. Con un esfuerzo de parpadeos concentró los acuosos ojos y soltó un ligero sonido entrecortado. Los otros se apelotonaron alrededor y les dejé que durante unos segundos disfrutaran del objeto.

Bueno, era un hermoso bicho, no puedo negar eso. Sin embargo, no había viajado a través de incontables años-luz debido a que yo mismo lo había preparado justo aquella mañana. La mayoría de las partes eran compuestas de otros insectos, con unas pequeñas gomas de plástico, situadas donde la naturaleza me había abandonado. Su cuerpo era tan grande como mi mano, y tenía tres juegos de alas, cada uno de diferente color, y tenla muchas patas por debajo, muy desparejadas, me temo, dado que procedían de una docena de otros insectos, y muchas de ellas las aplasté o las coloqué mal durante la construcción. Algunos toques de detalle, como un impresionante aguijón, tres ojos, una cola en forma de sacacorchos y cosas semejantes no pasaron desapercibidas a mi extasiado auditorio. Había previsto hacer el caparazón de plástico pintado, el cual ocultaba el contenido muy bien y lo insinuaba más bien que lo revelaba.

- Pero usted debe verlo desde más cerca, Alteza - dije, abriendo de un golpe la caja mientras los dos nos tambaleábamos de adelante a atrás. Iba a ser un difícil juego de manos debido a que tenía que sostener la caja con la misma mano que mi copa, dejando la otra mano libre para agarrar la monstruosidad. Lo saqué cogiéndole entre el pulgar y los dedos y el rey se inclinó acercándose, vertiendo en su ansiedad la bebida de su propia copa en todas direcciones. Apreté sólo un poco con el pulgar al bicho, y éste saltó hacia adelante, como si estuviera vivo, y se sumergió en la copa del rey.

- ¡Sálvelo! ¡Sálvelo! - grité -. ¡Es un ejemplar valioso! - metí los dedos en la copa buscándolo una y otra vez. Algo de la bebida salpicó fuera, manchando la bocamanga dorada. Se produjo un sonido entrecortado y se oyeron voces furiosas. Alguien me empujó con fuerza por el hombro.

- ¡Aparte a sus bribones ladrones de títulos! - grité, y me aparté bruscamente. El insecto ahogado salió volando de mis dedos y aterrizó sobre el pecho de rey, de donde cayó lentamente sobre el suelo, sembrando alas, patas y otras partes por el camino. Debí haber utilizado una goma muy inferior. Cuando salté para agarrar el cadáver que caía, el vaso olvidado de mi otra

mano se aplastó rojo y pegajoso sobre la guerrera del rey. Un rugido de furia se elevó de entre la multitud.

Tengo que decir una cosa en favor del rey; lo tomó bien, permaneció allí, bamboleándose como un árbol en la tempestad, pero sin proferir otra protesta que decir murmurando: «Oiga... Oiga...» unas pocas veces. Ni incluso cuando le limpié el vino con mi pañuelo, pisándole los dedos de los pies por accidente debido a que la multitud de detrás me comprimía demasiado. Uno de ellos dio un fuerte tirón a mi brazo y luego lo soltó cuando me sacudí. Mi brazo fue a chocar contra el noble pecho de Villelm IX y su real placa saltó al suelo para aumentar la diversión.

También fue divertido cuando los viejos se apartaron. La nobleza joven saltó en defensa de Su Majestad y les di algunas lecciones sobre lucha de barullo, que había aprendido en muchos planetas. Ellos aumentaron en energía, pero carecían de técnica, y tuvimos unos revolcones realmente buenos. Las mujeres gritaban, los hombres fuertes maldecían y el rey fue sacado de la riña. Después de eso las cosas se pusieron feas y yo también. No podría reprochárselo, pero aquello no me impidió el que diera justo tanto como recibía.

El último recuerdo fue cómo un cierto número de ellos me sostenían mientras otros me golpeaban. Les golpeé en la cara con el zapato de mi pierna libre, pero agarraron también ésta, y una vez reemplazado el que me golpeaba perdí el conocimiento.

XV

Tan salvaje como había sido mi comportamiento, y sin embargo los carceleros persistían en tratarme de la forma más correcta. Refunfuñaba por esto y les hacía el trabajo tan duro como fuera posible. No había entrado voluntariamente en prisión a fin de ganar un concurso de popularidad. Al utilizar todos aquellos trucos con el viejo rey había sido arriesgado. Lése-majesté es el tipo de crimen que usualmente se castiga con la muerte. Felizmente las influencias civilizadoras de la Liga habían penetrado en las oscuridades de Freibur y los nativos ahora se mataban por mostrarme cuán respetuosos de la ley eran. Cuando me trajeron una comida la comí, luego destrocé los platos para demostrar mi desprecio por esta detención ilegal.

Éste era el cebo. Los rasguños que había sufrido serían un precio bastante bajo a pagar si mi intento de publicidad compensaba en los lugares adecuados. Sin lugar a dudas, se me discutía. Una figura de vergüenza, un traidor para mi clase. Un hombre violento en un mundo pacífico, y belicoso e inflexible y todo lo demás. En resumen, eran todas las cosas que un buen freiburiano detestaba, y la clase de hombre en que Angelina debería tener un gran interés...

A pesar de su reciente pasado sanguinario, Freibur estaba lastimosamente escaso de potencialidad humana de hombres arrojados. No en los niveles más bajos, naturalmente; los tabernuchos de junto a los puertos estaban atiborrados de monos musculosos de cerebros diminutos. Angelina podría reclutar todos los que ella necesitara. Pero una partida de brazos fuertes solos no le podrían proporcionar a ella una victoria. Necesitaba aliados y ayuda de la nobleza, y por lo que yo había visto esta clase de talentos escaseaban. En mi forma indirecta había mostrado todos los rasgos en los que ella pudiera estar

interesada, haciéndolo de tal forma que no pudiera saber que el espectáculo había sido preparado solamente para ella. La trampa estaba abierta, todo lo que ella tenía que hacer era entrar.

Rechinó el metal cuando el llavero de la cárcel golpeó contra la puerta.

- Tiene visitantes, Grav Dibstall - dijo abriendo las rejas interiores.

- ¡Dígales que se vayan al infierno! - grité. - No hay nadie en este sarnoso pueblo a quien desee ver.

Sin prestar ninguna atención a mi demanda, introdujo con una reverencia al director de la prisión y a un par de tipos antiguos vestidos con ropas negras y de aspecto severo. Hice lo más que pude por desafiarles. Luego, el más flaco abrió una cartera que llevaba y lentamente sacó unas hojas de papel con la punta de sus dedos.

- No firmaré ninguna nota de suicidio, de forma que me pueden asesinar mientras duermo - refunfuñé. Esto le sorprendió un poco, pero trató de no darse por enterado.

- ¡Eso es una sugerencia injusta! - salmodió solemnemente -. Soy el procurador real y jamás perdonaría una acción semejante. - Los tres asintieron juntos, como si fueran movidos por la misma cuerda, y el efecto era tan constrictivo que casi asentí yo mismo.

- No me suicidaré voluntariamente - dije con voz ronca para romper el hechizo del acuerdo -. Y esto será lo último que sea dicho sobre el tema.

El procurador real había deambulado por los tribunales suficiente tiempo como para no ser desbancado por este tipo de desviación. Tosió, hizo sonar los papeles y volvió de nuevo a los puntos de partida.

- Hay cierto número de delitos de los que podría acusársele, joven - susurró con una expresión intensamente sombría adornándole el rostro. Yo bostecé sin conmoverme - Confío que no tendrá que hacerse - prosiguió - dado que solamente causaría daño a todos los que atañe. El rey mismo no desea que esto ocurra, y a decir verdad ha presionado en mí su vivo deseo de que este asunto termine de forma silenciosa. Su deseo de paz ha prevalecido sobre todos nosotros, y estoy ahora aquí para poner su deseo en acción. Si usted quiere firmar esta excusa, se le situará a bordo de una nave estelar que parte esta noche. El asunto estará terminado.

- Tratando de librarse de mí para ocultar a sus vocingleros borrachos de palacio - me burlé. La cara del procurador se enrojeció, pero controló sus impulsos con un magnífico esfuerzo. Si ellos me arrojaban del planeta estaba perdido.

- ¡Ahora está insultante, señor! - refunfuñó. - Usted no está libre de culpa en este asunto, recuerde. Le recomiendo encarecidamente que acepte la benignidad del rey en este caso trágico y firme la disculpa - me entregó el papel y yo lo rasgué en pedazos.

- ¿Disculparme? ¡Nunca! - les grité -. Yo solamente estaba defendiendo mi honor contra sus patanes borrachos y nobleza ladrona, descendientes todos de ladrones que robaron todos los títulos que en justicia correspondían a mi familia.

Entonces se marcharon, y el director de la prisión fue el único joven y lo suficientemente fuerte para que yo ayudase en su marcha con la punta de mi zapato en el lugar adecuado. Todo estaba como debería estar. La puerta se cerró sonoramente tras ellos, sobre el rebelde, pendenciero y belicoso hijo del suelo de Freibur. Habla preparado las cosas perfectamente para atraerme la

atención de Angelina. Pero al menos que ella se sintiera interesada pronto en mí, se me presentaba una buena posibilidad de pasar el resto de mis días detrás de estas feas paredes.

El esperar siempre ha sido malo para mis nervios. Soy un pensador durante los momentos de paz, pero la mayoría del tiempo soy un hombre de acción. Es una cosa el preparar un plan y el lanzarse intrépidamente a él. Y otra cosa totalmente diferente es permanecer sentado en una gusarapienta celda de una prisión pensando si el plan ha resultado o si tiene un eslabón débil en la cadena de razonamientos.

¿Debería escapar de esta sofocante habitación? Eso no debería ser muy difícil de hacer, pero mejor lo guardaba como último recurso. Una vez fuera habría de permanecer escondido y no habría posibilidades de que ella se pusiera en contacto conmigo. Esa era la razón por la que continué mordiéndome las uñas. El próximo movimiento le correspondía a Angelina, todo lo que podía hacer era esperar. Yo sólo confiaba que llegara a las conclusiones correctas a partir de toda la violenta evidencia que yo había proporcionado.

Después de una semana estaba loco de inquietud. El procurador real no volvió nunca más y no se hablaba nada de juicio o de sentencia. Me había presentado a ellos como un problema molesto, y deberían haber estado restregándose impotentes las cabezas por causa de ello, confiando en que yo me largaría. Casi lo hice. El marcharme de esta prisión habría sido la facilidad misma. Pero estaba esperando un mensaje de mi amor fatal. Jugué con las posibilidades de las cosas que ella podría hacer. ¿Tal vez hacer presión sobre el tribunal para libertarme? ¿O pasar de contrabando una lima y una nota para ver si era capaz de librarme por mí solo? Esta segunda posibilidad parecía mucho más cierta, y yo trituraba el pan cada vez que venía, para ver si habían cocido algo dentro. No había nada.

Al octavo día Angelina actuó, en el más puro de sus estilos. Era por la noche, pero algo raro me despertó. El escuchar no me dio ningún resultado, de forma que me deslicé hasta la abertura enrejada de la puerta y vi el más atractivo espectáculo al final del pasillo. El guardián nocturno estaba extendido sobre el suelo y una figura burdamente enmascarada, y vestida completamente de negro, se erguía sobre él con una cachiporra en su mano carnosa. Otro extraño, vestido como el primero, se acercó y arrastraron al guardián a lo largo del vestíbulo hacia mí. Uno de ellos escudriñó dentro de su cartera y sacó un trozo de tela roja, que puso entre los fláccidos dedos del guarda. Luego se volvieron hacia mi celda y retrocedí fuera de vista, subiéndome sin ruido a la cama.

Una llave rechinó en la cerradura y se encendieron las luces. Me senté parpadeando en la cama, ofreciendo una buena imitación de un hombre que despierta.

- ¿Quién está ahí? ¿Qué desean? - pregunté.

- Arriba rápidamente y vístase, Diebstall. Va a salir de aquí.

Era el primero de los asesinos que había visto, con el quitapenas todavía colgándole de su mano. Afirmé la mandíbula un poco y luego salté fuera de la cama con mi espalda vuelta a la pared.

- ¡Asesinos! - siseé -. ¿De forma que esa es la brillante idea del vil rey Villy, no es verdad? ¿Ponerme una cuerda en torno de mi cuello y luego jurar que me colgué yo mismo? Bueno, adelante... ¡pero no crean que será fácil!

- ¡No sea idiota! - susurró el hombre -. Y cierre esa bocaza. Estamos aquí para sacarle. Somos amigos - otros dos hombres, vestidos de la misma forma, entraron por detrás de él, y vislumbré uno más en el vestíbulo.

- ¡Amigos! - grité -. ¡Asesinos es lo que son! Pagarán caro por este crimen.

El cuarto hombre, todavía en el vestíbulo, susurró algo y ellos cargaron contra mí. Deseaba ver mejor al jefe. Era un hombre pequeño... si es que era un hombre. Sus ropas eran sueltas y gruesas, y llevaba una media que le enmascaraba toda su cabeza. Angelina sería aproximadamente de aquella estatura. Pero antes de que pudiera echarle un vistazo mejor, los asesinos estaban sobre mí. Le di una patada a uno en el estómago y se apartó doblándose, esta era una pelea estilo taberna y ellos llevaban las ventajas. Sin zapatos o un arma no tenía una posibilidad, y ellos no temían utilizar sus rompecabezas. Me fue difícil no sonreír de triunfo cuando me dominaron. Sólo a la fuerza permití que me arrastraran al lugar donde yo deseaba ir.

XVI

Como los golpes en la cabeza solamente me dejaran semiinconsciente, uno de ellos rompió una cápsula soporífera debajo de mi nariz y esto fue suficiente por un rato. De forma que, naturalmente, no tuve idea de a qué distancia fuimos a donde estaba en Freibur. Debieron de haberme dado un antídoto, porque la próxima cosa que vi fue un tipo huesudo, con una jeringuilla de inyecciones en la mano. Me estaba levantando los párpados para mirar y le aparté la mano.

- Van a torturarme antes de matarme, ¡cerdo! - dije recordando el papel que tenía que representar.

- No se preocupe por eso - dijo una voz profunda detrás de mí -. Está entre amigos. Gente que puede comprender su irritación con el presente régimen.

Su voz no se parecía mucho a la de Angelina. Ni tampoco su fornido propietario de rostro amargo. El médico se deslizó fuera y nos dejó solos, y yo me pregunté si el plan había dado en otro sitio. El mandíbula de hierro con ojos espumosos tenía un aspecto familiar... lo reconocí como uno de los nobles freiburianos. Recordaba de memoria al grupo, y al mirar esta fea cara me valió de clase mnemotécnica. Un enano pintado de rojo brillante.

- Rdenrundt... El conde de Rdenrundt... - dije, tratando de recordar qué más había leído sobre él -. Podría creer que me estaba diciendo la verdad si usted no fuera primo carnal de Su Alteza. Encuentro difícil el considerar que usted pueda arrebatar a un hombre su prisión real en su propio beneficio...

- No tiene importancia lo que usted crea - repuso furiosamente. Tenía poco aguante y le llevó algún tiempo volver a controlar el genio -. Villelm puede ser mi primo... lo que no quiere decir que yo piense que sea el regente perfecto de nuestro planeta. Usted habló mucho sobre sus reclamaciones a las altas esferas y del hecho de que había sido despojado. ¿Lo pensaba? ¿O es usted simplemente otro charlatán de salón? Piénselo primero antes de contestar... puede estar comprometiéndose. Podría haber otras personas que piensan como usted, que va a cambiar el viento.

Impulsivo, entusiasta, ése era yo. Amigo leal y mortal enemigo y todo valor cuando tocaban a pelear. Saltando hacia adelante le agarré la mano y le sacudí.

- Si usted está diciendo la verdad, entonces tiene a un hombre a su lado que llegará hasta el final. Si está mintiéndome y éste es algún truco del rey... bueno, entonces, conde, esté dispuesto a luchar.

- No hay necesidad de luchar - dijo sacando la mano con alguna dificultad de mi garra - Al menos entre nosotros. Tenemos un camino difícil por delante, y debemos aprender a confiar los unos en los otros - hizo crujir los nudillos y miró sombríamente por la ventana -. Sinceramente, confío que podré confiar en usted. Freibur es un mundo muy diferente al que nuestros antepasados gobernaron. La Liga ha minado el afán de lucha de nuestro pueblo. No hay nadie realmente en quien pueda confiar.

- No está mal el puñado de personas que me sacó de la celda. Parecían hacer el trabajo lo suficientemente bien.

- ¡Músculos! - escupió, y oprimió un botón sobre el brazo de su sillón -. Asesinos con cabezas duras como piedras. Puedo contratar todos los que necesite de ésos. Lo que preciso son hombres que puedan dirigir... Ayudarme a dirigir a Freibur a su justo futuro.

No mencioné al hombre que conducía el músculo la noche previa, la que había permanecido en el corredor. Si Rdenrundt no iba a hablar sobre Angelina, yo ciertamente no podía sacar el tema. Dado que él quería cerebros, no fuerza, decidí ofrecerle un poco.

- ¿Concibió usted lo del jirón de tela de uniforme dejado en la mano del guarda en la prisión? Eso fue un buen detalle.

Sus ojos se habían estrechado un poco cuando se volvió a mirarme.

- Es usted muy observador, Bent - comentó.

- Cuestión de entrenamiento - le repuse, tratando de ser a la vez modesto y seguro -. Allí estaba aquel pedazo de tela roja con un botón en la mano del guarda, como algo que hubiera agarrado en una pelea. Sin embargo, todos los hombres que vi estaban vestidos solamente de negro. Tal vez un poco de falsa información...

- Con cada momento que pasa me siento más feliz de que se nos haya unido - dijo, y me mostró todos sus mellados dientes en una expresión que debió haber pensado que era una sonrisa -. Los hombres del viejo duque usan una librea roja, como usted sabe sin duda...

- ...y el viejo duque es el más fuerte soporte de Villelm IX - terminé por él -. No dañaría lo más mínimo si tuviera un ocaso junto al rey.

- Ni lo más mínimo - me hizo el eco Rdenrundt, y de nuevo me mostró todos sus dientes. Estaba comenzando a aborrecerle intensamente. Si éste era el hombre que Angelina había elegido para su operación, entonces, indudablemente era el mejor para el trabajo de todos los del planeta. Pero era un engreído zoquete, con escasamente la suficiente inteligencia para apreciar las ideas que Angelina le suministraba. Sin embargo, me imagino que tenía el dinero y el titulo... y la ambición..., combinación que era lo que ella necesitaba. Una vez más me pregunté dónde estaba.

Algo entró a través de la puerta y yo retrocedí, creyendo que la guerra estaba encima. Solamente era un robot, pero produjo tal cantidad de silbidos y crujidos que yo me pregunté qué era lo que le funcionaba mal. El conde pidió a la horrible cosa que acercase el bar, y cuando se volvió para alejarse vi lo que solamente habría sido descrito como una chimenea, que salía de detrás de un hombre. Había un claro olor a humo de carbón en el aire.

- ¿Quema carbón ese robot? - gorgoteé.

- Lo quema - dijo el conde, sirviéndonos un par de tragos -. Es un ejemplo perfecto de lo que va mal en la economía freiburiana bajo el gracioso reinado de Villelm el Incompetente. ¡No vio ningún robot como éste en la capital!

- Creo que no - tartamudeé, mirando fijamente con los ojos espantados al escape de vapor que salía de la cosa y a las manchas de óxido y carbón sobre las placas -. Naturalmente que he estado fuera mucho tiempo... las cosas cambian...

- ¡No cambian lo suficientemente rápido! Y no actúe conmigo como un erudito de la galaxia, Diebstall. He estado en Misteldross y he visto cómo viven los rúbeos. No tenéis robots en absoluto... y mucho menos una contracción como ésta - pateó a la cosa con súbita rabia y ésta se tambaleó un poco, lo que hizo que las válvulas resonaran al abrirse mientras el vapor entraba en los pistones de las piernas para enderezarlas -. Hará doscientos años el próximo día de Grundlov que hemos entrado en la Liga, nos extrajeron hasta el jugo y nos pacificaron... ¿Y para qué? Para proveer de lujos al rey de Freiburbad. Mientras que aquí recibíamos una miserable partida de unos pocos cerebros de robot y algunos circuitos de control. Tuvimos que construir el resto de estos monstruos ineficientes nosotros mismos. ¡Y en esos parajes de donde usted viene creen que robot es una forma de escritura incorrecta de un barco que marcha por medio de remos!

Vació su vaso y yo no intenté el explicarle los sistemas económicos del comercio de la galaxia, prestigio de los planetas o los múltiples niveles de intercomunicaciones. Este planeta perdido había estado separado de la corriente principal de la cultura de la galaxia durante quizás un millar de años, hasta que se restableció el contacto después de la caída. Se les devolvió suave y gradualmente a la cultura, sin ninguna violenta repercusión que pudiera alterar el proceso. Lo cierto es que podrían ser transportados aquí mañana un montón de robots. ¿Es que le vendría bien eso a la economía? Ciertamente era mucho mejor importar las unidades de control y dejar que los nativos construyeran las cosas por sí mismos. Si no les gustaba el producto final podrían mejorar el diseño, en vez de quejarse.

El conde, naturalmente, no lo veía desde este punto de vista. Angelina había hecho un hermoso trabajo al jugar con sus prejuicios y deseos. Todavía seguía mirando fijamente al robot cuando se inclinó hacia adelante y de pronto golpeó sobre el dial que llevaba a un lado éste.

- ¡Mire esto! - gritó -. ¡Está sólo a ocho libras de presión! La próxima noticia que tenga será que este trasto caiga de cara y se queme hasta reducir todo a cenizas. Atiza el fuego, tú, idiota. ¡Atiza el fuego!

Un par de relés se cerraron dentro de la contracción y el robot rechinó y posó la bandeja de vasos. Yo me bebí un trago muy largo de mi bebida mientras disfrutaba con la escena. Avanzando ruidosamente hacia la chimenea... a un paso más lento, ahora tengo que admitir... abrió una portezuela en su estómago, de donde brotaron llamas. Utilizando una pala del carbón metió en la cubeta una buena porción de antracita y cerró de nuevo, sonoramente, la puerta del horno. Una espesa nube de humo negro salió por la chimenea. Al menos estaba habituado a la casa y no sacudió las cenizas de su parrilla aquí.

- ¡Fuera, maldito sea, fuera! - gritó el conde, al mismo tiempo que tosía. El humo era un poco espeso. Yo me serví otro trago y juzgué justo entonces que me iba a agradar Rdenrundt.

Me hubiera agradado mucho más si pudiera haber encontrado a Angelina. Todo este asunto llevaba todas las señales de su ligero toque, sin embargo ella no aparecía a la vista en ninguna parte. Fui llevado a una habitación donde me presentaron algunos de los oficiales del Estado Mayor del conde. Uno de ellos, Kurt, un joven de noble linaje pero sin dinero, me mostró los terrenos de los alrededores. El lugar era un cruce entre un castillo feudal y una pequeña ciudad, con una alta muralla que le separaba de la ciudad propiamente dicha. Allí no parecían verse señales evidentes de los planes del conde, si exceptuamos el número de criados armados que haraganeaban por allí y practicaban desinteresadamente en los campos de tiro. Todo parecía demasiado pacífico para ser verdad... Sin embargo, yo había sido traído aquí.

Aquello no había sido una casualidad. Intenté hacerle algunas preguntas un poco delicadas y Kurt fue franco con sus respuestas. Como muchos de los nobles de lugares apartados, tenía resentimientos contra las autoridades centrales, aunque naturalmente él nunca habría llegado a hacer algo por sí mismo sobre esto. Había sido reclutado de alguna forma y estaba dispuesto a seguir adelante con los planes, todos los cuales le eran muy vagos. Dudo incluso si él hubiera visto en su vida un cadáver. El que me estaba diciendo la verdad en todo fue evidente, cuando le cogí en la primera mentira.

Pasaron algunas mujeres y doblamos una rodilla; Kurt me facilitó la explicación de que eran las esposas de otros dos oficiales.

- ¿Y está usted también casado? - pregunté.

- No. Nunca tuve tiempo de hacerlo, me imagino. Ahora creo que es demasiado tarde, al menos por una temporada. Cuando se haya acabado todo este asunto y la vida sea un poco más pacífica aquí habrá mucho tiempo para tomar estado.

- Cuánta razón tiene - me mostré de acuerdo -. ¿Y el conde? ¿Está casado? He estado tantos años fuera que es difícil el acordarse de esa clase de cosas: esposa, hijos, etcétera - sin que se notara mucho lo estaba observando cuando pregunté esto, y tuvo un pequeño sobresalto.

- Bueno... sí, diría usted. Quiero decir que el conde estuvo casado, pero hubo un accidente; ahora no lo está... - su voz fue disminuyendo y me llamó la atención sobre otras cosas, feliz de dejar el tema.

Ahora bien, siempre hay una cosa que señala el rastro de Angelina, y es un cadáver o dos. No hacía falta una gran inspiración para relacionarla con la muerte «accidental» de la esposa del conde. Si la muerte hubiera sido natural, Kurt no habría tenido miedo de hablar de ella. No mencionó el tema de nuevo y yo no hice ningún intento para forzarlo. Tenía mi pista. Angelina podría no estar a la vista... pero su huella estaba en torno mío por todas partes. Ahora sólo era cuestión de tiempo. Tan pronto como pudiera me libraría de Kurt y daría caza a los matones que me habían sacado de la celda. Les pagaría unas bebidas para asegurarles que no les guardaba rencor por la paliza que me dieron. Ellos me llevarían directamente al hombre que les mandaba.

Angelina actuó primero. Uno de los robots quemadores de carbón vino con silbidos y rechineos a traer un mensaje. Al conde le gustaría verme. Me alisé el pelo, me arreglé la camisa y me dispuse para el trabajo.

Me alegré de ver que el conde era un bebedor invariable y solitario durante el día. Además, tenía muy poco tabaco en su cigarrillo, y el humo dulce llenaba la habitación. Todo esto significaba que estaba dispuesto para una muerte temprana, y yo no figuraría entre los que le lloraran. Nada de esto apareció en

mi expresión o actitud, naturalmente, yo era todo ojos brillantes y absoluta atención.

- ¿Ya es la acción, señor? ¿Es por eso por lo que mandó llamar? - pregunté

- Siéntese, siéntese - murmuró, haciéndome señales hacia una silla. - Cálmese. ¿Quiere un cigarrillo? - empujó la caja hacia mí y yo miré los delgados cilindros con desagrado.

- No hoy, señor. Voy a dejar de fumar durante una temporada. Para agudizar la vista cansada y mantener flexible para la acción el dedo del gatillo.

La mente del conde estaba ocupada en alguna otra parte y dudo que hubiera oído una palabra de lo que dije. Masticó con gesto ausente por dentro de una mejilla mientras me miraba de arriba a abajo. Por fin llegó a una decisión final a través de su semibrumoso cerebro.

- ¿Qué conoce usted sobre la familia Radebrechen? - me preguntó, lo cual era la pregunta más rara que me han hecho en mi vida.

- Absolutamente nada - respondí con toda sinceridad -. ¿Tenía que saberlo?

- No... No... - respondió. Y volvió a mordisquear su cigarrillo. Me estaba acalorando sólo por respirar el aire de la habitación y me preguntaba qué era lo que él sentía.

- Venga conmigo - dijo, empujando hacia atrás su silla y casi cayendo encima. Caminamos a lo largo de la gran cantidad de pasillos adentrándonos en el edificio, hasta que llegamos a una puerta que no se diferenciaba de las que habíamos pasado mas que en que ésta tenía un guarda delante... un tipo moreno, de aspecto rudo, con los brazos cruzados accidentalmente. Lo suficientemente accidental como para dejar los dedos colgar sobre la empuñadura de la pistola. No se movió cuando nos acercamos.

- Está bien - dijo el Duque de Rdenrundt, con lo que yo juraría era un tono brusco -. Viene conmigo.

- De todas formas tengo que registrarle - dijo el guarda -. Ordenes.

Más que interesante. ¿Quién daba las órdenes que el Conde no podía cambiar... en su propio castillo? Como si yo no supiera. Y reconocí la voz del guarda; era uno de los hombres que me habían sacado de la ceda de la prisión. Me registró rápida y eficientemente, luego se apartó a un lado. El conde abrió la puerta y yo le seguí tratando de no pisarle los talones.

Una de las cosas que tiene la realidad es que es muy superior a la fantasía. Tenía todas las razones para creer que Angelina estaba allí, y sin embargo todavía fue una saludable sorpresa el encontrarla sentada junto a la mesa. Una especie de descarga eléctrica me recorrió la espina dorsal hasta las raíces de los cabellos. Este era el momento por el que había esperado durante tanto tiempo. Me costó un gran trabajo el tranquilizarme y parecer indiferente. Al menos tan indiferente como un hombre joven y sano puede estarlo delante de una atractiva carrocería femenina.

Naturalmente que esta china no se parecía mucho a Angelina. Sin embargo yo no tenía la menor duda. El rostro había cambiado, así como el color del pelo. Y aunque la cara era nueva, aún conservaba la dulce calidad angelical de la antigua. Su figura era muy semejante a la que yo podía recordar con, si acaso, algunas ligeras mejoras. Lo suyo era un cambio superficial, sin ningún intento de ser tan completo como el que yo había llevado a cabo.

- Este es el Grav Bent Diebstall - dijo el Conde, fijando en ella sus pequeños ojos ardientes y brumosos -. El hombre que quería ver, Ángela.

De forma que ella continuaba siendo un ángel, aunque bajo otro nombre diferente. Aquello era una mala costumbre que había que cuidar, sólo que no iba a decírselo. Muchísima gente ha sido atrapada por utilizar un alias demasiado similar al viejo.

- Gracias, Cassitor - dijo. ¡Realmente Cassitor! Yo me sentiría desgraciado si tuviera que ir por la vida con un nombre como Cassitor Rdenrundt. - Fue muy amable por su parte el que me trajera aquí a Grav Bent - añadió con el mismo tono de ligero de voz.

Cassi debía haber esperado un recibimiento más caluroso porque permaneció primero sobre un pie y luego sobre otro y murmuró algo que ninguno de nosotros oyó. Pero la bienvenida de Angelina Ángela se mantuvo a la misma temperatura, o quizás descendió un grado o dos mientras ordenaba algunos papeles sobre la mesa que tenía delante de ella. Incluso a través de su sopor el Conde se dio cuenta y murmuró algo para sí que yo estuve casi completamente seguro que era una de las palabras más breves y poco sonantes del dialecto local. Quedamos solos.

- ¿Por qué contó todas esas mentiras acerca de haber estado en la Guardia Estelar? - preguntó en voz baja, ocupada aún aparentemente con sus papeles. Esta era mi oportunidad para sonreír sardónicamente, y sacudir algo de polvo imaginario de mi manga.

- Bueno, ciertamente no poda contar a todas esas encantadoras personas lo que realmente he estado haciendo todos estos años que he estado fuera, ¿no es verdad? - respondí con total franqueza.

- ¿Qué estuvo haciendo, Bent? - preguntó, y no había ninguna traza de emoción en su voz.

- Eso realmente es cosa mía - repuse, haciendo juego mi tono indiferente con el suyo -. Y mientras que nos estamos haciendo preguntas me gustaría saber quién es usted y cómo da la impresión de que se le da más importancia que al gran Conde Cassitor. - Yo soy bueno para representar esta clase de juegos de adivinanzas. Pero Angy era igualmente buena para llevar la conversación a sus propios terrenos.

- Dado que yo estoy aquí en una posición más fuerte, creo que considerará más prudente el contestar a mis preguntas. No tema sorprenderme. Se sorprendería de las cosas que conozco.

No, Angélica, cariño, yo no me sorprendería en absoluto. Pero no podía decirlo todo sin un poco de resistencia.

- Usted es la que está detrás de esta idea de revolución, ¿no es verdad? - dije como aclaración, no como pregunta.

- Sí - repuso, dejando sus cartas sobre la mesa de forma que pudiera ver las mías.

- Bueno, entonces sí tiene que saberlo - dije - estuve haciendo contrabando. Es una ocupación muy interesante. Si da la casualidad que uno sabe qué es lo que hay que llevar y a dónde. Durante cierto número de años descubrí que era un negocio de lo más lucrativo. Finalmente algunos gobiernos consideraron que les estaba haciendo una competencia desleal, dado que eran los únicos a quien les era permitido engañar al público. Se me presionó para que retornara a mi flemática tierra natal durante un período de descanso.

Mi Ángel no se tragaba ningún paquete cerrado y me dirigió toda una serie de exhaustivas preguntas sobre mi carrera de contrabandista que demostraban que tenía algo más que un conocimiento superficial. Naturalmente que no tuve

dificultad en contestar a sus preguntas dado que en mis tiempos había obtenido más de un megacrédito de esta forma ilegal. La única cosa que temía es que pareciera demasiado bueno, de forma que describí una carrera de éxitos de un operador aún joven y no muy profesional. Durante todo el tiempo que estuve hablando traté de vivir el papel y creer todo lo que estaba diciendo. Este era un momento crucial en el que debía no dejar caer ningún rasgo o modismo que pudiera traerle a la memoria a Slippery Jim diGriz. Tenía que ser un punto de la localidad que había actuado bien y estaba todavía en camino ascendente en el universo.

Tengan en cuenta... nuestra conversación era casi casual, y llevada a cabo en una atmósfera de tomar tragos y encender cigarrillos, todo ello con la intención de que me relajara lo suficiente para que cometiera algunos patinazos. Los cometí, naturalmente, dejando caer una mentira o dos sobre mis éxitos que ella descubriría y atribuiría a mi entusiasmo juvenil. Cuando la charla decayó traté de hacer yo algunas preguntas.

- ¿Le importaría decirme qué tiene que ver con usted una familia llamada Radebrechen?

- ¿Qué le hace preguntar eso? - preguntó a su vez con calma y fríamente.

- Su sonriente amigo Cassitor Rdenrundt me preguntó sobre ellos antes de que viniéramos aquí. Le dije que no sabía nada. ¿Qué relación tiene con usted?

- Desean matarme - reparó.

- Eso seria una vergüenza... y una pérdida - le repuse en mi mejor y fascinante sonrisa, pero ella no le prestó atención -. ¿Qué puedo hacer respecto a eso? - pregunté, volviendo a los negocios, dado que no parecía estar interesada en mis atractivos masculinos.

- Quiero que sea mi guarda personal - dijo, y cuando sonreí y abrí la boca para hablar, prosiguió - y por favor, evite observaciones sobre cómo es el cuerpo que le gustaría guardar. Ya recibo bastantes de Cassitor.

- Todo lo que deseaba decir era que acepto el puesto - lo cual era una gran mentira, ya que había tenido en la mente una frase similar. Era difícil mantenerse por delante de Angelina y yo no debía de relajarme un instante, me recordó a mí mismo -. Sencillamente digamos más sobre la gente que está dispuesta a matarla.

- Parece que el Conde Rdenrundt estaba casado - dijo Ángel delicias jugando con su vaso de forma sencilla y femenina -. Su esposa se suicidó de una forma muy estúpida y comprometedora. Su familia... que son, naturalmente, los Radebrechen... creen que yo la maté, y desean vengar su supuesto asesinato matándome a su vez. Parece ser que en esta perdida esquina de Freibur la vendetta aún se mantiene, y esta familia de imbéciles ricos aún se apunta a ella.

Inmediatamente el cuadro se fue aclarando. El Conde Rdenrundt (un oportunista nato) ayudó a sus nobles fortunas casándose con una hija de esta familia. Esto debió de haber resultado bastante bien hasta que se presentó Angelina. Entonces la esposa sobrante se metió por el medio, e ignorante de esta encantadora costumbre local, del asesinato en venganza, Angelina había eliminado la piedra que le estorbaba. Algo no había ido bien... Probablemente el Conde hiciera alguna chapucería, a juzgar por el aspecto del hombre... y ahora la vendetta estaba en pie. Y mi Ángel deseaba que interpusiera mi endeble carne entre ella y los asesinos. Aparentemente estaba encontrando

este planeta retrasado más de lo que hubiera querido. Ahora había llegado la ocasión para que me mostrara atrevido.

- ¿Fue suicidio? - pregunté -. ¿O la mató usted?

- Sí, la maté - dijo. El forcejeo se había acabado. A mí me tocaba tomar una decisión.

XVII

¿Qué me quedaba por hacer? Yo no había llegado tan lejos, ni me hubiera disparado, golpeado en la cabeza y recibido una paliza sólo para arrestarla. Quiero decir que iba a arrestarla, naturalmente, pero que era casi imposible en el centro de la fortaleza del Conde. Además de eso, deseaba descubrir un poco más sobre la proyectada insurrección, dado que esto entraría ciertamente dentro de la jurisdicción de los Cuerpos Especiales. Si iba a reengancharme mejor llevaría conmigo unos pocos trofeos para demostrar mis buenas intenciones.

De todas formas... yo no estaba tan seguro de que deseara reengancharme. Era un poco duro olvidar aquella carga explosiva que habían tratado de hacer volar debajo de mí. Todo el asunto no era tan fácil. Había muchas cosas complicadas en esto. Un hecho era que yo disfrutaba con Angelina y la mayoría del tiempo que estaba con ella olvidaba aquellos cuerpos que flotaban en el espacio. Los recordaba por la noche y me remordía la conciencia, pero siempre estaba cansado y deseaba dormirme rápidamente antes de que pudieran entrar a molestarme.

La vida era un sendero de rosas, y también yo podría disfrutarla antes de que florecieran las espinas. El observar a Angelady trabajando era un placer claro, y si me pone de espaldas a la pared y me hacen jurar, estaría forzado a admitir que había aprendido una o dos cosas de ella. Estaba sola organizando una revolución en un planeta pacífico... y existían todas las posibilidades de que tuviera éxito. Dentro de lo limitado de mis posibilidades, ayudaba. Las pocas veces que ella me mencionaba un problema, tenía una respuesta dispuesta y en todos los casos siguió mis sugerencias. Naturalmente, yo nunca había derribado gobiernos antes, pero existen leyes básicas en el crimen, como en cualquier otra cosa, y sólo es cuestión de aplicarlas. Esto no ocurría a menudo. La mayor parte del tiempo durante aquellas pocas semanas fui un simple guardaespaldas, manteniendo la vista atenta en los asesinos. Esta posición tenía un cierto ángulo irónico que me complacía enormemente.

Sin embargo, había una serpiente en nuestro pequeño Edén de insurrección, y su nombre era Rdenrundt. Nunca oía mucho, pero por una palabra cogida aquí y allá comencé a comprender que el Conde no estaba realmente hecho para ser un revolucionario. Cuando más se acercaba el día, más pálido se ponía. Sus pequeños vicios físicos comenzaron a amontonarse, y un día se pusieron de manifiesto.

Angelegant y el Conde estaban en una reunión de negocios y yo me senté en la antecámara, fuera. Siempre que podía escuchaba detrás de las puertas desvergonzadamente, y esta vez me las había arreglado para dejar en la puerta abierta una ranura, después de que la conduje a la habitación. Con unas cuidadosas manipulaciones con el pie la abrí un poco hasta que pude oír el murmullo de sus voces. La discusión iba en aumento encantadoramente...

había muchos temas... y podía coger una palabra aquí y allá. El Conde estaba gritando y era evidente que él no iba a ceder en algún simple, aunque necesario, asunto de chantaje para que la causa avanzara. Luego su tono cambió y bajó la voz de forma que no pude oír sus palabras, aunque me esforcé todo lo que pude. Tenía en la voz una marrullería de sacarina y de quejido, y la respuesta de Angelina era lo suficientemente evidente. Un claro y rotundo no. Su berrido hizo que me pusiera en pie.

¿Por qué? ¡Ahora siempre es no y ya he tenido bastante de eso!

Se oyó un ruido de rasgar ropa y algo cayó sobre el suelo y se rompió. De un solo salto había pasado la puerta. Durante un breve instante percibí de una rápida ojeada un cuadro de lucha, mientras él la sujetaba. El vestido de Angelina está roto en un hombro y las manos de él se hundían en los brazos de ella como garras. Cogiendo mi pistola me adelanté corriendo.

Angelina fue un poco más rápida. Cogió una botella de encima de una mesa y le golpeó con ella, en uno de los lados de su cabeza, con limpia eficiencia. El Conde cayó como si hubiera sido alcanzado por un rayo. Ella estaba ya recogiendo su blusa rota cuando me acerqué rugiendo.

- Aparta la pistola, Bent... se acabó - dijo con voz calmada. Así lo hice, pero solamente después de asegurarme que el Conde estaba realmente sin conocimiento, confiando que pudiera ser necesario un capote extra. Pero ella había hecho un buen trabajo. Cuando me levanté, Angelina ya casi había salido de la habitación y tuve que correr para alcanzarla. Lo único que me dijo fue: «Espera aquí», cuando se evaporó dentro de la habitación.

No me costó tener grandes poderes adivinatorios para comprender que se avecinaban problemas... si es que no habían llegado ya. Cuando el Conde recobrara el sentido, con la cabeza descalabrada, indudablemente que haría algunas segundas consideraciones sobre Angelina y las revoluciones. Pensaba en estas cosas y las relacionaba mientras jugaba unas monedas con los guardas. Unos pocos minutos más tarde Angelina me hizo llamar.

Un amplio manto le cubría los brazos de forma que los rasguños que le hiciera no fueran visibles. Aunque exteriormente compuesta, tenía un brillo revelador en los ojos que significaba que estaba quemando a fuego lento. Dije lo que indudablemente constituía su pensamiento principal.

- ¿Quiere que lo arregle de forma que el Conde vaya a hacer compañía a sus nobles antepasados en la cripta de la familia?

Negó con la cabeza:

- Aún tiene utilidad. Me ingenié para controlar mi genio... de forma que usted mejor contenga el suyo.

- El mío está aún en plena forma. Pero... ¿Qué le hace pensar que puedo todavía obtener su colaboración? Va a tener un horrible dolor de cabeza cuando vuelva en sí.

Detalles de menor cuantía como éste no le preocupaban; apartó la idea con un gesto de la mano.

- Aún puedo manejarle y hacer de él cualquier cosa que quiera... dentro de algunos límites. Las limitaciones son sus propias condiciones naturales, aunque no me di cuenta que eran tan escasas cuando lo escogí para encabezar esta revuelta. Me temo que su cobardía esté destruyendo lentamente cualquier gran esperanza que pudiera haber puesto en él. Aún tendrá valor como figura decorativa, y debemos utilizarlo para esto. Pero el poder y la decisión deben de ser nuestros.

No iba a ser lento, sólo cauteloso. Consideré sus declaraciones por todas partes antes de que contestara:

- ¿Qué quiere decir este nosotros y nuestro negocio? ¿Dónde encajo yo?

Angelilith se reclinó en su silla y apartó a un lado un mechón de su encantador cabello dorado. Su sonrisa tenía aproximadamente una carga de un millar de voltios e iba dirigida a mí.

- Deseo que usted empiece conmigo en este asunto - dijo con una voz rica como miel cálida -. Una sociedad. Conservaremos al Conde de Rdenrundt fuera, al frente, hasta que el plan tenga éxito. Luego lo eliminamos y seguimos adelante nosotros. ¿Está de acuerdo?

- Bueno - dije. Luego, como inspirado, repetí -: Bueno...

Por primera vez en mi vida de fuegos artificiales verbales encontré que el torrente se había secado. Paseé a lo largo de la habitación y traté de recuperar mi presencia de ánimo.

- Odio el mirar a cohete regalado los tubos - le dije -, sin embargo... ¿por qué yo? Un simple, aunque devoto guardaespaldas, que cuidará de su persona, labore por la causa y confía en la restauración de su título y tierras robadas. ¿A qué se debe el enorme salto de mandadero a presidente del Consejo?

- Lo sabe bien sin necesidad de preguntar - repuso y sonrió, y la temperatura de la habitación subió diez grados -. Creo que puede llevar a cabo este trabajo tan bien como yo misma, y disfrutar haciéndolo. Al trabajar juntos, usted y yo convertiremos esta revolución en la más limpia que jamás haya tenido lugar en este planeta. ¿Qué dice?

Yo me paseaba a sus espaldas mientras ella hablaba. Se levantó y me cogió por el brazo, calmando mi intranquilo paseo. Pude sentir el calor de sus dedos quemándome a través de la camisa. Su rostro estaba delante de mí, sonriente, hablaba tan bajo que a duras penas podía oírla.

- Sería algo, ¿no es verdad? Usted y yo... juntos.

¡No iba a serlo! Hay ocasiones cuando las palabras no pueden decirlo y todo el cuerpo habla por uno. Este era un momento de esos. Sin deliberación física mis brazos la rodearon, atrayéndola, mientras mi boca buscaba la suya.

Durante el más breve de los instantes ella hizo lo mismo, con los brazos apretados sobre mi hombro, sus labios vivos. Justo durante una fracción de tiempo tan breve que después no pude estar seguro que no lo hubiera imaginado. Luego el calor desapareció repentinamente y todo fue mal.

No luchó contra mí, ni intentó apartarme. pero sus labios estaban sin vida bajo los míos y sus ojos, abiertos, me miraban con un vacío estéril. No hizo nada hasta que yo dejé caer mis brazos y me aparté, después se volvió a sentar rígidamente en la silla.

- ¿Qué no está bien? - pregunté, no teniendo seguridad para decir más.

- Un rostro bonito... ¿es todo lo que buscas? - preguntó, y las palabras parecían salir de ella entre sollozos. El expresar emociones reales no le resultaba fácil -. ¿Sois todos los hombres iguales?... ¿todos lo mismo?

- ¡Tonterías! - grité, furioso a pesar mío - Tú deseabas que te besara... ¡no lo niegues! ¿Qué te cambió de idea?

- ¿Desearías besar a ésta? - gritó, lacerada por emociones que no podía comprender. Le dio un tirón a una fina cadena que llevaba en torno al cuello. La rompió casi y me la arrojó. Había un pequeño medallón en la cadena que conservaba el calor de su cuerpo. En él tenía un ampliador de imagen y cuando se le ponía en el ángulo correcto, la fotografía de dentro podía ser vista con

claridad. Tuve la posibilidad de echarle una sola y única ojeada a la chica de la fotografía... luego Angelina cambió de idea y la apartó, empujándome hacia la puerta al mismo tiempo. La cerró con un portazo y oí cómo corría los pesados cerrojos de seguridad. Ignorando las cejas subidas de los guardias caminé a lo largo del pasillo hacia mi propia habitación. Mis sentimientos habían triunfado limpiamente sobre el poder de mi razonamiento, y aparentemente los de Angelina habían triunfado también... durante sólo un instante. Y sin embargo yo no podía comprender su fría retirada o el significado de la fotografía. ¿Por qué la llevaba?

Sólo había vislumbrado un instante el contenido pero fue suficiente. Era la foto de una joven, ¿tal vez una hermana? Una cosa trágica, una de esas horribles pruebas de la ley de posibilidades de que casi un número infinito de combinaciones son posibles. Esta chica sufría de fealdad, que es la única forma para describirlo. No era el factor único, una espalda torcida, o mandíbula adenoidal o nariz saliente. En vez de eso, era una combinación maldita de rasgos que se combinaban para formar un todo único, repelente. No me gustó. Pero, ¿qué importaba...?

Me sentí de pronto con la clara comprensión de que estaba siendo increíblemente estúpido. Angelina me había ofrecido un simple vistazo breve a las oscuras motivaciones que la habían hecho, que habían formado su vida.

Naturalmente. La chica de la fotografía era Angelina misma.

Con esta comprensión muchísimas cosas se volvieron claras. Muchas veces cuando la miraba me preguntaba por qué aquella mente destructiva estaría albergada en una envoltura tan atractiva. La respuesta era evidentemente que yo no estaba mirando a la envoltura original que había formado aquella mente. El ser hombre y ser feo, es bastante desgracia. ¿Qué debe sentir entonces una mujer?, ¿cómo se siente uno cuando los espejos son sus enemigos y la gente aparta la vista en lugar de mirarla?

Cómo se comporta en la vida cuando al mismo tiempo se le ha bendecido - o maldecido - con una inteligencia brillante que comprende y se da cuenta de todas las cosas, saca las ineludibles conclusiones y no le pasa desapercibido el menor gesto de repulsión?

Algunas chicas podrían suicidarse, pero Angelina no. Podía adivinar lo que había hecho. Odiándose a sí misma, abominando y detestando su mundo y la gente de él, no sentía ningún remordimiento en cometer un delito para ganar el dinero que deseaba. Dinero para una operación, para corregir una de estas imperfecciones. Luego más dinero para más operaciones. Luego alguien osó detenerla en esta tarea, y la facilidad, o quizás el placer con que le mató. La lenta ascensión a través de crímenes y asesinatos... hacia la belleza. Y durante la subida el maravilloso cerebro que había estado protegido en la carne informe había sido retorcido y cambiado.

¡Pobre Angelina! Podía sentir lástima por ella sin olvidar a los que había matado. Pobre y trágica chica solitaria que al ganar la mitad de la batalla había perdido la otra mitad. El arte comprado había moldeado el cuerpo en una encantadora - verdaderamente angelical - forma. Sin embargo, al triunfar, la fuerza de la mente que había llevado a cabo todo esto se había deformado y se había hecho tan fea como había sido el cuerpo en un principio.

Sin embargo, si uno puede cambiar el cuerpo... ¿no puede uno cambiar el cerebro? ¿Podría hacerse algo por ella?

La misma presión y magnitud de mis pensamientos me llevaron fuera de la pequeña habitación en busca de aire libre. Se aproximaba medianoche y los guardas estarían situados abajo, y todas las puertas cerradas. En vez de enfrentarme con las explicaciones y simples dificultades mecánicas, me dirigí hacia arriba. No habría nadie en los jardines y paseos de la azotea a esta hora de la noche; podía estar solo.

Freibur no tiene luna, pero era una noche clara y las estrellas proyectaban suficiente luz para ver de cerca. El guarda del tejado saludó cuando pasé, y pude ver la roja chispa de un cigarrillo en su mano. Debería haber dicho algo sobre ello, pero mi mente estaba demasiado ocupada. Continué adelante, dando vuelta a una esquina y me acerqué, inclinándome, sobre el parapeto, mirando hacia fuera sin ver la negra sombra de las montañas.

Algo me roía llamándome la atención y después de unos pocos minutos me di cuenta de lo que era. El guarda. Él estaba allí con un propósito y el fumar, estando de servicio, no estaba considerado como el mejor comportamiento para un centinela. Tal vez estaba siendo melindroso, pero es una flaqueza mía. Cuidar todos los pequeños factores y los grandes se cuidarán por sí mismos. En todo caso, nada más que pensar en ello me molestaba, de forma que podría dar una vuelta y decirle algo.

No estaba en su puesto habitual, lo cual era buena señal; por lo menos estaría haciendo las rondas y vigilando las cosas. Comenzaba a retroceder cuando percibí unas flores rotas que colgaban del borde del jardín. Esto era lo más raro, ya que los jardines del tejado constituían un placer especial del Conde, y eran prácticamente manicurados todos los días. Después vi la mancha oscura entre las flores y tuve la primera insinuación de que alguna cosa iba mal, muy mal.

Era el guarda, y estaba muerto o profundamente dormido. No me molesté en descubrirlo. Había solamente una razón para que alguien pudiera estar aquí en una noche como ésta. Angelina. Su habitación estaba en el piso superior, casi debajo de este lugar. Silenciosamente corrí hacia la decorativa barandilla y miré por encima. Cinco metros más abajo estaba la blanca mancha de la terraza, delante de su ventana algo negro e informe estaba agazapdo allí.

Mi pistola se hallaba en la habitación. Era una de las pocas veces en mi vida que había estado tan alterado que había olvidado mis precauciones normales. Mi inquietud por Angelina iba a costarle la vida.

De todo esto me di cuenta en una fracción de segundo, mientras mis dedos corrían a lo largo de la balaustrada. Una gota brillante estaba fijada allí, asegurando un hilo tan fino que era invisible, aunque yo supiera que era tan fuerte como un cable. El asesino había descendido con una hiladora, un pequeño utensilio que suelta un fino filamento como una araña. Sólo que la sustancia del filamento estaba formada por una sola molécula de cadena larga que podía soportar el peso de un hombre. Hubiera cortado mis manos como la cuchilla mejor afilada si trataba de deslizarme por ella.

Sólo había un camino, para que yo pudiera llegar a aquel balcón, un diminuto cuadrado sobre dos kilómetros de caída hasta valle abajo. Me decidí incluso mientras estaba saltando sobre la barandilla. Tenía una amplia cima plana y me senté un momento para guardar el equilibrio. Debajo de mi la ventana se abrió de pronto sin ruido y yo me dejé caer, con los talones extendidos, apuntando al hombre de abajo.

Giré en el aire y en vez de golpearlo de lleno reboté en su hombro y los dos caímos sobre la terraza. Ésta se estremeció ante el impacto, pero la vieja piedra aguantó. La caída medio le aturdió, y con la razón oscurecida por el dolor confié que su hombro le doliera tanto como mi pierna. Durante unos pocos segundos fui incapaz de hacer otra cosa más que boquear en busca de aire y tratar de arrastrarme hacia él. Un largo cuchillo de fina hoja le había saltado de la mano por el impacto y podía verle relucir y como él trataba de alcanzarlo. Justamente cuando sus dedos lo agarraban ataqué. Gruñó y me lanzó una furiosa puñalada que me rozó la manga. Antes de que pudiera retirarse yo tenía la muñeca de la mano del cuchillo en la mía y la aprisionaba.

Era una batalla silenciosa, de pesadilla. Ambos estábamos semiaturdidos por la caída, aunque los dos sabíamos que estábamos luchando por la vida. Yo no podía ponerme de pie debido a mi pierna contusionada y él, instantáneamente, se fue encima de mí, más pesado y más fuerte. No podía utilizar el brazo sobre el que yo había aterrizado, pero me costaba todo el esfuerzo de los dos míos el mantener apartada la hoja amenazadora. No se oía otro sonido más que el ronco jadear.

Este asesino iba a ganar debido a su peso y fuerza, y sin remordimiento descendió el cuchillo. El sudor casi me cegaba, pero todavía podía ver lo suficiente bien para distinguir la forma retorcida en que colgaba su otro brazo. Le había roto un hueso cuando lo golpeé... aunque no había proferido ningún sonido.

No hay tal cosa como juego limpio cuando uno está luchando por su vida. Liberté una pierna de debajo de él y me las arreglé para doblarla lo suficiente hasta incrustar la rodilla en su brazo roto. Todo su cuerpo se estremeció. Lo hice de nuevo. Más duro. Se retorció, tratando de esquivar el dolor. Me esforcé en apartarme, haciéndole perder el equilibrio. Su hombro se curvó cuando trató de no caer y yo puse toda mi fuerza en ambas manos haciendo girar la vigorosa muñeca y empujando la mano hacia atrás.

Casi dio resultado, pero él aún era más fuerte que yo y la punta de la hoja meramente le rasguñó el pecho. Todavía estaba luchando para volverle la mano de nuevo cuando se estremeció y murió.

Una treta no me hubiera engañado... pero esto no era una treta. Sentí cómo cada uno de los músculos de su cuerpo se endurecían como si fueran de roca, en un espasmo, y cayó de lado. Mi presa de su muñeca no la aflojé hasta que la luz se encendió en la habitación detrás de mí. Solamente entonces vi la fea mancha amarilla que llegaba hasta la mitad de la hoja del cuchillo. Un veneno que atacaba rápidamente los nervios, silenciosa y mortalmente. Allí, sobre la manga de mi camisa, había una pequeña mancha amarilla donde al hoja me había rozado. Sabía que estos venenos no necesitaban un pinchazo, podían actuar igualmente sobre la piel descubierta.

Con infinito cuidado, luchando contra la fatiga que hacía temblar mis manos, me saqué la camisa lentamente y sólo cuando le hube arrojado sobre el cadáver me dejé caer hacia atrás, boqueando en busca de aire.

Ahora mi pierna podía utilizarla, aunque me dolía muchísimo. Debía de estar magullada pero no rota, dado que soportaba mi peso. Volviéndome tropecé con la alta ventana y la abrí de golpe. La luz se derramó sobre el cuerpo detrás de mí. Angelina estaba sentada en la cama, su rostro tranquilo, y con las manos cruzadas sobre las sábanas delante de ella. Solamente sus ojos mostraban algún conocimiento de lo que había pasado.

- Muerto - dije con la garganta seca, y carraspeé para aclararla - Muerto por su propio veneno - y entré renqueando en la habitación para probar mi pierna.

- Estaba durmiendo y no le oí abrir la ventana - dijo -. Gracias.

Actriz, mentirosa, timadora, asesina. Representaba un ciento de papeles en un número de voces incontables.

Sin embargo cuando pronunció estas últimas palabras había un tono de sentimiento no simulado en ellas. Este intento de asesinato había acaecido demasiado pronto después de la traumática escena de antes. Sus defensas estaban aún bajas y sus emociones reales al descubierto.

Su cabello le colgaba sobre los hombros, acariciando las cintas simples de su camisa de dormir, que estaba hecha de una especie de tela suave y fina, íntima. Esta vista, para culminar los acontecimientos de la velada, eliminó cualquier reserva que pudiera quedarme. Me arrodillé al lado de la cama, sujetándola por los hombros y mirándola fijamente a lo profundo de sus ojos, tratando de alcanzar lo que había detrás de ellos. El medallón con la cadena rota estaba sobre la mesita de noche. Lo cogí en un puño.

- ¿No te das cuenta de que esta chica no existe más que en tu propio recuerdo? - dije, y Angelina no se movió -. Pertenece al pasado, como todo lo demás. Eras un bebé... ahora eres una mujer. Eras una niñita... ahora eres una mujer. ¡Pudiste haber sido esta chica, pero ya no lo eres!

Con un movimiento convulsivo me volví y arrojé el objeto por la ventana, a la oscuridad.

- Tú no eres ninguna de esas cosas del pasado, Angelina - dije con una intensidad superior a un grito -. ¡Tú eres tú misma... sólo tú misma!

La besé y entonces no hubo ningún rastro del alejamiento o rechazo que había habido antes. Lo mismo que yo la necesitaba a ella, ella me necesitaba a mi.

XVIII

El alba empezaba a colorear el cielo cuando llevé el cuerpo del asesino al Conde. Fui privado del placer de despertarle, dado que el sargento de guardia ya lo había hecho cuando fuera descubierto el centinela del tejado. El guardia también estaba muerto, de una diminuta punzada de la misma hoja de punta envenenada. Los guardias y el Conde estaban todos reunidos en torno al cuerpo sobre el suelo de la sala del Conde y discutan el misterio de la muerte inexplicable del centinela. No me vieron hasta que dejé caer mi cadáver junto al otro, y todos retrocedieron de un salto.

- Aquí está el asesino - les dije, no sin cierto orgullo.

El Conde Cassitor debió de haber reconocido al criminal pues tuvo un estremecimiento de sorpresa y se le salieron los ojos. Sin duda algún ex-pariente, cuñado o algo. Me imagino que no había creído que la familia Rodebrechen seguiría realmente adelante con sus amenazas de venganza.

Una cierta intranquilidad del sargento de guardia me dio la primera pista de que lo que estaba imaginando era falso. El sargento iba con la vista del cadáver al Conde y yo me pregunté qué pensamientos pasarían por su pesado cráneo afeitado de militar. Aquí había gato encerrado y me gustaría saber qué era lo que estaba pasando. Me hice una nota mental de tener una charla de compañero a compañero con el sargento en la primera oportunidad. El Conde

mascullaba para sí y hacía crujir los nudillos por encima de los cadáveres, y finalmente ordenó que los llevasen.

- Quédese aquí Bent - dijo cuando me disponía a salir con los otros.

Me dejé caer en una silla mientras él cerraba la puerta tras los otros. Luego se lanzó hacia el bar y se atraganto con aproximadamente un vaso de agua lleno del licor local. Solamente cuando estaba con su segundo vaso se acordó de ofrecerme algo de esta agua regia potable. Yo no le iba a decir que no y mientras la saboreaba me preguntaba qué era lo que ahora lo alteraba.

Primeramente el Conde comprobó las cerraduras de todas las puertas y cerró la única ventana. Con un manojo de llaves abrió el cajón inferior de su despacho y sacó un pequeño instrumento eléctrico con controles y una antena extensible sobre él.

- ¡Vaya con cuidado con eso! - dije cuando sacó la antena.

No me contestó, se limitó a lanzarme una larga mirada por debajo de sus párpados, y prosiguió ajustando el objeto. Solamente cuando estuvo conectado y la luz verde relució sobre la parte superior, se relajó un poco.

- ¿Sabe lo que es esto? - preguntó, apuntando al chisme.

- Naturalmente - repuse -. Pero no por verlos en Freibur. No son tan comunes como eso.

- No son comunes en absoluto - musitó, mientras miraba la luz verde que brillaba firmemente -. Que yo sepa éste es el único en este planeta de forma que desearía que no lo mencionase a nadie. A nadie - repitió con énfasis.

- A mí no me importa - le repliqué con una apaciguadora falta de interés -. Creo que un hombre tiene derecho a tener intimidad.

Particularmente me gusta la intimidad y he utilizado detectores de espías como éste muchas veces. Pueden percibir las interferencias electrónicas o de radiación y dar aviso instantáneo. Había una forma de engañarles, pero no era fácil hacerlo. En tanto en cuanto nadie supiera sobre el instrumento, el Conde podía estar seguro de que no le estaban espiando. Pero, ¿quién desearía hacer eso? Estaba en el centro de su propio edificio... e incluso él debía de saber que los instrumentos de espionaje no podían funcionar a distancia. Se olfateaba algo raro en el aire y yo comencé a tener idea de lo que estaba ocurriendo. El Conde no me dejó ninguna duda en cuanto de quién se cuidaba.

- Usted no es un estúpido, Grav Diebstall - dijo, lo cual significaba que creía que era mucho más estúpido de lo que él era -. Ha estado fuera del planeta y ha visto otros mundos. Sabe cuán atrasados y oprimidos estamos aquí, o no se habría unido conmigo para colaborar en suprimir el yugo de en tomo al cuello de nuestro planeta. Ningún sacrificio es demasiado grande si aproximara este día de liberación. - Ahora, por alguna razón desconocida estaba sudando y había reanudado su desagradable costumbre de hacer crujir los nudillos. El lado de la cabeza, donde Ángela había golpeado con la botella, estaba cubierta con piel plástica y sudor seco. Confié en que le doliera.

- Esta extranjera que usted ha estado guardando... - dijo el Conde, volviéndose a un lado, aunque continuó observándome con el rabillo del ojo -, ha sido de alguna utilidad para organizar las cosas, pero ahora nos está situando en una posición embarazosa. Ha habido un atentado contra su vida y habrá probablemente otros. Los Rodebrechen son una vieja y leal familia... su presencia es un continuo insulto para ellos. - Luego dio un trago a su vaso y se aflojó el cinturón.

- Creo que usted puede hacer el trabajo que ella está haciendo. Igual de bien y tal vez mejor. ¿Le agradaría eso?

Sin lugar a dudas mis talentos se habían desbordado... o había escasez de revolucionarios en este planeta. Era la segunda vez en doce horas que se me había ofrecido una asociación en el nuevo Estado. Sin embargo, de una cosa estaba seguro; la oferta de Angeldamor había sido sincera. La propuesta de Cassi Duque de Redenrundt despedía un claro mal olor. Le seguí la corriente para ver qué intenciones tenía.

- Me siento honrado, noble Conde - rezumé - Pero, ¿qué le ocurrirá a la extranjera? No me imagino que le guste mucho la idea.

- Lo que ella piense no tiene importancia - y acarició suavemente con sus dedos el lado de la cabeza. Se detuvo y logró dominarse - No podemos ser crueles con ella - comentó con una de las sonrisas menos sinceras que yo haya visto sobre rostro humano - Nos limitaremos a tenerla bajo custodia. Tiene algunos guardas que me imagino que le serán leales, pero mis hombres se ocuparán de ellos. Usted estará con ella y la arrestará a su debido tiempo. Nada más que entregarla a los carceleros que la mantendrán a salvo. Estará a salvo y fuera de vista donde no nos pueda ocasionar más problemas.

- Es un buen plan - convine con arrebatadora sinceridad -. No me entusiasma la idea de poner a esta pobre mujer en prisión, pero si es necesario para la causa, debe ser hecho. El fin justifica los medios.

- Tiene razón. Ojalá yo pudiera expresarme tan claramente. Usted tiene una notable habilidad para construir frases, Bent. Voy a escribir eso de forma que pueda recordarlo. El fin justifica...

Lo garabateó trabajosamente sobre una placa de notas. ¡Vaya un conocimiento de historia tenía... precisamente el hombre que paneaba una revolución! Rebusqué en la memoria algunas viejas frases que poder ofrecerle, hasta que mi mente se inundó de súbita rabia. Me puse de pie de un salto.

- Si vamos a hacer esto no deberíamos perder tiempo, Conde Redenrundt - dije -. Sugiero las 18 horas de esta noche para la acción. Eso le proporcionará suficiente tiempo para preparar la captura de los guardias. Yo estaré en sus habitaciones y la arrestaré tan pronto como tenga noticias suyas comunicándome que el primer movimiento ha tenido éxito.

- Tiene razón. Usted es hombre de acción, como siempre, Bent. Será como usted dice - nos estrechamos las manos y me costó toda la fuerza de voluntad que poseo el no aplastarle hasta hacerle pulpa su flácida y serpentina manaza húmeda. Me fui directamente a Angelina.

- ¿Podemos ser oídos aquí? - le pregunté.

- No, la habitación está completamente aislada.

- Su antiguo admirador, el Conde Cassi, tiene un detector de espías. Pudiera tener otro equipo para escuchar lo que ocurre aquí.

Esta idea no molestó a Angelina lo más mínimo. Se sentó frente al espejo, cepillándose el pelo. La escena era encantadora, aunque perturbadora. Estaban soplando fuertes vientos revolucionarios que amenazaban derribarlo todo.

- Sé lo del detector - comentó con calma, mientras continuaba cepillándose -. Me las arreglé para que lo comprara (sin que él lo supiera, naturalmente) y me aseguré que fuera inútil en las mejores frecuencias. De esta forma puedo vigilarlo de cerca.

- ¿Estabas escuchando hace unos pocos minutos cuando estuvo haciendo preparativos conmigo para matar tus guardas y arrojarte a los calabozos del sótano?

- No, no estaba escuchando - contestó con aquel sorprendente autodominio y calma que mandaba todas sus acciones. Me sonrió desde el espejo -. Estaba ocupada simplemente en recordar la última noche.

¡Mujeres! Insisten en mezclarlo todo. Tal vez les va mejor de esa forma, pero es muy duro para aquellos de nosotros que descubrirnos que el mantener las emociones y la lógica separadas produce un pensamiento más profundo. Tuve que hacerla comprender la seriedad de la situación.

- Bueno, si esas noticias no te interesan - dije con tanta calma como pude -, tal vez lo hagan éstas: Los brutales Rodebrechens no enviaron aquel asesino la pasada noche... lo hizo el Conde.

Triunfé por fin. Angelina paró en seco de peinar su cabello y sus ojos se dilataron un poco ante la importancia de lo que decía. No hizo ninguna pregunta estúpida, sino que esperó que terminara.

- Creo que has subvalorado la desesperación de esa rata de arriba. Cuando lo derribaste con aquella botella ayer, lo llevaste al último extremo que él podía soportar. Debía de tener hechos ya sus planes e hiciste que se decidiera. El sargento de la guardia reconoció al asesino y lo relacionó con el Conde. Eso también explica cómo el asesino tuvo acceso al tejado y sabía precisamente dónde podría encontrarle. También es la mejor explicación que puedo encontrar para lo repentino de este ataque. Aquí existen demasiadas coincidencias con las cosas que ocurrieron justo después de tu batalla con Cassitor el Pendenciero.

Angelina había reanudado su tarea de cepillarle el cabello mientras yo hablaba, abriendo los rizos. No me dio respuesta. Su aparente carencia de interés estaba comenzando a atacarme los nervios.

- Bueno... ¿qué vas a hacer sobre esto? - pregunté, con más que un poco de furia en la voz.

- ¿No crees que es más importante el preguntarte qué es lo que tú vas a hacer? - sonó esta frase muy a la ligera, pero encerraba muchas cosas. Vi que me estaba observando por el espejo, de forma que me volví y me acerqué a la ventana, mirando hacia fuera por encima del balcón fatal, a los picos de las montañas cubiertos de nieve. ¿Qué iba a hacer yo? Naturalmente que aquí había una cuestión... mucho más importante de lo que ella se imaginaba.

¿Qué iba a hacer yo de todo este asunto? Todo el mundo estaba ofreciéndome la mitad de los beneficios de una revolución en la que yo no tenía el más mínimo interés. ¿O lo tenía? ¿Qué estaba haciendo yo aquí? ¿Había venido para arrestar a Angelina para los Cuerpos Especiales? Esa consigna parecía haber sido olvidada hacía tiempo. Tenía que llegarse a una decisión pronto. El disfraz de mi cuerpo era bueno, pero no lo suficientemente bueno. No estaba proyectado para resistir una larga inspección. Solamente el hecho de que Angelina estaba indudablemente segura de que me había matado evitará el que no reconociese hasta el momento mi identidad real, aunque yo la había reconocido, ciertamente, con bastante facilidad, a pesar de los cambios faciales.

Justo en este punto fallaba todo por la base. Existe un proceso simple llamado olvido selectivo, por razón del cual eliminamos y falseamos los recuerdos que encontramos desagradables. Mi disfraz no había sido concebido

para soportar un escrutinio tan largo. Originalmente había estado seguro que lo habría descubierto ya a estas alturas. Y con esta comprensión me vino el recuerdo de lo que había dicho la noche pasada. Una frase condenadamente reveladora que había dejado a un lado y olvidado hasta ahora.

Tú no eres nada de esas cosas del pasado, había gritado. Ninguna de esas cosas... Angelina. Lo había vociferado sin recibir ninguna protesta por su parte.

Aunque ella ya no usara el nombre de Angelina, y utilizara el alias de Ángela.

Cuando me volví para verla, mis pensamientos culpables debían de reflejarse en el rostro, pero ella se limitó a dirigirme una de sus enigmáticas sonrisas y no dijo nada. Por lo menos había dejado de peinarse el cabello.

- Tú sabes que no soy Grav Bent Diebstall - me esforcé en decir -, ¿cuánto tiempo hace que lo sabes?

- Hace ya bastante; desde poco después de que vinieras aquí, para decir la verdad.

- ¿Sabes quién soy...?

- No tengo ni idea de cuál es tu nombre verdadero, si es eso lo que preguntas. Pero recuerdo ciertamente cuando me hiciste salir de la nave de guerra, después de todo mi trabajo. Y también recuerdo la intensa satisfacción con la que te disparé en Freiburbad. ¿Puedes decirme tu nombre ahora?

- Jim - dije en medio de la ofuscación mental en que estaba metido ahora -. James diGriz, conocido como Slippery Jim, en los medios profesionales.

- ¡Qué agradable! Mi nombre es realmente Ángela. Creo que se me puso como un horrible chiste de mi padre, lo cual es una de las razones por las cuales disfruté al verle morir.

- ¿Por qué no me has matado? - pregunté, mientras se me ocurría una idea bastante acertada de cómo había muerto su padre.

- ¿Por qué habría de hacerlo, cariño? - preguntó a su vez y su tono vacío y ligero había desaparecido -. Los dos hemos cometido errores en el pasado y nos ha costado un tiempo horriblemente largo el descubrir que somos exactamente iguales. Yo también podría igualmente preguntar por qué no me habías arrestado... que es lo que habías intentado en un principio, ¿no es verdad?

- Fue... pero...

- ¿Pero, qué? Debiste de haber venido aquí con esa idea en la cabeza, pero estuviste luchando, una horrible batalla contigo mismo. Eso es por lo que oculté el hecho de que sabía quién eras realmente. Te estabas superando, dominando cualquier noción estúpida que te relacionara con la policía en el primer momento. No tenía ni idea de cómo resultaría todo, aunque confiaba, comprende que no deseara matarte, al menos hasta que tuviera que hacerlo. Sabía que me amabas, lo cual era evidente desde el comienzo. Era diferente de la débil pasión animal de todos esos brutos machos que me dijeran que me amaban. Ellos amaban un envoltorio maleable de carne. Tú me querías por todo lo que soy, por ser ambos lo mismo.

- No somos lo mismo - insistí, pero mi voz no tenía convicción, y ella se limitó a sonreír - Tú matas... y disfrutas matando... esa es nuestra diferencia básica. ¿No lo comprendes?

- ¡Tonterías! - apartó la idea con un gesto ligero de la mano. Tú mataste la pasada noche... y lo hiciste muy bien... y no noté ninguna repugnancia por tu parte. En verdad, ¿no tenías un cierto entusiasmo?

No sé por qué, pero sentí como si un lazo corredizo comenzara a apretarse en torno a mi cuello. Todo lo que decía era falso... pero no podía comprender dónde estaba el error. ¿Dónde se encontraba la salida, la solución que lo arreglara todo?

- Abandonaremos Freibur - dije por fin -. Alejémonos de esta monstruosa e innecesaria rebelión. Habrá muertes y asesinatos que no son necesarios.

- Marcharemos... si vamos a algún sitio donde podamos hacer justamente lo mismo - dijo Ángela, y había dureza en su voz -. Eso, sin embargo, no tiene mayor importancia. Hay algo que tienes que decidir en tu propia mente antes de que seas feliz. Esa estúpida importancia que das a la muerte. ¿No te das cuenta de cuán trivial es? Dentro de doscientos años, tú y yo y todas las personas que hoy viven en la Galaxia habrán muerto. ¿Qué importa si a unos pocos de ellos se les ayuda y llegan a término un poco antes? Harían lo mismo contigo, si tuvieran la oportunidad.

- Estás equivocada - insistí, sabiendo que hay algo más en vivir y morir que esta filosofía pesimista, pero incapaz en este momento de tensión de aclarar y exponer mis ideas. Angelina era una droga y la diminuta reserva de compasión que me quedaba no soportaba la prueba, barrida bajo torrente de emociones más poderosas. La atraje hacia mí, besándola, sabiendo que esto solucionaba la mayoría de los problemas, aunque hiciera la solución final mucho más difícil.

Un fino e irritante zumbido me molestó en el oído, y Angelina lo oyó también. El separarnos fue difícil para ambos. Me senté y la observé sin verla mientras ella se dirigió al videofono. Bloqueó los circuitos ópticos e hizo una pregunta rápida. No pude oír la respuesta pues tenía desconectado el altavoz y oía a través de los auriculares.

Dijo sí una o dos veces, y levantó de pronto la vista para mirarme. No había ninguna indicación de a quién estaba hablando y yo no tenía ni el más ligero interés. Ya tenía bastantes problemas.

Después de colgar quedó de pie, inmóvil, durante un momento, y esperé que hablara. En vez de eso, se dirigió al tocador y abrió un cajón. Había un montón de cosas que podían guardarse allí, pero ella sacó la que menos sospechaba.

Una pistola, de cañón enorme, con la que me apuntó directamente a mí.

- ¿Por qué lo hiciste Jim? - preguntó, con lágrimas en las comisuras de los ojos -. ¿Por qué quisiste hacerlo?

Ella ni siquiera oyó mi ahogada respuesta. Sus pensamientos la dominaban... aunque la sin retroceso no dejaba de apuntar ni un instante al centro de mi cabeza. Con un alarmante gesto repentino se enderezó y se frotó furiosamente los ojos.

- No hiciste nada - dijo con su antiguo tono duro en las palabras -. La culpa fue mía por creer que un hombre podría ser diferente de los otros. Me has enseñado una valiosa lección, y como muestra de gratitud te mataré rápidamente, en lugar de hacerlo en la forma que hubiera preferido mucho más.

- ¿De qué diablos estás hablando? - rugí, completamente desconcertado.

- No te hagas el inocente hasta el último momento - dijo, mientras retrocedía cuidadosamente y sacaba una pequeña y pesada maleta de debajo de la cama -. Era la estación de radar. Instalé el equipo yo misma y soborné a los operadores para que me informaran al primer peligro. Una escuadrilla de naves - como tú bien sabes - ha llegado del espacio y rodean esta zona. Tu tarea era

el mantenerme ocupada de forma que no me diera cuenta. El plan llegó a estar peligrosamente cerca de tener éxito.

Cogió un abrigo, lo puso en el brazo y retrocedió cruzando la habitación.

- Si te digo que soy inocente... si te doy mi más sincera palabra de honor... ¿me creerías? - pregunté -. No tengo nada que ver con esto y no sé nada.

- ¡Viva el Boy Scout del Espacio! - repuso Ángela con amarga burla -. ¿Por qué no admites la verdad, dado que estarás muerto dentro de veinte segundos, digas lo que digas?

- Te he dicho la verdad - me preguntaba si podría alcanzarla antes de que disparara, pero sabía que era imposible.

- Adiós, James diGriz. Fue agradable el conocerte... durante algún tiempo. Permíteme que te deje con un último pensamiento agradable. Todo esto fue en vano. Existe una puerta y una salida detrás de mí que nadie conoce. Antes de que la policía llegue yo ya estaré a salvo. Y si la idea te tortura un poco, intento seguir matando y matando y nunca podrás detenerme.

Mi Ángela levantó la pistola para asegurar la puntería mientras oprimía una llave en la pared. Un panel se deslizó revelando un oscuro rectángulo en ésta.

- Ahórrame los histrionismos, Jim - me dijo desagradablemente, con sus ojos mirando a los míos por encima de los puntos de mira de la pistola. Tensó el dedo -. No esperaba esta especie de truco juvenil por tu parte, de mirar fijamente por encima de mi hombro abriendo los ojos como si hubiera alguien detrás de mí. No voy a volverme a mirar. No saldrás vivo de ésta.

- Ultimas palabras famosas - dije mientras saltaba a un lado. Se produjo el estampido, pero la bala se incrustó en el cielo raso. Inskipp estaba junto a ella, retorciéndole la pistola y arrebatándosela. Angelina se limitó a mirarme fijamente, con horror y no hizo ningún movimiento de resistencia. Ya le habían puesto unas esposas en sus diminutas muñecas y ella todavía no se movió ni gritó. Salté adelante gritando su nombre.

Había dos tipos corpulentos detrás de Inskipp con uniformes de patrulla, y ellos la cogieron. Antes de que yo pudiera alcanzar la puerta él la pasó y la cerró tras sí. Me detuve tambaleándome ante ella, tan incapaz de luchar como había estado Angelina hacía un minuto.

XIX

- Tome un trago - me dijo Inskipp, dejándose caer en la silla de Angelina y sacando una botella de petaca -. Coñac terráqueo Erszats, no esa marca local de disolvente para plásticos - y me ofreció una copa.

- Que se caiga usted muerto... - proseguí con algunas de las más escogidas palabras de mi vocabulario interestelar, y traté de tirarle la copa de la mano. Me chasqueó levantándola y bebiéndola él mismo, sin mostrarse molesto en lo más mínimo.

- ¿Es esa la clase de lenguaje para utilizar con un superior en los Cuerpos Especiales? - preguntó y volvió a llenar la copa -. Está bien que seamos una organización no muy rígida y sin demasiadas ordenanzas. Sin embargo... hay límites - me extendió la copa de nuevo y esta vez la cogí y la vacié.

- ¿Por qué lo hizo? - pregunté aún destrozado por las emociones en pugna.

- Porque usted no lo hizo, esa es la razón. La operación se terminó y usted ha triunfado. Antes solamente estaba a prueba, pero ahora es todo un agente en activo.

Revolvió en uno de los bolsillos y sacó una pequeña estrella de oro hecha en papel. Después de lamerla cuidadosa y solemnemente se estiró y me la pegó sobre la pechera de la camisa.

- Por este medio le nombro a usted Agente Activo de los Cuerpos Especiales - salmodió -, por el poder y la autoridad de que estoy investido.

Maldiciendo, me lancé a arrancar la maldita cosa... y en lugar de hacerlo me eché a reír. Era absurdo. También era un hermoso comentario a los honores que encierra el trabajo.

- Pensé que ya no era un miembro del equipo - le dije.

- Nunca recibí su dimisión - replicó Inskipp. - Aunque no hubiera valido para nada. Usted no puede dimitir de los Cuerpos.

- Ya... pero recibí su mensaje cuando me dio el despido, ¿o es que usted olvidó que robé una nave y que usted hizo explotar por control remoto una carga destrozadora para volarme? Como usted puede ver me las arreglé para sacar el fulminante unos instantes antes de que explotara.

- Nada de eso, muchacho - dijo, disponiéndose a saborear su segunda copa - Usted se mostraba tan Insistente en buscar a la rubia Angelina que pensé que pudiera querer coger prestada una nave antes de que tuviéramos la posibilidad de asignarle una. La que cogió estaba equipada con un fulminante, como siempre lo está en estas ocasiones. El fulminante, no la carga, está preparado para que explote cinco segundos después de que se retira.

- ¿Quiere decir... que todo ello fue preparado? - gorgoteé.

- Usted pudiera decir eso. Yo prefiero el término «ejercicios graduados». Este es el momento en que descubrimos si nuestros pervertidos novicios realmente dedicarán el resto de sus vidas en el mantenimiento de la ley y el orden. Cuando ellos también lo descubren. No queremos que haya lamentaciones en los años siguientes. Tú lo descubriste, ¿no es verdad?

- Yo he descubierto algo... y todavía no estoy completamente seguro - dije, no siendo capaz todavía de hablar de lo que tenía más importancia para mí.

- Fue una hermosa operación. Debo de decir que mostró mucha imaginación en la forma en que la llevó a cabo - luego arrugó el entrecejo -. Pero ese asunto del Banco, no puedo decir que lo apruebe. Los Cuerpos tienen todos los fondos que pudiera necesitar...

- El mismo dinero - repliqué -. ¿De dónde lo obtienen los Cuerpos? De los Gobiernos de los planetas. ¿Y de dónde lo obtienen ellos? De los impuestos, naturalmente. De forma que yo cogí directamente del Banco. La compañía de seguros paga al Banco por la pérdida, luego declara unos ingresos menores ese año, paga menos impuestos al Gobierno... ¡Y el resultado es exactamente lo mismo que de la otra forma!

Inskipp estaba bien enterado de este tipo de lógica, de forma que no se molestó en contestar. Yo todavía no quería hablar de Ángela.

- ¿Cómo me encontraron? - pregunté -. No había células en la nave.

- ¡Qué naturaleza de chiquillo tiene! - comentó Inskipp elevando sus manos con un gesto de horror fingido -. ¿Realmente cree que nuestras naves no llevan células? Y tan bien situadas que uno no puede encontrarlas a menos que sepa dónde debe buscarlas. Para su información la sólida puerta que da al exterior,

contiene todo un complejo transmisor, lo suficientemente potente para que lo detectemos a cualquier distancia.

- Entonces, ¿por qué no lo oí?

- Por la simple razón de que no estaba radiando. Debo añadir que la puerta también tiene un receptor. El instrumento sólo transmite cuando recibe la señal adecuada. Le dimos tiempo para que llegara a su destino y entonces le seguimos. Le perdimos durante algún tiempo en Freiburbad, pero recuperamos su pista de nuevo en el hospital, justo después de que hubiera jugado al escondite con los cadáveres. Le echamos una mano allí, dado que el personal estaba justificadamente enfadado pero nos las arreglamos para mantenerlos callados. Después de eso sólo fue cuestión de vigilar los médicos y los equipos quirúrgicos, dado que su próxima actuación era evidente. Confío en que se alegrará al saber que lleva un pequeño transmisor muy compacto en el esternón.

Me miré al pecho, pero naturalmente, no vi nada.

- Era una oportunidad demasiado buena para perderla - prosiguió Inskipp. No había nada que le detuviera -. Una noche mientras estaba bajo los efectos de los calmantes el doctor descubrió la bebida que le habíamos creído oportuno incluir en su suministro de paquetes. Él, naturalmente, se aprovechó de este error de embarque y un cirujano de los Cuerpos realizó una pequeña operación por su cuenta.

- ¿Entonces han estado siguiéndome y observándome todo el tiempo?

- Exacto. Pero este caso era suyo, igual que si hubiera sabido que estábamos aquí.

- Entonces, ¿por qué entró en acción de esta forma? - repliqué -. No había tocado el silbato pidiendo ayuda.

Esta era la pregunta más importante del momento y la única que me importaba. Inskipp tardó en contestar.

- Pasa lo siguiente - explicó arrastrando las sílabas -. Me gusta que los novatos tengan la suficiente cuerda. Pero no tanta que se ahorquen. Usted había estado durante lo que pudiéramos llamar un tiempo considerablemente grande, y no había recibido ninguna información sobre revoluciones o los arrestos que había llevado a cabo.

¿Qué iba a decir?

Su voz se hizo más suave y más benévola:

- ¿La habría usted arrestado si no nos hubiéramos presentado? Esa es la cuestión.

- No sé - fue todo lo que pude decir.

- Bueno, yo sí sabía condenadamente bien lo que tenía que hacer - añadió con su viejo veneno -. De forma que lo hice. El complot fue totalmente destrozado antes que pudiera florecer y nuestra múltiple asesina en estos momentos está ya fuera del planeta.

- ¡Déjela marchar! - grité mientras le cogía por las solapas, le levantaba del suelo y le sacudía -. ¡Le digo que la deje marchar!

- ¿La soltaría usted... en la forma en que está? - fue todo lo que me contestó.

¿Lo haría? Me imagino que no. Le solté mientras pensaba en esto y él se enderezó alisando los pliegues del traje.

- Esta ha sido una misión dura para usted - comentó mientras guardaba la botella -. Hay veces en que puede haber una línea muy fina entre el bien y el

mal. Si uno está emocionalmente comprometido la línea es casi imposible de ver.

- ¿Qué le ocurrirá a ella? - pregunté.

Dudó antes de contestar.

- La verdad..., aunque no sea más que para cambiar - le dije.

- Muy bien, la verdad. Sin promesas... pero los psicólogos podrían hacer algo por ella. Si pudieran encontrar la causa básica de la aberración. Pero eso hay veces que es imposible de encontrar.

- No en este caso...; puedo explicárselo.

Me miró sorprendido al oírlo, lo que me produjo alguna pequeña satisfacción.

- En ese caso podría haber una posibilidad. Daré órdenes en firme para que se intente todo antes de que consideren incluso un cambio de personalidad. Si eso se hace, ella será sencillamente otro cuerpo, de los cuales hay muchos en la galaxia. Sentenciada a muerte no es más que otro cadáver, de los cuales igualmente hay multitud.

Le agarré la botella antes de que la metiera en el bolsillo y la abrí.

- Le conozco, Inskipp - dije mientras me servía un vaso -. Usted es un sargento de reclutamiento nato. Cuando los atrapa... hace que se alisten.

- ¿Y por qué no? - dijo -. Ella habría sido un gran agente.

- Haríamos un gran equipo - asentí, mientras elevábamos nuestras copas.

«¡Por el crimen!»

FIN